

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

* * *

La literatura colombiana

CEN

PQ

8161

.G664

1918



3 0081 008 436 812

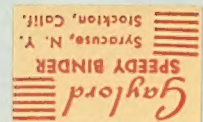
JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES



NASHVILLE

TENNESSEE

500653



Date Due

JAN 6 1979

Donno 002

Aug 6/5/90

LA LITERATURA COLOMBIANA

LA LITERATURA COLOMBIANA

ANTONIO GÓMEZ RESIREPO

LA LITERATURA COLOMBIANA

Extrait de la *Revue Hispanique*, tome XLIII

NEW YORK, PARIS

1918



IMPRESA DE LA CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIÈRE
Calle de Núñez de Balboa, núm. 21.



Spanish

LA LITERATURA COLOMBIANA

Q 4110-20-65

La historia de la literatura en Colombia empieza con el nombre ilustre del fundador de Bogotá, el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada. Este curioso personaje, que probablemente ocupa el tercer puesto, después de Cortés y de Pizarro, entre los conquistadores de América, era un letrado, que después de realizar la épica hazaña de penetrar en el interior del país al través de bósques inaccesibles y de derribar con un puñado de hombres el imperio de los Zipas y los Zaques, entretuvo sus veladas de conquistador escribiendo su *Compendio historial de la conquista del Nuevo Reino*—obra desgraciadamente perdida—, y luego sus forzados ocios de militar retirado, redactando una *Colección de sermones con destino a ser predicados en las festividades de Nuestra Señora*, manuscrito que también se extravió. Los rasgos típicos de la figura de Quesada parecen haberse impreso en el carácter del pueblo de que fué conquistador, pues en Colombia ha sido muy frecuente el tipo del militar-civil, valiente hasta el heroísmo cuando la ocasión lo requiere, pero nada propenso al caudillaje, y entre las notas distintivas de la índole nacional deben señalarse el espíritu religioso, que ha permanecido incólume en medio de las violentas luchas de ideas, y la tendencia legalista, que ha mantenido al país en el carril constitucional en medio de largas convulsiones revolucionarias, y ha dado nacimiento, por desgracia, a la planta parásita del leguleyismo, que comprime y ahoga la noción del derecho.

Quesada fué un conquistador humano hasta donde lo permitían las duras costumbres de la época, y su simpática figura es muy adecuada para presidir el desarrollo histórico de un pueblo algo imprevisor—como lo era el Mariscal—, de índole mansa y de indestructibles aficiones literarias.

El héroe que, a modo de César, se ocupó en hacer el relato de sus hazañas tuvo su poeta en Juan de Castellanos, cura de Tunja, cuya patriarcal figura tiene algo de la rústica majestad de los poetas primitivos. No nació Castellanos en Colombia. Era natural de Alanís, pueblecito cercano a Sevilla, en donde vió la luz el 9 de Marzo de 1522. Pero vino de niño a América y su recuerdo está indisolublemente unido a los hechos de la Conquista. Su labor en verso es de las más monstruosas que recuerda la historia literaria, y revela una constancia en el trabajo tan inquebrantable como la que exhibían sus coterráneos en sus empresas de conquista. Su condición de poeta-cronista le fué perjudicial, pues ni en uno ni en otro concepto ocupa el puesto que hubiera podido corresponderle: simple poeta, su musa hubiera podido volar más libremente por los campos de la imaginación; historiador, sin pretensiones poéticas, habría podido escribir una crónica de las más animadas, vivas é interesantes de aquellos tiempos. Fué testigo presencial de muchos de los más novelescos episodios de la conquista, y su relato tiene la frescura del testimonio actual, que no pueden emular los trabajos eruditos. De aquí la evidencia épica de su relato, que compensa con esta ingenuidad primitiva y bárbara llaneza todo cuanto le falta de arte, que no es poco. Las *Elegías de varones ilustres* están a cien leguas de la *Araucana* de Ercilla; pero tienen trozos escritos con gran vigor de estilo, y versificados con extraordinaria soltura, como si las dificultades de la octava real sirvieran de acicate a su inspiración. Es homérica esa mezcla de episodios guerreros y sucesos trágicos con rasgos familiares y maliciosamente cómicos. La *Historia del Nuevo Reino de Granada*, escrita en versos sueltos e inapreciable como documento histórico, apenas ofrece uno

que otro rasgo poético que sobrenadará en aquel océano de prosa malamente cortada en renglones de once sílabas: clara muestra de la dificultad con que el oído español se habituó al ritmo y al corte del verso libre de los italianos. Las obras de Castellanos, además de ser una mina de noticias históricas, son un tesoro de lengua, a un tiempo clásica y popular, llena de donaires andaluces y matizada con americanismos, que desde entonces han debido tomar carta de naturaleza en nuestro idioma. Lástima que la musa de Castellanos hubiera estado ya tan fatigada cuando versificó la historia de la conquista, pues de otro modo, las leyendas, tradiciones, usos y costumbres de los indígenas, los sitios y lugares de esta nación, y sus ricos productos naturales habrían tenido, por obra del buen licenciado, una verdadera consagración en el arte.

Si, dentro del minúsculo escenario de la literatura colonial, Castellanos, en el siglo xvi, fué nuestro Homero, más adelante, en la siguiente centuria, tuvimos nuestro Licofrón en Hernando Domínguez Camargo, hijo de Santa Fe y que «florecía—*risum teneatis*—en Turmequé», según frase del Sr. Caro. Ese ingenio dió muestras de sí en la épica religiosa, componiendo un poema sobre *San Ignacio de Loyola*. En este género también había dado ejemplo Castellanos con su poema en octava rima sobre San Diego de Alcalá, del cual da noticia en su testamento y que ha desaparecido. Los tiempos habían cambiado, y con ellos la moda literaria. Castellanos escribió en la primera época del Renacimiento español, cuando dominaba en la literatura castellana un severo gusto clásico, el cual se manifiesta aun en las obras satíricas y picarescas. No es la edad creadora por excelencia, pues aún no habían aparecido Lope, Cervantes, Calderón y Quevedo; pero es la que produjo obras que se acercan más al ideal clásico, tal como lo entendían latinos e italianos. Cuando Hernández Camargo hizo sus modestos ensayos, reinaba en el mundo español el más desenfrenado gongorismo, natural consecuencia de la degeneración del ingenio nacional, y el poeta bogotano dió quin-

ce y raya a los más tenebrosos versificadores culteranos, pudiéndose colocar el *San Ignacio* en puesto cercano al *Macabeo* de Silveira. Y, sin embargo, Hernández Camargo no carecía de ingenio, como lo comprueban algunos rasgos sueltos de sus poesías líricas; y nacido y educado en otra época, probablemente habría dejado obras no despreciables. De todos modos, merece memoria como autor del ensayo poético de más importancia emprendido en el Nuevo Reino con posterioridad a Castellanos.

Nuestra literatura colonial es pobre, sobre todo si se la compara con la de México y aun la del Perú. Especialmente, en poesía lírica poco tenemos que presentar, a excepción de unos cuantos sonetos laudatorios o composiciones fugaces, muy inferiores a las de Hernández Camargo, recogidas en el curiosísimo *Ramillete de flores poéticas* del maestro Jacinto Evia, de Guayaquil. En este suelo, que después ha sido tan propicio a la producción poética, no se dieron en los siglos coloniales sino pálidas y entecas florecillas, faltas de gracia y de aroma. La prosa tuvo mejor suerte. No todos los libros que entonces se escribieron sobre el Nuevo Reino son de autores nacidos en la colonia. Algunos, y de los mejores, salieron de plumas españolas, y por esta razón prescindimos de ellos en esta breve reseña, lamentando no poder contar entre las producciones nacionales libros tan elegantemente escritos y de tanto precio histórico como el *Orinoco ilustrado*, del Padre José Gumilla, y la *Historia de las misiones de los jesuitas en el Nuevo Reino*, del Padre José Cassani. Uno y otro pertenecían a la Compañía de Jesús, la cual, establecida desde temprano en el Nuevo Reino, no sólo fué un elemento de cultura intelectual, sino que sirvió poderosamente en la obra de civilización de los indígenas y trajo al país a aquel apóstol heroico de la caridad, que iluminó con luz celestial los horrores de la esclavitud y que se llamó San Pedro Claver. En la imprenta de la Compañía se imprimió, en clara y buena edición, un folleto que ha pasado hasta hace poco por la impresión más antigua hecha en Bogotá, y que, en todo caso, ocupa cronológicamente el se-

gundo lugar; es el *Compendium privilegiorum et gratiarum Santa Fide Novi Regni Granatensis*, y lleva la fecha de 1739.

Conocida es la importancia que tienen en la literatura española las Crónicas de Indias, no solamente porque en sus páginas se guarda la relación circunstanciada de una epopeya gloriosa para España, a pesar de los hechos sangrientos que la manchan, sino porque algunas son joyas literarias y todas ellas contienen tesoros de lengua no suficientemente explotados todavía. México y el Perú son en este punto los más afortunados, pues las obras de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Solís y el Inca Garcilaso brillan cada cual a su manera y por distintos conceptos en puesto preminente de la historiografía clásica. El Nuevo Reino de Granada puede exhibir también, si no en lugar tan alto, sí en sitio visible y honroso, un cronista con dotes de verdadero historiador. Es el Ilmo. Sr. D. Lucas Fernández Piedrahita, natural de Santa Fe y Obispo de la diócesis de Panamá. Según Vergara, nació el 6 de Marzo de 1624; su padre se llamaba Domingo Hernández de Soto Piedrahita y por su madre, Catalina Collantes, «era biznieto de D.^a Francisca Coya, Princesa del Perú», completando con el citado Garcilaso y D. Fernando de Alba Yxtlilxochilt el trío de historiadores de América descendientes de sangre real indígena. Sirvióse Piedrahita para su trabajo de las obras manuscritas de Quesada, que él tuvo la fortuna de consultar en España; de las de Castellanos, Aguado y Medrano; reduciéndose en buena parte su labor a dar forma más ordenada y elegante a los materiales que halló esparcidos. Pero Piedrahita era un escritor, y su libro ofrece algo más que la narración pesada y confusa de los hechos. Tenía estilo, y sin alcanzar la nota de escritor clásico, pues es desigual, desmayado en ocasiones y sus períodos suelen languidecer en medio de la incoherencia de las frases incidentales, es uno de los mejores historiadores de América, como reconoce Julio Cejador, y en los momentos importantes de la narración ostenta brío, elegancia y gentileza. Su *Historia general del Nuevo Reino de Granada*, lindamente impre-

sa por Verdussen, en Amberes, en el año de 1688, con sus portadas en donde campean, de una parte las efigies de los conquistadores, y de otra los imaginarios retratos de los soberanos indígenas, adornados con las insignias de la realeza, es libro precioso, de apacible y grata lectura, de provechosa enseñanza, no emulado como trabajo literario hasta la época moderna, y con un sabor castizo de vino añejo, insustituible para los que han acostumbrado su paladar al gusto de la literatura antigua.

Piedrahita fué nuestro historiador general. Hay, además, algunos historiadores particulares dignos de mención. Sea el primero el Padre Alonso de Zamora, de la Orden de Santo Domingo, nacido en Santa Fe en 1660. Escribió el Padre Zamora la *Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada, del Orden de Predicadores*, la cual se publicó en Barcelona en 1701. Es libro muy apreciado, tanto por su rareza bibliográfica como por su fondo histórico y su grato y elegante estilo. No es poco mérito del Padre Zamora haber escrito con claridad y sencillez en una época tan prendada de los adornos de mal gusto, como lo revelan los propios preliminares de la *Historia*, donde el Padre Miguel de las Peñas, censor eclesiástico, después de equiparar al humilde religioso de Santa Fe con Homero, Demóstenes, Platón y Aristóteles, agrega: «No solo en lo sabio, hasta en el nombre también se parece a Salomón, pues con añadirle al nombre de Alonso una M dice Salomón, para que digamos es lástima que sujeto tan sabio sea hombre mortal». Y el Gobernador D. Francisco Alvarez de Velasco, en una encrespada silva, declara a Fray Alonso «sabio Prometeo», «Eucalión religioso» y «Hermes cristiano». El escritor a quien se tributaban tan desahogados elogios no era un genio, ni mucho menos, pero sí un meritorio y fiel cronista de su Orden, con cuya historia enlaza hechos de interés general y una muy detallada descripción física del Nuevo Reino. Esta parte ofrece especial interés, tanto porque el Padre Zamora luce sus dotes de elegante prosista en la descripción de animales y plantas, como porque revela que

los españoles de entonces habían explorado el territorio del Virreinato en toda su extensión, hasta extremos que hoy misino son casi inaccesibles, y habían estudiado con grande interés su fauna y su flora y las aplicaciones útiles de los productos naturales, no obstante las deficiencias que ofrecían los embrionarios conocimientos científicos de la época. En esta sección de su obra el Padre Zamora siguió el ejemplo que desde los comienzos de la conquista habían dado el grande Oviedo y el Padre José de Acosta, cuya *Historia natural y moral de las Indias* ha sido alabada por Humboldt y otros sabios modernos.

Resplandecen en las páginas de Zamora los hechos de otro varón apostólico, venido de España: el admirable San Luis Beltrán, que evangelizó también, como el Apóstol de los negros, las regiones de nuestra costa atlántica; que si España mandó conquistadores y encomenderos rapaces, también envió apóstoles de la caridad cristiana, que vertieron óleo en las heridas que aquellos abrieron y dieron lecciones de verdadera fraternidad a las razas indígenas. Aun cuando no ostenta, como San Luis Beltrán, la aureola beatífica, sí merecè recordarse aquí el Padre Francisco de Figueroa, natural de Popayán y misionero en las regiones amazónicas, en donde realizó prodigios de virtudes y en donde rindió la vida, recibiendo la corona del martirio. Ocupa un puesto en la historia literaria por su *Relación de las misiones de los jesuitas en el país de los Maynas*, no ha muchos años publicada.

Constan los gloriosos hechos del Padre Figueroa en otro curioso libro, escrito por quien como él pertenecía a la Compañía de Jesús y había nacido en tierra del Cauca: el Padre Manuel Rodríguez, natural de Cali y autor de la obra titulada *El Marañón y el Amazonas*, impresa en Madrid en 1684. Es libro quizá más raro que el del Padre Zamora, y no carece de mérito literario, pues está escrito en estilo claro y natural, condición que iba siendo rara en aquella época. En ocasiones es demasiado prolijo y muestra ciertó rebuscamiento en pasajes de empeño, como en

la descripción que hace de una erupción del Pichincha, que amenazó de ruina a la ciudad de Quito. Tanto este libro, como el del Padre Gumilla, tienen en su favor el interés que despiertan con sus solos títulos, pues no pueden ser indiferentes esas antiguas y candorosas relaciones sobre los descubrimientos y conquistas realizados en esos magnos ríos, monarcas de todos los de la América meridional y cuya importancia crece de día en día como poderosos agentes de comercio y de civilización. En las márgenes del Amazonas aun viven las mismas tribus que evangelizó el Padre Figueroa, y se dan los mismos productos que constan en la relación del Padre Acuña, transcrita por el Padre Rodríguez. Y cuando vemos que hoy tropieza allí la civilización con obstáculos casi invencibles, permanecemos atónitos ante aquellos españoles que, ya en busca de riquezas, ya movidos por el amor de Dios, lograron, con escasos medios de acción, penetrar en esas selvas y seguir el interminable curso de esos ríos.

Superior a Rodríguez como escritor es D. José de Oviedo y Baños, nacido en Santa Fe en 1674. Pasó a Venezuela, a la sombra de su tío, el benemérito Obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, y murió en Caracas. En 1723 se publicó en Madrid un libro suyo, titulado *Historia de la Conquista y poblacion de la Provincia de Venezuela*. Un segundo volumen quedó inédito y se ha perdido. El docto americanista D. Cesáreo Fernández Duro reimprimió la *Historia* de Oviedo, y alaba en ella «la imparcialidad, crítica y levantado espíritu del historiador verdadero» y halla en los libros V, VI y VII, «el trabajo original con que el autor dilató la esfera de los conocimientos, creando fuente pura a que forzosamente han de acudir los que estudien la región caraqueña, como lo hizo D. Rafael María Baralt al componer el *Resumen de la historia de Venezuela*». Este juicio favorable de un escritor tan docto y tan bien informado como el señor Fernández Duro es el mejor elogio que puede hacerse de la obra del viejo cronista. En los primeros capítulos, Oviedo, siguiendo a otros

historiadores, narra episodios tan interesantes como los viajes de Fredemán, que desde las costas de Venezuela vino hasta la sabana de Bogotá, donde había sentado ya sus reales Jiménez de Quesada; y la trágica historia del tirano Lope de Aguirre, cuyos sangrientos hechos y bárbaro espíritu de rebelión dejan suponer un desequilibrio mental en aquel monstruo, asesino de su propia hija. En los capítulos que Fernández Duro considera como labor más original, consigna Oviedo interesantes noticias, ya sobre la fundación de Caracas por Losada, ya sobre las campañas corsarias del célebre almirante Drake, ya sobre otros episodios de la conquista de Venezuela.

Escritor de índole muy diversa es el Padre Andrés de San Nicolás, agustino descalzo, cuyo nombre de familia se ignora. De él dice Vergara: «Hasta su verdadera patria está dudosa; según Ocaíz y Nicolás Antonio nació en Tunja; pero en el libro de defunciones de Madrid, en que se registra la partida de su muerte, se dice que era natural de Santa Fe de Bogotá». Agrega Vergara que fué uno de los fundadores de la Recoleta de San Agustín, en el lindo valle conocido con el nombre del *Desierto*, donde aun subsiste el Convento de la Candelaria, y después pasó a Europa, por asuntos de su Orden, y residió en Roma y en Madrid, habiendo sido cronista de su religión y Rector del Colegio de Alcalá de Henares. Murió el 20 de Noviembre de 1666. Nicolás Antonio se limita a insertar el catálogo de sus obras; pero el Padre Francisco de Asís se deshace en elogios del religioso neogranadino, a quien llama «biblioteca animada que para enriquecer a Europa vino desde América». Entre sus libros hay uno que interesa por el poético y feliz título que le puso el autor: *Passerculi solitarii planctus*; pero el que especialmente nos interesa es un voluminoso tomo en folio, primero de una obra que comenzó a escribir y no concluyó, titulada *Historia general de los agustinos descalzos de la Congregación de España e Indias*. Imprimiósse en Madrid en 1666. La obra hubiera sido probablemente de gran precio para nosotros, si el fecundo autor hubiera llegado a ter-

minarla; pero quedó incompleta, como otras muchas producciones de nuestra literatura antigua y moderna; y en el único volumen que existe se entretiene en los orígenes de la Orden, empezando por recordar los últimos años de San Agustín; y no pasa de España, dejándonos en el deseo de conocer la parte relativa a la patria del autor, bastante olvidada por él, según parece. No es el Padre Andrés de San Nicolás un escritor despreciable; y aun cuando hace gala de su mucha erudición en frecuentes y a veces extensas citas latinas, no es su libro uno de esos mamotretos eruditos, incesables a los profanos: está escrito en elegante estilo, con cierta retórica noble, que revela el artificio, pero no cae en el conceptismo.

Escritor de índole muy diferente a la de este grave religioso, cultivador de la prosa y de la poesía latinas, fué D. Juan Rodríguez Fresle, autor del celebrado libro que se conoce con el extraño nombre de *El Carnero*. Nació en Santa Fe, a 25 de Abril de 1566, y era de los Fresles de Alcalá de Henares, según él mismo declara. Después de haber militado contra los pijaos en sus juveniles años y de haber hecho un infructuoso viaje a la Península, aprovechó sus ocios de setentón para escribir su libro, al cual puso un título descomunal, que hubiera recordado a Macaulay el interminable de la obra del Dr. Nares. No imprimió el buen Fresle su libro, que después de seculares andanzas no alcanzó editor sino a mediados del siglo xix. El docto y algo atrabiliario americanista D. Marcos Jiménez de la Espada llama a Fresle «chismoso», con ocasión de cierta anécdota que éste cuenta sobre el recibimiento hecho a Quesada por el Emperador; y ciertamente (sin que aceptemos ese calificativo denigrante), hay que reconocer que no puede pasar por modelo de información exacta el que—como nota Vergara—alteró las noticias corrientes y más autorizadas sobre la monarquía chibcha. Otros son los méritos de Rodríguez Fresle, que inició entre nosotros un género muy del gusto de los lectores modernos: la crónica, animada y picaresca, de crímenes y amoríos; la historia íntima de una sociedad,

tan distinta de la oficial y pública, y tan adecuada para hacernos conocer, sin máscara aparatosa, el verdadero carácter de una época. Rodríguez Fresle nos pone en comunicación más estrecha con la colonia que los analistas de virreyes, presidentes y prelados, y al lado de los escritores que cultivaban el estilo noble, luce por la gracia sin afeites de su prosa. No era escritor correcto, pero sí de cepa castiza; y en la manera viva y graciosa con que narra sus poco edificantes episodios, revela las disposiciones que tenía para haber sido un discreto cultivador de la novela picaresca. Introduce en su relato la nota personal, por medio de digresiones en las cuales consigna el fruto de su desengañada experiencia de la vida, como cuando interrumpe la narración de los ilícitos tratos de D.^a Inés de Hinojosa con D. Pedro Bravo de Rivera, para decir: «Con razón llamaron a la hermosura *callado engaño*, porque muchos hablando, engañan, y ella, aunque calle, ciega, ceba y engaña. Paréceme que me ha de poner pleito de querella la hermosa en algún tribunal que me ha de dar en qué entender; pero no se me da nada, porque yo me colgué sobre los setenta años. Yo no la quiero mal; pero he de decir lo que dicen de ella; con esto la quiero desenojar. La hermosura es un don dado de Dios; y usando los hombres mal de ella, la hacen mala. En otra parte la toparé y diré otro poquito de ella». Como suele acontecer a los que refieren recuerdos de época lejana fiados en su memoria, Rodríguez Fresle flaquea en ciertos pormenores, como cuando relata, como testigo presencial, la sacada del cadáver de Juan de los Ríos del pozo donde lo había arrojado su matador el Oidor Cortés de Mesa; y dice que de la herida saltó un borbollón de sangre, acusadora del crimen. Esta sangre fresca que brota de un cadáver sumergido en el agua durante ocho días es una ilusión del buen Fresle, poco ducho en práctica médica. De todos modos, *El Carnero* es el más solicitado de nuestros libros antiguos, quizá por esa flaca tendencia de la naturaleza humana a hallar más atractiva una crónica

escandalosa que la relación de los cambios de gobernantes o las efemérides religiosas.

A los nombres de los autores citados debemos agregar el de Alonso Garzón de Tahuste, natural de Timaná y cura de la Catedral de Santa Fe. Menos afortunado que aquéllos, Garzón sólo vive por las citas que de él hacen otros cronistas, pues se ha extraviado su *Historia antigua de los Chibchas* (1). Por la época a que pertenece (nació a mediados del siglo xvi) y por las circunstancias de su estado, que lo ponía en íntima relación con la población indígena, estuvo Garzón en situación de obtener preciosas e interesantes noticias sobre los antiguos pobladores del Nuevo Reino; y los que se aprovecharon de su labor lo citan como autoridad digna de respeto. ¡Lástima que el tiempo no haya respetado sus manuscritos! ¡Precaria condición la de nuestros escritores, antes de la introducción de la imprenta en el Nuevo Reino! Tenían que confiar sus obras a los azares de un largo viaje, para solicitar de la Corte el correspondiente permiso y hallar un editor que se resolviese a publicarlas. A veces, en tales andanzas, naufragaban los manuscritos, después de andar de aquí para allá durante largos años; algún autor afortunado lograba verse brillantemente editado como Piedrahita; otros apenas alcanzaba ediciones pobres y mendosas, que revelan la falta del ojo vigilante del propio autor para corregir monstruosos yerros de imprenta, hijos del descuido y de la ignorancia.

Los trabajos gramaticales no pertenecen propiamente a la historia literaria; pero sería imposible prescindir de ellos, cuando se trata de las obras que se escribieron en la larga época colonial sobre las lenguas indígenas de América; porque revelan el es-

(1) No es imposible que el manuscrito parezca, como pareció el del breve tratado *Sucesión de preladados y jueces seculares del Nuevo Reino*, que encontró en Madrid D. Diego Mendoza.— Véase *Boletín de Historia y Antigüedades*, t. vi.

fuerzo hecho por la raza conquistadora para entrar en comunicación con lo más íntimo del alma americana; muestran el trabajo de asimilación de los dos pueblos; y son, en ocasiones, el arca en que se salvaron los restos de esos idiomas y dialectos, cuyo estudio interesa tanto a la filología. Esta sección es, entre nosotros, bastante pobre, sobre todo si se compara con las que ofrecen México y el Perú, como puede verse en la magnífica bibliografía del Conde de la Viñaza. Esa pobreza es explicable, porque el idioma chibcha, es decir, el que hablaba el imperio más adelantado del Nuevo Reino, pereció en breve, aun cuando la raza indígena persistió, mezclándose con la conquistadora; al paso que lenguas como el quichua y el aimará son habladas todavía por numerosas gentes. Entre los misioneros que escribieron en el Nuevo Reino sobre las lenguas del país figura en primer término el dominico Fray Bernardo de Lugo, natural de Santa Fe y autor del siguiente libro, que es de los más raros de nuestra literatura: *Gramática de la lengua general del Nuevo Reino, llamada Mosca*, publicado en Madrid en 1619. El Padre Lugo era predicador general de su orden y catedrático de la lengua chibcha o mosca en el Convento del Rosario de Santa Fe. La obra, pequeña en volumen, pero del mayor interés para el lingüista, está dividida en las partes usadas en las gramáticas de lengua latina, y tiene, como suplemento, un confesonario para uso de los sacerdotes que administran el sacramento de la Penitencia a los indios convertidos. Allí está el Padre Nuestro puesto en la lengua de los hijos de Nenquetebe. El egregio Adelung, uno de los padres, con Hervás y Panduro, de la filología comparada, extractó la Gramática del Padre Lugo en el tomo tercero de su monumental obra titulada *Mithridates*. En cambio, Hervás y Panduro, que vió en Roma número tan extraordinario de gramáticas y vocabularios de América, no parece haber tenido noticia del Padre Lugo, pues en el volumen primero de su inmortal *Catálogo de las Lenguas*, donde habla de las usadas por los indígenas en el Nuevo Reino, apenas aprovecha una breve referencia del Obispo

Piedrahita. El Padre Lugo tenía dispuestos también un catecismo y un vocabulario. Copias manuscritas de éste sirvieron a Uricoechea para el que figura en su obra.

El trabajo de este modestísimo religioso no fué continuado en su época, y sólo ha recibido sabio complemento en el libro de Uricoechea, escrito de acuerdo con los adelantos de la ciencia filológica moderna.

En la segunda mitad del siglo XVIII floreció D. Basilio Vicente Oviedo, cura de varios pueblos de la arquidiócesis de Santa Fe, de quien dice Fernández Duro que «dedicó las horas de la siesta a bosquejar las condiciones geográficas de los curatos en el Nuevo Reino de Granada, intercalando curiosas noticias de historia natural». Da larga noticia de este escritor el eminente Sr. González Suárez en un estudio titulado *Un escritor colombiano del tiempo de la Colonia*. Allí leemos: «Este cura compuso una obra dilatada, una verdadera enciclopedia miscelánea o biblioteca eclesiástica, que consta nada menos que de once tomos en folio... Varios de los escritos de Oviedo son históricos y pudieran servir muchísimo para ilustrar la historia de la dominación colonial en el Nuevo Reino de Granada. Varias tentativas se hicieron para publicar la enciclopedia de Oviedo, pero se tropezó siempre con la mala voluntad oficial». En los escritos del cura de la colonia, dice el Sr. González Suárez, no dejó de descubrir el ojo avizor del Consejo de Indias algunas cosas nada convenientes con las regalías del Monarca español en estas partes». Vergara no conocía a este Oviedo, pero Ansizar lo citó varias veces en *La Peregrinación de Alpha*.

En la literatura religiosa de la época figuran algunas historias de santuarios y advocaciones, como la *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagro de la Imagen de Chiquinquirá*, por el P. Pedro de Tobar y Buendía, hijo de Santa Fe; y varias vidas de religiosas, como la que el P. Pedro Pablo de Villamor escribió de la Venerable Madre Francisca María del Niño Jesús, en el siglo Doña

Francisca Lionel de Caicedo. Imprimióse este curioso libro en Madrid en 1723. El P. Villamor era bogotano, religioso de San Juan de Dios, y «maestro en Filosofía, Medicina, Teología y Sagrada Escritura», según el decir del jesuita P. Varillas.

En el siglo xviii hallamos algunos escritores de mérito, que cultivaron géneros distintos de la crónica. Dos llaman particularmente nuestra atención. El primero es el doctor Juan Bautista de Toro, hijo de Santa Fe, Capellán de la Escuela de Cristo. Poco se sabe de la vida de este escritor. Entre otros varios trabajos menores, escribió *El secular religioso*, libro que se imprimió en Madrid en 1722 y fué reimpreso allí mismo por Ibarra en 1778. Tanto Vergara como D. Miguel Antonio Caro elogian cumplidamente los méritos del modesto sacerdote bogotano. Su libro no es un manual de ascetismo, aun cuando sí de vida profundamente religiosa. Considera al secular en las varias situaciones y circunstancias en que puede hallarse, y demuestra que en todos los estados puede ser fiel cumplidor de la ley de Dios. Como moralista cristiano, habla a grandes y a pequeños con libertad evangélica, no ahorrando terribles advertencias ni aun a los mismos reyes. No es un moralista original, pero sí un valiente expositor de la moral de Cristo. Y expresa sus pensamientos, no en la forma retorcida y artificiosa con que los gongoristas ocultaban su vanidad intelectual y afectiva, sino en estilo claro, enérgico y sentencioso, que revela al lector de Séneca y de Quevedo, a quienes en su libro cita. En medio de la corrupción espantosa a que había llegado la literatura devota del siglo xviii, cuyos predicadores macarrónicos inmortalizó *Fray Gerundio de Campazas*, Toro parece un prodigio de sencillez y naturalidad, aun cuando a veces prodiga las citas y enumeraciones. Gusta mucho de las comparaciones tomadas de la historia natural, repitiendo las absurdas consejas que entonces corrían sobre las costumbres de ciertos animales y propiedades de algunas piedras. En esta parte, Toro se atuvo al ejemplo dado por ilustres clásicos, entre otros por Fray Luis de Granada en

El símbolo de la fe. Recordamos esto para hacer resaltar más la importancia de la revolución científica iniciada por Mutis en el Nuevo Reino, y de la cual hablaremos luego.

Para dar a conocer el estilo y el pensamiento del Dr. Toro, citamos el párrafo siguiente, que contiene una enérgica protesta de un fidelísimo súbdito de España contra inveterados abusos. Datos son éstos que el historiador debe apreciar cuando trate de investigar los remotos orígenes del movimiento de emancipación que debía estallar algunos años adelante: «¡Miserables indios de este Nuevo Reino de Granada, donde escribo lo que estoy escribiendo! Que es ver y considerar cómo por pasar vida regalada muchos de los que tienen el nombre de cristianos, tan indignos de este nombre como yo; muchos corregidores, digo, y encomenderos, se sustentan de la sangre de estos desdichados, como en este mismo reino lo mostró aquel asombro de perfección, San Luis Beltrán. No se contentan con medianos regalos a costa de estos infelices, a quienes tratan a veces con más vilipendio que a los brutos y más desprecio que si fuesen vilísimos esclavos, sólo por conocer que son sus espíritus tan pusilánimes y naturalmente tan humildes, que jamás levantan ni aun la voz, si no es cuando a fuerza de azotes (con que por ligeras causas los atormentan muchas veces) los obliga a que la levanten hasta los cielos, que, penetrados ya de sus gemidos, van contra todos despidiendo justos castigos. De sus desnudas y trabajadas carnes sacan con infernal tiranía el sudor que clama al cielo, para tener sobrado para el regalo, la vanidad y el juego; y para tener siempre sus trojes abastecidas solicitan mil estratagemas, haciéndose dueños de sus pequeñas sementeras; y para vestirse ellos de seda, no les permiten a estos tristes ni aun ser dueños de una vestidura de que usan, de muy basta lana. ¡Oh, quién pudiera hacer que los piadosos ojos de nuestro muy católico Monarca viesen, como los nuestros están viendo, las inhumanas extorsiones que padecen estos pobres!» Dicho sea en honor de la verdad, el libro en que se dicen estas cosas y se habla en tér-

minos apologéticos de la Compañía de Jesús, entonces suprimida, no ocasionó molestia ninguna a su autor y fué editado en Madrid por el impresor del Rey.

Ahora nos encontramos en presencia de una personalidad literaria mucho más importante que la de D. Juan Bautista de Toro: nuestro más insigne escritor de la colonia es una mujer, una religiosa. La venerable madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, nació en Tunja en 1671. Fueron sus padres Don Francisco Ventura de Castillo y Toledo y doña María de Guevara Niño y Rojas, ambos de reconocida nobleza. Como Santa Teresa, se dió en su primera edad a la lectura de novelas y comedias; y aun, como dice su sobrino, el presbítero Castillo y Santamaría, «bajo de honestos motivos, pretendió el amor profano introducir en su corazón este mortal veneno». Desengañada del mundo, entró en el Monasterio de Santa Clara, de su ciudad natal, en el año de 1689. Como dice aquel biógrafo, «es difícil expresar los interiores y exteriores combates que desde este punto tuvo que sufrir». Fué por tres veces superiora de su convento y murió en opinión de santa el año de 1724. Por orden de sus confesores, y venciendo sus naturales desconfianzas, escribió el libro de su *Vida* y el de sus *Sentimientos espirituales*. El primero y una parte del segundo se imprimieron muchos años después de su muerte, por la piadosa solicitud de uno de sus deudos. Porción muy considerable de los *Sentimientos* aún permanece inédita, en mengua de las letras patrias.

Tiene la madre Castillo el mismo mérito que ya hemos reconocido en Juan Bautista de Toro: la inafectada sencillez de su prosa, «digna del siglo xvi», según dijo Menéndez y Pelayo. Leyendo sus libros, nadie pensaría que fueron escritos en pleno reinado del gongorismo. Y no se diga que el haber vivido en un claustro la preservó del contagio, pues en iguales circunstancias se halló mujer de tan preclaro ingenio como la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz; y sus versos revelan el culterano gusto de la época. Pero Sor Juana Inés de la Cruz pretendía halagar a

la Corte virreynal, que justamente la admiraba, al paso que la madre Francisca escribía por obediencia; y más de una vez estuvo tentada a destruir sus manuscritos, como consta en el libro de sus *Sentimientos*. Dice Vergara que «su estilo y su lenguaje la colocan al lado de Santa Teresa de Jesús; y hasta en las peripecias de su vida le fué parecida». Sobre esto hay que hacer algunas distinciones. Ciertos rasgos de la vida de la monja de Tunja recuerdan otros de la de Santa Teresa; ambas escribieron la historia de su alma; ambas fueron amantísimas esposas de Cristo; ambas figuran en el número de los escritores místicos españoles; pero no puede compararse la vida puramente contemplativa de la granadina, obligada a languidecer en un ambiente conventual, que casi siempre le fué hostil, por la estrechez de comprensión con que fué juzgada por sus compañeras esa alma de elección, y la existencia, a un tiempo activa y contemplativa de Santa Teresa, en quien se unieron, por caso prodigioso, la más alta intuición de las cosas divinas y la más exacta apreciación de las humanas. La mujer extraordinaria, de quien dijo Barbey d'Aurevilly que era «una de las más majestuosas mujeres de Estado que se hayan sentado en un escabel, en vez de sentarse en un trono»; aquella a quien Huysmans calificó de «Colbert femenino»; la que, como fundadora y reformadora, recorrió toda España y estuvo en comunicación con los más altos personajes de su tiempo, ocupa, además, la cúspide de la mística cristiana por su maravillosa vida espiritual y por la acabada exposición de la ciencia y del arte de la mística, que nos dejó en *Las Moradas*.

No alcanza a tales alturas la monja Castillo, que fué un alma afectiva, pero que no expone un sistema místico, en forma doctrinal, como la doctora de Avila. Tampoco en el estilo ofrecen semejanza las dos escritoras. Santa Teresa usó el habla corriente de Castilla, con todos sus donaires e idiotismos populares; y escribió como hablaba, siendo de los clásicos españoles el más ajeno de toda preocupación literaria. La prosa de Santa Teresa es una conversación, realizada por el vivo ingenio y la fresca ima-

ginación con que la bienaventurada sabe dar forma sensible a los más sutiles e inaccesibles conceptos, a las más inefables comunicaciones de la criatura con Dios, en el centro del alma. El estilo de la madre Castillo es espontáneamente oratorio, y se presenta adornado con las galas y preseas de los libros sagrados, hasta el punto de que los *Sentimientos* son un tejido de expresiones bíblicas. Complácese nuestra escritora en continuas y vivas efusiones, inspiradas, ya en la contemplación de las infinitas perfecciones de Dios, ya en el conocimiento de la propia indignidad y bajeza; sobre estos dos órdenes de pensamientos y de emociones gira la mística de la madre Castillo, alma apasionada e inquieta, siempre recelosa de sí misma, siempre sedienta del bien supremo. Su estilo es, como su alma, apasionado y vibrante, y con frecuencia ofrece, al lado de cierta incoherencia en el enlace de los razonamientos, expresiones atrevidas y originales, que iluminan, como relámpagos, las profundidades de la vida mística. Si con algún libro español hubiéramos de comparar los *Sentimientos*, no sería ciertamente con las obras teresianas, sino más bien con aquellas encendidas *Meditaciones del amor de Dios* que escribió Fray Diego de Estella. Hemos dicho que el estilo de la madre Castillo es oratorio. Léase el siguiente pasaje, y tómese nota del estilo imaginativo y brillante; de la amplitud majestuosa del período; del arte con que están engastados los incisos; del movimiento y número de la frase; de la brevedad y concisión del rasgo final, que es como un broche que recoge los amplios pliegues de un manto; y después de apreciados estos pormenores, dígame si la humilde religiosa de Tunja no tenía una elocuencia oratoria muy superior a la de todos los predicadores españoles de su tiempo.

«Así que, Señor mío, grande y terrible, paciente y amoroso; no te desagrada la tempestad, pues en ella caminas; no la oscuridad y niebla, pues allí están tus huellas; no te enamora la hermosura y capacidad del mar, pues le reprendes y le haces secar; no te pagas de las corrientes de las aguas, pues las echas al

desierto; no de la alteza de los montes, pues los conmueves; no de los collados, pues los desuelas; no de la hermosura de las flores, pues las dejas enflaquecer y marchitarse; no de la tierra, pues la haces estremecer, ni de sus poderosos poseedores, pues les muestras tu indignación; ni de la fortaleza de las piedras, pues las deshaces. ¿Pues qué, Señor, te agrada, qué te inclina? el que espera en ti, el corazón humilde, que no confía en sí mismo; el que todo su ser resigna y deja en tus poderosas y amorosas manos, en tu sapientísima providencia; el amarte y temerte».

También hizo versos la madre Castillo, «menos buenos que su prosa», como dice Menéndez y Pelayo; y así es la verdad; pero, sin embargo, los romances que están incluidos en los *Sentimientos* son las mejores poesías que aquí se escribieron entre el final del siglo xvii y el siglo xviii. No representa esto un gran elogio, porque la poesía fué menos favorecida que la prosa en ese período; no porque se dejasen de escribir versos, sino porque está ausente de ellos toda inspiración. Aun en las márgenes de los folios y de los códices solían estampar nuestros abuelos sus ensayos de metrificacón. Tenemos a la vista unos cuantos que ha encontrado en la biblioteca del Colegio del Rosario un joven y erudito investigador, el Sr. Franco Quijano, quien los halló revolviendo pergaminos para su historia de la Filosofía en Colombia. Hay allí hasta un esbozo de un auto sacramental. En el libro de Vergara hay memoria de un poeta que debió de tener un simpático ingenio a juzgar por la muestra que él trae: son unas endechas reales, dirigidas en forma de carta a Sor Juana Inés de la Cruz. Su autor, D. Francisco Alvarez de Velasco y Zorrillo, natural de Santa Fe y Capitán general de las provincias de Neiva y de la Plata, publicó en Madrid sus obras en 1703, dedicándolas al Condestable de Castilla; y de ellas dice Vergara «las vimos de paso, sin tiempo para examinarlas»; dato escueto que sorprende en tan curioso investigador de nuestras vejeces literarias. De otro poeta de entonces poseemos las poesías manuscritas en un código que perteneció a Vergara y que hoy re-

posa en la Biblioteca Nacional de Bogotá. Llamábase D. Miguel Vélez Ladrón de Guevara, y era hijo de Santa Fe. No tenemos otras noticias suyas, excepto las que consigna en sus versos: Por ellos sabemos que floreció en la época de los Virreyes Messía de la Cerda, Flórez y Caballero y Góngora. Es tipo del poeta cortesano y de sociedad en el reducido teatro de la Colonia. Fué versificador muy fecundo, de esos que aprovechan cualquier pequeño incidente para dar curso a su irrestañable vena. Si salió el Virrey en un día lluvioso; si a su dama le dolieron las muelas; si a una beldad amiga suya le arrebató el viento el sombrero; si una alta señora dió a luz felizmente; todos estos son temas que Vélez acoge con regocijo y a los cuales consagra, ya un soneto, ya unas décimas, ya larguísimos romances. Uno de éstos, el más extenso quizá, pinta un paseo al Salto; y contiene una descripción—posiblemente la más antigua—de las muchas que el famoso Tequendama ha inspirado a poetas hartó más célebres que Vélez y Ladrón de Guevara. Hay una composición destinada a celebrar los días de un fraile, que fué en el siglo D. José Solís, Virrey del Nuevo Reino. Cultivó también Vélez la poesía religiosa, y en éste y en los demás géneros que explotó revela gran facilidad para la versificación, gracia e ingenio de vez en cuando, y afición a las citas mitológicas, a los juegos de palabras, a los acrósticos y paronomasias, de acuerdo con el dudoso gusto de la época. Convendría sacar del olvido las producciones de este ingenio bogotano, cuyos versos llenarían un volumen de regular extensión.

Hemos llegado a un momento decisivo del desarrollo intelectual de la Colonia. No dominaban en el Nuevo Reino las sombras de la ignorancia, como han dicho escritores sectarios, enemigos de España. Funcionaban grandes establecimientos de educación, especialmente el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado por el ilustre Arzobispo Fray Cristóbal de Torres. En este plantel se educaron varones eminentes, que viendo practicar, y practicando ellos mismos, las Constituciones

del Arzobispo español, debieron de tener, en medio de un ambiente de fidelidad monárquica, generosas intuiciones de autonomía republicana:

En el último tercio del siglo XVIII ocurrió un acontecimiento importante. El ilustre sabio alemán Alejandro de Humboldt, uno de los grandes exploradores científicos del mundo moderno, solicitó permiso del Gobierno español para visitar las colonias y estudiar, como dice el Sr. González Suárez, «los arcanos de la Naturaleza y los secretos de la historia de las razas indígenas que yacían hasta entonces ignorados en el inmenso mundo que, hacía tres siglos, había sido arrebatado por el genio sublime y la constancia de Colón». El monarca concedió la licencia y dió de ella aviso a los Virreyes y Capitanes generales de América. Gobernaba el Nuevo Reino el muy ilustre Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora, quien—agrega el Sr. González Suárez—no pudo recibir con indiferencia la noticia, pero le pareció que era mengua para España el que los extranjeros fuesen los primeros que hicieran investigaciones científicas en estas partes, arrebatando a los españoles la gloria de los descubrimientos en ciencias naturales». Y anticipándose a la autorización que había solicitado del Gobierno de Madrid, nombró una Comisión científica provisional, con el nombre de Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, a cuya cabeza puso a D. José Celestino Mutis, con D. Eloy Valenzuela como segundo. Esto ocurrió en 1782.

Así las ciencias naturales nacieron adultas en Colombia. De la descripción, más literaria que científica, de los reinos de la Naturaleza, se pasó prontamente a la aplicación de los métodos experimentales modernos. Se estudió los animales y plantas, no siguiendo los procedimientos fantásticos y risibles del Padre Valdecebro, el que escribió el *Gobierno general, moral y político de las aves*, sino obedeciendo a las clasificaciones de Buffon y de Linneo. Y la literatura del Nuevo Reino en esta nueva etapa fué principalmente científica, como lo fué por entonces la de

todos los países europeos. Mutis es uno de los patriarcas de la cultura en Colombia, y no puede citársele sin recordar el altísimo y justo elogio con que Linneo lo consagró para la admiración de la posteridad: *nomen immortale quod nulla ætas unquam delebit*.

Cuando Humboldt llegó a Santa Fe, halló en la remota capital del Virreinato un centro científico y literario no indigno de recibir sus lecciones y aprovechar sus ejemplos. La presencia de un sabio como aquél, el más grande que había pisado hasta entonces la tierra granadina, dió nuevo impulso a los anhelos científicos de una generación juvenil sedienta de gloria y amante de la patria. Los inconclusos trabajos de la Expedición de Mutis yacen en el Jardín Botánico de Madrid, y el mundo no pudo gozar de tan meritorio y sabio esfuerzo. Pero queda, como memoria de la actividad intelectual de la época, una publicación que, por su mérito intrínseco, por la significación de los que la dirigieron e impulsaron, por las circunstancias del tiempo en que vió la luz, ocupa puesto aparte en la historia de nuestro periodismo y con ninguna otra acepta comparación: tal fué el *Semanario* de Caldas.

Francisco José de Caldas nació en Popayán, de ilustre familia, en el año de 1771; y fué fusilado por el sanguinario pacificador Enrile el 29 de octubre de 1816. Entre esas dos fechas se desarrolló una existencia pura, noble, casta, consagrada a la meditación y al estudio. En su ciudad natal recibió lecciones del venerable D. José Félix de Restrepo, «el Arístides colombiano»; y completó sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Tuvo genio inventivo, y con pobrísimos elementos, con aparatos arreglados por él, realizó valiosos descubrimientos, que permiten suponer a dónde habría llegado en medio más propicio y con más años de vida. El propio Caldas cita, en una carta íntima, unas palabras que acerca de él escribió Humboldt y que dicen así: «Caldas es un prodigio en astronomía. Nacido en las tinieblas de Popayán ha sabido elevarse, for-

marse barómetros, octantes, sectores, cuartos de círculos de madera; mide latitudes con gnomones de 15 a 20 pies. ¿Qué habría hecho este genio en medio de un pueblo culto y qué no debíamos esperar de él en un país en que no se necesite hacerlo todo por sí mismo! ¡El genio no puede extinguirse y se abre las puertas para seguir la gloriosa carrera que los Bouguers y de La Condamine han abierto!» En la amarga y conmovedora carta que dirigió el sabio al pacificador pidiéndole gracia, en atención, principalmente, a sus empresas científicas, hace breve recuento de los trabajos que ha realizado: levantamiento de la carta de casi toda la parte meridional de la Nueva Granada; nuevos estudios sobre las cartas geográficas; descubrimientos sobre las medidas por medio del termómetro, sobre las mareas atmosféricas, sobre la meteorología ecuatorial; preparación de la obra monumental sobre la geografía de las plantas; ejecución de un gran libro sobre la quina, etc. «Los volcanes y montes nevados de la Nueva Granada —agrega—, el nivel de la nieve perpetua, los niveles de los valles y del continente de la Nueva Granada, la altura del mercurio en el mar, y tantos objetos que me sería muy largo [enumerar], forman otras tantas obras y cuyos pormenores y planos van a perecer con su autor.» Esta carta, escrita atropelladamente en medio de las angustias del próximo cadalso, habría conmovido a las piedras; pero dejó insensible el corazón de Enrile, que no vio en Caldas al sabio, sino al insurgente. Con razón dijo, en frase hermosa, el gran Menéndez y Pelayo: «Caldas, el inmortal neogranadino, a quien España debe un monumento expiatorio.»

Por sus solos trabajos científicos Caldas no ocuparía un lugar en la historia literaria. Pero en él se unieron las dotes de sabio y de escritor como se habían unido en Buffon y en Jovellanos. El gran crítico español, antes citado, consagró con su autoridad indiscutible la prosa de Caldas, diciendo que en sus obras había «páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt». Cuando recorremos los volúmenes del *Semario* y leemos aque-

llos hermosísimos estudios, en aquel tiempo tan llenos de novedad, que se titulan *Estado de la geografía del Virreinato de Santafé* o *Del influjo del clima sobre los seres organizados*; cuando saboreamos trozos de tan sencilla y noble elocuencia como su descripción del salto de Tequendama, no emulados todavía; sus descripciones de las razas humanas; su pintura de las selvas tropicales, y pasamos luego a la colección de cartas, tan elegantemente ingenuas, tan expresivas, tan afectuosas, nos vemos obligados a reconocer en Caldas, no solamente al primero de nuestros hombres de ciencia, sino también a uno de nuestros más notables escritores, a uno de los pocos a quienes justamente se debe incluir en el número de los clásicos colombianos.

Caldas nos conduce, de la dulce y luminosa época de la Expedición botánica, a la trágica y negra de la guerra de emancipación; del gobierno paternal de Caballero y Góngora y Ezpeleta, al tiránico y opresor de Morillo y sus tenientes. El primero es altamente honroso para España, pues revela que bajo su gobierno pudo formarse el grupo de hombres insignes, no superados nunca por la República, que presidieron el movimiento de emancipación. El segundo presenta a la raza peninsular por un aspecto duro y cruel; y es uno de tantos episodios sangrientos como ofrece la historia de la Madre Patria en la primera mitad del siglo xix. En pos de la luz cayó la noche, de la cual no salió el país sino cuando los clarines de Boyacá anunciaron la aurora de la libertad.

Si en lo militar la Nueva Granada no pudo competir con Venezuela, patria de Bolívar, de Sucre y de Páez, en lo civil sus escritores, oradores y jurisconsultos del tiempo de la emancipación están a la altura de los más preclaros. En torno de Caldas gira una constelación de hombres de ciencia colaboradores del *Semanario*: Jorge Tadeo Lozano, autor de una *Memoria sobre las serpientes* y de una grande obra, que quedó en fragmentos, sobre la *Fauna cundinamarquesa*; Eloy Valenzuela, preceptor de los hijos del Virrey Ezpeleta; Francisco Antonio Ulloa, que escri-

bió el *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reino de Granada*; Joaquín Camacho, a quien pertenece la *Descripción de la Provincia de Pamplona*; José María Salazar, a quien luego hallaremos como poeta y de cuya pluma salió una *Memoria sobre Cundinamarca*; José Manuel Restrepo, más adelante insigne historiador de la Revolución y que en sus años juveniles bosquejó un *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia*; José Domingo Duquesne, Canónigo de Santa Fe, célebre por su *Disertación sobre el calendario de los Muiscas* y por otros trabajos sobre el mismo tema, como el *Anillo astronómico de los Moscas*, *Explicación de los símbolos del siglo o calendario de los Moscas*, etc., todos los cuales revelan su espíritu ingenioso y su mucha erudición; aun cuando hoy se ponga en duda el valor científico de su interpretación de las inscripciones chibchas. En Popayán, D. José Félix de Restrepo fundó —según dice su eminente biógrafo D. Mariano Ospina— «el primer curso de filosofía dado en el Nuevo Reino de Granada, en el cual se pasó del viejo sistema peripatético a la enseñanza de las ciencias positivas por los métodos modernos»; y redactó, ya en Bogotá, sus *Lecciones de física*, «obra importante para aquella época», en concepto del sabio naturalista Dr. Andrés Posada Arango.

En el glorioso grupo de hombres ilustres de la emancipación sobresalen tres que merecen ocupar un puesto cerca de Caldas: son Francisco Antonio Zea, Camilo Torres y Antonio Nariño.

Zea era, como los Restrepos y Salazar, hijo de la fecunda provincia de Antioquia. Nació en Medellín el 21 de Octubre de 1770. Según Vergara, «de tierna edad pasó al Seminario de Popayán, al lado de su tío el Dr. Félix de Restrepo, a quien debió las sólidas bases de su educación», la cual concluyó luego en Bogotá. Fué tan precoz, que a los diez y nueve años el Virrey lo nombró para reemplazar en la Expedición Botánica al sabio Dr. Eloy Valenzuela. Complicado en el proceso de los *Derechos*

del hombre, fué remitido a España, en donde llegó a ser Director del Jardín Botánico y Prefecto de Málaga. Vuelto a la patria, tomó parte en la guerra de emancipación, y al reunirse el célebre Congreso de Angostura, lo eligió su Presidente. Al proclamarse la gran República de Colombia, el mismo Congreso nombró Presidente a Bolívar e hizo a Zea el insigne honor de colocarlo al lado suyo como Vicepresidente. El Libertador lo envió a Londres como Ministro Plenipotenciario, y murió en Bath el 22 de Noviembre de 1822. En Zea vemos los rasgos característicos de la época; es escritor científico y orador político; con la misma ardiente, apasionada pluma, escribe la apoteosis de Colombia o pinta las riquezas naturales de su suelo. Era, sin duda, un hombre superior, aun cuando faltase un poco de equilibrio en sus facultades. De aquí los altibajos de su carrera, que nos lo presentan ya proscrito, ya encumbrado; unas veces envuelto en el manto del iris y saludando, con desbordados acentos de profeta, el nacimiento de Colombia; otras, oprimido bajo el peso de sus quiméricas combinaciones de hacendista; ya fascinando a los potentados de Europa con sus larguezas de príncipe de las Mil y una noches; ya muriendo pobre en un escondido lugar de Inglaterra. De todos modos, habla muy alto en favor de Zea (y lo mismo puede decirse de otros hombres de entonces) el hecho de que, nacidos en una remota colonia y arrojados al exterior, ya como prófugos, ya como agentes secretos de una revolución de inciertos resultados, lograsen llamar la atención de grandes personajes europeos y dejaran en aquellas sociedades la impresión de hombres superiores. La elocuencia de Zea (como la de Bolívar) puede ser tachada de exagerado lirismo por quienes no consideren que esos arranques apocalípticos eran necesario acompañamiento de la aparición de una nación libre en el mundo americano. Pero el mismo que tronó y relampagueó en *El Correo del Orinoco*, supo, en medio de sus abrumadoras labores de Europa, publicar en inglés una obra en dos volúmenes titulada *Colombia*, llena de preciosos datos y que hoy mismo

puede avergonzar a sus descuidados compatriotas. Desgraciadamente— como lo observó Antonio José Restrepo—la traducción al castellano fué confiada a quien no conocía el idioma, por lo cual contrasta en la edición española el rico fondo con el estilo bárbaro; el carácter exótico de la lengua con el giro castizo de otros escritos de Zea, como el *Discurso sobre el mérito y utilidad de la botánica*, que, al decir de juez tan eximio como D. Marco Fidel Suárez, «tiene trozos comparables a las clásicas oraciones de Jovellanos».

Don Camilo de Torres era, como Caldas, hijo de Popayán; y como este y como Zea, formó en el grupo de los discípulos de Restrepo. Nació el 22 de Noviembre de 1766. En el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario completó sus estudios, y llegó a ser—como dijo D. José María Salazar—, «el primer jurisconsulto de la Nueva Granada». Ojalá, agrega, «algún amante de la elocuencia, para comprobar este juicio, haya conservado sus alegatos, que honraban al foro». Este deseo, desgraciadamente, no se cumplió, y hoy la posteridad conoce a Torres por una sola producción, la cual es, por fortuna, de calidad tan superior, que basta para la gloria del insigne repúblico. Titúlase *Representación del Cabildo de Santafé a la Suprema Junta Central de España*, y fué escrita para reclamar de la exigüidad de la representación concedida en las Cortes a las provincias de América. Con razón se ha elogiado en ese documento la elevación del pensamiento, la noble libertad de los conceptos, la virilidad de la frase, la sobriedad del tono. Si los gobernantes españoles hubieran prestado atención a ese manifiesto, habrían comprendido que un país en donde hombres probos y graves ponían sus firmas al pie de tales declaraciones estaba en vísperas de dejar de ser una colonia. La *Representación* está escrita en términos de lealtad al Monarca; pero en todas sus cláusulas palpita el sentimiento de dignidad e independencia. Los españoles americanos reclaman el derecho de ser tratados en pie de igualdad con los peninsulares; y la exposición termina con estas palabras, que

suenan como el toque funeral de la dominación española en América: «¡Quiera el cielo oír los votos sinceros del Cabildo, y que sus sentimientos no se interpreten a mala parte! ¡Quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los funestos efectos de una separación eterna!» Esto se decía en Noviembre de 1809. En Julio del año siguiente establecía la revolución, la cual (lo mismo que la *Representación*), creía estar animada de espíritu monárquico; pero la lógica de los hechos era superior a los propósitos declarados de los hombres. La *Representación* constituye uno de los grandes antecedentes, políticos y filosóficos, de la independencia. Sirve de complemento otro escrito célebre, el titulado *Motivos que han obligado al Nuevo Reino de Granada a reasumir su soberanía*. Este fué formulado por la Junta de Santafé después de la revolución de Julio; y demuestra cómo el Gobierno ha correspondido con actos arbitrarios e inicuos a las justas reclamaciones del Nuevo Reino. La redacción de esta pieza se ha atribuido, ya a D. Crisanto Valenzuela, ya a Fray Diego Padilla. Por el estilo, podría atribuirse también a D. Camilo Torres, el cual, en todo caso, autoriza con su firma, en calidad de Secretario de la Suprema Junta, la publicación del manifiesto, en donde se juzga como inconveniente el sistema federal, que fué más adelante el escollo de la vida pública de Torres. Porque éste era hombre de pensamiento, enamorado de las ideas abstractas, más bien que político práctico, y empleó toda su grande y merecida influencia en luchar contra el centralismo de Nariño, inferior a él como sabio, pero superior como hombre de Estado; y en medio de esta insensata lucha naufragó la patria, arrastrando en su ruina a sus mejores hijos. Torres murió valerosamente en el patíbulo, y su cabeza, como la de Cicerón, fué puesta en una escarpia. Pero la fría boca del orador romano no pudo hablar ya a sus compatriotas de la libertad, para siempre perdida; al paso que el sangriento despojo de Torres inflamó los pechos colombianos en odio inextinguible a la tiranía. Tuvo Torres, como político, una intui-

ción luminosa propia de los hombres superiores, que instintivamente saben comprender las cosas grandes: adivinó el genio de Bolívar, en época infausta para éste, cuando su naciente estrella parecía zozobrar, y lo consagró con el prestigio de su palabra, poniendo nuevamente en sus manos el rayo de la guerra.

Don Antonio Nariño fué hijo ilustre de Santa Fe y tipo representativo del carácter bogotano. Nació en 1765 y recibió esmerada educación en esta ciudad. Fué de los primeros americanos que pensaron francamente en libertad e independencia. En 1794 publicó la célebre traducción de los *Derechos del hombre*, acto de inaudita audacia, que le ocasionó prisión y destierro. En Europa se avistó con Tallien y con Pitt para interesarlos en favor de la causa americana. Después del 20 de Julio desempeñó un papel de primer orden. En él brillaron sucesivamente las dotes del revolucionario y las del hombre de Estado: unión que no es frecuente; pues por lo regular el que ha manejado con destreza la pica demoleadora, cuando llega al poder no sabe convertirla en instrumento de gobierno, y es tan incierto en el mando como fué certero en el ataque. Nariño comprendió la necesidad de unir todas las fuerzas del país para hacer frente a la reconquista española; y combatió la federación, inadecuada imitación de Norte América, ya como general victorioso, ya como irónico y penetrante periodista. El, con escasos elementos, emprendió una hábil campaña, que habría anticipado la definitiva libertad del Nuevo Reino si su empuje triunfal no hubiera sido detenido, en el último instante, por el hado adverso que siempre persiguió a Nariño y que se complació en dejarle tocar muchas veces la corona de gloria para arrancarla brutalmente de sus manos. Salvó Nariño la vida; pero pagó el rescate con larguísima y dura prisión en las cárceles españolas. Cuando el movimiento de Riego le puso en libertad, después de largos años de proscripción, se enteró con regocijo del nacimiento de Colombia y de la supervivencia de algunos de sus amigos; y, recordando la región andaluza que confina con Gibraltar, se compla-

cía en hacer gratas memorias de los campos de la Sabana. En la Península escribió, con el seudónimo de Enrique de Somoyar, aquellas célebres cartas en que condena la conducta de Morillo en América y en que da a España un consejo de alta sensatez, que si hubiera podido ser escuchado por la Metrópoli le habría conservado su predominio efectivo en América: abandonar todo proyecto de reconquista, ya para entonces quimérico (era en 1820), y sustituir la perdida dominación política por una activa y eficaz unión comercial. Vuelto a Colombia y «aparecido de repente en medio de vosotros como por una especie de prodigio», según dijo en célebre documento al Congreso de Cúcuta, presentó un proyecto de Constitución en que el ardoroso centralista de 1811, cuando se trataba de unir los dispersos miembros de un solo cuerpo, consideraba la federación como sistema oportuno para mantener—si esto era posible—la unión gloriosa y precaria de tres estados distintos. En 1823, pasó Nariño por una gran prueba: sus émulos lo acusaron ante el Congreso, queriendo privarle de su carácter de senador. Pero esta afrenta inmerecida, con la cual pagaba la república sus merecimientos de héroe y de mártir, le dió ocasión para uno de los mayores triunfos de su vida: para su magnífica *Defensa*, pronunciada por él mismo ante el Senado, con éxito triunfal y solemne, de que dejó testimonio en sus *Viajes* el capitán inglés Cochrane, presente a la sesión. Es un gran trozo de elocuencia civil, cuya introducción tiene cierto aire de arenga clásica propio del tiempo y del carácter de Nariño. Porque éste, que había exhibido su gracia y su malicia bogotanas en las festivas páginas de la *Bagatela*, en los grandes momentos se elevaba a las alturas de la elocuencia romana; ya cuando subyugaba en Pasto a la multitud que lo buscaba amenazadora, con el valiente grito: ¡Yo soy Nariño!, ya cuando escribía sus últimas frases, dignas de fijarse en bronce: «Amé a mi patria: cuánto fué ese amor, lo dirá la historia. No tengo que dejar á mis hijos, sino mi recuerdo. A mi patria dejo mis cenizas.

También la elocuencia sagrada tuvo digna representación entonces. Ya no eran las gongorinas oraciones del Dr. Osorio de las Peñas, sino las elevadas y dignas de preladados como D. Rafael Lasso de la Vega, Obispo de Mérida, y D. Fernando Caicedo y Flores, primer Arzobispo de Bogotá bajo la República e insigne benefactor de esta ciudad. Pero el mayor predicador de la época fué Fray Diego Padilla, de la Orden de San Agustín, gran patriota, que firmó el acta de independencía. Refiérese que este docto religioso concurrió a un Capítulo general de su Orden, reunido en Roma, y que pronunció la oración inaugural, en latín, con éxito tan asombroso, que el Papa mismo le felicitó y le ofreció una mitra, que el Padre Padilla no quiso aceptar.

La amena literatura tuvo, en el período que historiamos, dignos cultivadores. Estimulaban la afición a las letras, en los años anteriores a la revolución, las tertulias literarias, que se habían establecido aquí como eco de las famosísimas que entonces había en Europa. Entre los rasgos característicos de Francia en el siglo XVIII se ha anotado el predominio que adquirieron entonces los salones donde ejercían su reinado, a un tiempo amatorio e intelectual, ciertas grandes damas. En Santa Fe existió, entre otros círculos de carácter político, la tertulia del *Buen Gusto*, de que era centro doña Manuela Santamaría de Manrique. De ella dice Vergara: «No era solamente literata, sino naturalista. Tenía un valioso y curiosísimo gabinete de historia natural, formado y clasificado por ella misma. De noche se llenaba su salón con todos los literatos de Santa Fe y pasaban la velada entretenidos en ejercicios literarios, en que tomaban parte doña Manuela y dos hijos suyos, Tomasa y José Angel, que estaban en su primera juventud.» En este y en otros círculos lucieron sus habilidades métricas y a veces su gracioso numen varios poetas menores, de cuyo nombre debe quedar recuerdo: D. José Angel Manrique, ya citado, autor del macarrónico y a trechos gracioso poema titulado *La Tocaimada*; D. José María Gruesso, Canónigo de Popayán, traductor de *Los sepulcros*, de Harvey, y autor ori-

ginal de *Las noches de Geussor*, lejana imitación de las de Young; el Dr. García de Tejada, a quien se atribuye un precioso soneto *A Cristo crucificado*, muy reproducido en devocionarios y periódicos religiosos; D. Mariano del Campo Larraondo, de Popayán, mejor literato que poeta, autor de una carta sobre el modo de traducir a Horacio, que Menéndez y Pelayo elogió altamente; el Dr. Miguel de Tobar y Serrate, insigne jurisconsulto y humanista, elegante poeta de la escuela de Fray Diego González. Hubo ensayos de traducciones de clásicos antiguos: Larraondo tradujo dos odas de Horacio; el Padre Fray José de Valdés trasladó algunos libros de la *Eneida*, hoy perdidos; D. Francisco Mariano Urrutia, de Popayán, nacido a fines del siglo XVIII y muerto en 1857, tradujo las *Geórgicas*. De esta versión sólo conoce el público un fragmento que el Sr. Ortiz publicó en *La Guirnalda*. Poseemos el manuscrito de la obra completa, que se ha conservado en poder de la familia Rebolledo, de Cali, y nos proponemos darle cabida en el volumen 4.º del *Anuario de la Academia Colombiana*. La versión pertenece a la familia de la de D. Tomás de Iriarte. Está hecha, como la de éste, en romance endecasílabo, que se presta, por su misma prosaica facilidad, a diluir el texto. El estilo es bastante desmayado; la versificación, insegura; pero hay trozos que se leen con agrado.

Así como el gran capitán de la Independencia nació fuera del Nuevo Reino, los dos mayores poetas de la gran Colombia pertenecen a países hermanos: Bello, a Venezuela; Olmedo, al Ecuador. Pero al lado de esos astros de primera magnitud brillan, aunque con luz más tenue, algunos poetas granadinos: D. José María Salazar, D. José Fernández Madrid, D. Andrés Marroquín y el joven e ilustre Luis Vargas Tejada.

Salazar tuvo nobles ambiciones poéticas, malogradas por la escuela acompasada y pseudo-clásica en que formó su gusto. Era natural de Rionegro y nació en 1785. Su afición a la escuela del siglo XVIII se revela desde sus ensayos juveniles: *El soliloquio de Eneas* y el *Sacrificio de Idomeno*. El futuro diplomático colom-

biano y cantor de Bolívar empleó su musa en escribir un largo romance endecasílabo, titulado *El placer público de Santa Fe*, con ocasión del arribo del virrey Amar y Borbón, el desdichado mandatario del 20 de Julio. Estas diversas manifestaciones, que vistas a distancia disuenan, son perfectamente explicables por las circunstancias. El romance heroico de Salazar nos recuerda el que dedicó Bello al Capitán general de Caracas Vasconcelos. Más adelante tradujo Salazar el *Arte poética* de Boileau; publicó otro romance heroico sobre *La campaña de Boyacá*, y un ensayo épico en octavas reales titulado *La Colombiada*, de estilo lánguido, pero esmaltado a veces de sonoros versos y de hermosas sentencias. Acompañan a *La Colombiada* algunas poesías líricas, himnos patrióticos, etc., entre las cuales llama la atención una composición en estrofas sáficas aconsonantadas *A la muerte de Lord Byron*, tributo de la musa pseudo-clásica de entonces al tempestuoso heraldo de la poesía romántica. Falleció Salazar en París en 1828.

Mucho más poeta que él era D. José Fernández Madrid, el desventurado patriota a quien tocó ejercer el Poder Ejecutivo cuando la patria expiraba bajo la férrea mano de Morillo. Nació en Cartagena el 19 de Febrero de 1789. Era de carácter dulce y suave, muy poco apropiado para un hombre público de aquellos tiempos. Bolívar lo estimaba mucho y lo envió de Plenipotenciario a Londres, en donde tuvo de secretario a Andrés Bello y alcanzó la amistad de grandes próceres ingleses. Murió en los alrededores de aquella metrópoli el 28 de Junio de 1830.

Fernández Madrid quiso ser el cantor heroico de la patria, el poeta de Bolívar, y en su condición de tal ha sido juzgado preferentemente, ya para ensalzarlo, ya para deprimirlo con dureza. Pero él era, por tendencia natural de su espíritu, por la intensidad de su vida afectiva, un poeta íntimo, un cantor del hogar, con delicadezas y ternuras poco comunes en la poesía de la época. Así lo observó, con su habitual penetración, el Sr. Caro, quien, reconociendo, como era forzoso, la inferioridad de Madrid

respecto de Bello y de Olmedo, nota que el poeta granadino dió, como cultivador de géneros hasta cierto punto nuevos en la poesía castellana, como la elegía amorosa, tratada con ingenuidad y verdadero sentimiento, y la poesía doméstica, un ejemplo quizá más fecundo que el de aquellos excelsos cantores, que, por su misma grandeza y perfección, son inimitables. ¡Cuán superiores son esos fugaces juguetillos, como *Mi bañadera*, esos sentidos romances, como *La hamaca*, alguna de sus delicadas *Rosas*, a los almidonados romances endecasílabos en que vertía sus inspiraciones la flaca musa épica de escuela! Pero tampoco creemos que deben confinarse en esos estrechos límites los méritos de Madrid. No era él ciertamente un Olmedo; pero en sus himnos a Bolívar suele haber estrofas de resonante inspiración, y sabe manejar, como Arriaza, metros musicales con finales agudos que dan cierta novedad a la poesía clásica. Su oda *A los pueblos de Europa* mereció los encomios del cantor de Junín. Y la elegía a la muerte de Girardot tiene versos admirables. Madrid habría alcanzado mayor altura poética si hubiera trabajado más lentamente sus composiciones; porque, como observaba Olmedo en carta a Bello, «sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Le daña su extrema facilidad en componer. En una noche, de una sentada, traduce una *Meséniana* de Delavigne o hace todo entero el quinto acto de una tragedia». Madrid, en efecto, además de poeta lírico, se ensayó en el género dramático, y sus dos tragedias, *Atala* y *Guatimoc*, escritas conforme al ideal de la escuela española de Nicolás de Moratín y de Jovellanos, en romance endecasílabo y con sujeción a las unidades clásicas, ocupan puesto de honor en los orígenes de nuestro teatro.

Destino melancólico fué el que acompañó durante su breve existencia a Vargas Tejada. No le tocó el período heroico de Colombia, sino el de prematuro y triste descendimiento. Bolívar no fué para él el semidios que había dado libertad a la América; lo vió al través de feroces pasiones políticas, y quiso matar al *tirano*. Prósugo y escondido en solitaria caverna durante un año, pe-

reció ahogado en un río de uno de nuestros desiertos Llanos, naufragando con él una de las mayores esperanzas de la literatura patria. Vargas Tejada era hijo de Bogotá, de preclara ascendencia, y nació en 1802. En pocos años adquirió una cultura vastísima para su tiempo, pues no sólo aprendió la lengua latina, sino que poseyó el alemán, casi exótico entonces, y llegó a escribir versos en francés. Sus poesías son bosquejos de lo que hubiera podido hacer este joven precoz, arrebatado a la vida a los veinte y siete años. Su poesía *El anochecer* es pieza de antología, y en otras composiciones suyas hay rasgos sueltos en que el poeta expresa sus íntimos pesares, que interesan y conmueven. Pero Vargas Tejada vive principalmente como autor de *Las convulsiones*, sainete de costumbres, escrito en versos pareados, lo que prueba hasta dónde había llegado en él la influencia francesa, pues el oído castellano rechaza instintivamente ese acompasado martilleo. Esa pieza satiriza una ridícula costumbre de la época, de la cual no quedan ni aun rastros en nuestra historia social, y a pesar de eso, se lee y se ve representar con gusto todavía: prueba de que fué un verdadero ingenio, un certero crítico de costumbres, el que aderezó ese gracioso cuadro. Tienen *Las convulsiones* sal cómica, algo gruesa en ocasiones, y no muy inocente malicia; pero es indudable que si la dramaturgia nacional se hubiera encaminado por esa dirección, ampliando el radio de observación cómica, el teatro aquí no sería inferior a la producción lírica colombiana. Contrasta la vida que, indudablemente, tienen *Las convulsiones* con el escaso movimiento de la tragedia clásica del propio autor, titulada *Sugamuxi*. Esta pieza y las que quedaron inéditas, *Doraminta* y *Aquimín*, pertenecen a un género que nunca se ha aclimatado en la literatura castellana: la tragedia al gusto clásico francés. Y eso que los poetas españoles de fines del siglo xviii comprendieron, con muy buen sentido, que no debían seguir las huellas de los maestros franceses en eso de buscar asuntos en la historia antigua o en las leyendas clásicas, y que debían tratar asuntos cristianos y españo-

les. Así hubo entonces *Pelayos* y *Zoraidas*, *Hormesindas* y *Ataulfos*; solo que tales asuntos no encajaban dentro del molde clásico, y esas obras nacieron muertas. Los poetas americanos prefirieron también tratar temas propios del nuevo mundo, sobre todo los relacionados con héroes indígenas, como es de verse en las piezas de Madrid, de Vargas Tejada y de otros contemporáneos. Pero nadie puede animar un cuerpo muerto, y la musa dramática no había de levantarse con renovado aliento sino cuando recibió el contacto vivificador de la inspiración romántica, y sobre las ruinas de la tragedia se levantó triunfalmente el drama.

Hizo un ensayo dramático, pero es mucho más conocida como poetisa lírica y como prosadora, D.^a Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861), hija del «tribuno del pueblo», D. José Acevedo Gómez. Adquirió una ilustración notable para su época y se ocupó en trabajos útiles para su sexo, cuya instrucción y progreso buscaba dentro del ideal de la mujer cristiana. Su libro *Ensayos sobre los deberes de las casadas* tuvo varias ediciones. Publicó sus versos, con el título de *Poesías de una granadina*, Bogotá, 1854. Allí figura un soneto a la tumba de Napoleón en Santa Helena, escrito en versos enérgicos y viriles. Son interesantes sus *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos*, Bogotá, 1861.

D. Andrés Marroquín es mucho menos conocido que estos ingenios, y en realidad publicó poco y no en los géneros altos, sino en el festivo, muy propio de esta familia, notoria en la posterior historia de nuestras letras. Su más conocida poesía es un soneto que tiene cuatro versos admirables, a los cuales no corresponde el resto. Donde él estaba en terreno propio es en composiciones como la oda *Al chocolate*, que el Sr. Caro calificó de «magnífica» y de «las que mejor parados nos dejara, si se presentase como muestra de literatura americana». Vergara, en su ingenuo entusiasmo, hallaba en esta oda «la más elevada entonación lírica»; pero el otro ilustre crítico citado observó que ese elogio era poco congruente con el carácter festivo de la pieza.

D. Andrés Marroquín escribió gran número de versos: era un poeta de sociedad, siempre dispuesto a conmemorar con un soneto o unas décimas los acontecimientos de la época. Entre sus epigramas figura el siguiente, en que se zahiere un vicio político de que aún no estamos curados:

Alfonso a España y sus reyes
Dió las leyes de Partida;
Colombia, recién nacida,
Nos da partidas de leyes.

D. Andrés Marroquín nació en Bogotá en 1796 y murió en 1833. Su nombre no alcanza a figurar en la *Historia* de Vergara, quien lo reservaba para la segunda parte, que desgraciadamente quedó en proyecto por la prematura muerte de tan simpático ingenio; pero esbozó su biografía en la interesante galería de *Hombres ilustres ó distinguidos*, publicada en el periódico *La Caridad*.

Tampoco figura en dicha *Historia* el nombre de un ilustre publicista, que puede considerarse como lazo de unión entre la generación de la Independencia y la primera de la Nueva Granada. Nos referimos a D. Juan García del Río, nacido en Cartagena en 1794. Fué uno de esos ilustres americanos que prácticamente fueron ciudadanos de todo el continente, pues vivieron en varias de las repúblicas hispanas, en donde ejercieron influencia política y literaria y a veces ocuparon altas posiciones. García del Río se educó en Cádiz y, según Laverde Amaya, «figuró mucho en los tiempos de la primera Colombia; fué representante y Senador en el Congreso de la República, Secretario de Estado del General San Martín, y en el Perú de Bolívar, del General Santacruz y del General Flórez». Fundó y dirigió en Valparaíso *El Argos*, de Chile, y más adelante el *Museo de Ambas Américas* y *El Mercurio*. Falleció en México el 13 de Mayo de 1856.

El mayor título de García del Río como publicista está en ha-

ber sido compañero de D. Andrés Bello en la redacción de *La Biblioteca americana* y de su continuación, *El Repertorio Americano*, revistas ambas editadas en Londres y que aún conservan todo su precio, a pesar de que sobre ellas ha pasado cerca de un siglo. No pretendemos equiparar el mérito de la obra de los dos redactores: Bello se lleva la palma, no sólo porque allí publicó sus inmortales *Silvas Americanas*, sino porque algunos de sus artículos en prosa contienen observaciones nuevas y originales sobre puntos de filología y de erudición. Pero la colaboración de García del Río no es indiferente tampoco, y suyo es un escrito (que también firmó Bello) que tuvo gran resonancia: el relativo a las reformas que convenía introducir en la ortografía castellana. Pero la obra a la cual vinculó García del Río su reputación política y su fama literaria fué la que tituló *Meditaciones colombianas* y publicó en Bogotá en 1829. Era él grande e inteligente admirador de Bolívar y uno de los hombres públicos que mejor comprendieron lo que la persona del Libertador significaba en la obra de la revolución americana. *Las Meditaciones* son un libro de recuerdos históricos, de filosofía política y de cálida y noble elocuencia. Por ellas debe figurar García del Río en primera fila entre los publicistas colombianos, y algunas de sus páginas se enlazan, en calidad de exposición de las ideas conservadoras, con las de *La Civilización*, de Caro y Ospina; con las de las *Memorias*, de Posada Gutiérrez, y con la brillante labor de Miguel Antonio Caro en *El Tradicionista*: jalones gloriosos que van marcando el desarrollo de la política que domina en el país hace treinta años. Claro está que no incluimos en nuestro elogio de García el error—común a varios ilustres varones de entonces— de creer que los males de la patria, la anarquía que devoraba a Colombia, podían curarse con el establecimiento de una monarquía a la inglesa, después de una Presidencia vitalicia de Bolívar. Creyó posible el transplante de las seculares instituciones británicas a un país recién nacido y trabajado por las ambiciones, y, al hacerlo, cayó en el mismo yerro que él censuraba

con justicia en los primeros fundadores de la república, de quienes dice que «miraron las bellas teorías como el último límite de los conocimientos sociales». Y al fundar todo su programa en el poder vitalicio del hombre a quien consideraba «la piedra angular del nuevo edificio que debe levantarse en Colombia a la libertad y a la razón, a la estabilidad y a la quietud; el elemento necesario de nuestra organización política», contaba tan poco con las contingencias humanas, que un año después veía fallecer al Libertador, abrumado por la ingratitud de granadinos y venezolanos y de cuantos pueblos libertó del yugo español.

Muerto Bolívar y disuelta la gran Colombia, el principal personaje político de la Nueva Granada fué el general Francisco de Paula Santander. Militar valeroso y, al mismo tiempo, distinguido letrado, Santander sobresalió como organizador enérgico en tiempo de guerra y como administrador inteligente en tiempo de paz. Había en él cualidades de hombre de Estado, aun cuando en la formación de su carácter hubiesen entrado metales de calidad inferior. Su educación literaria le permitía escribir mejor que casi todos sus compañeros y rivales, aun cuando en esto como en todo lo superaba Bolívar, que hablaba y escribía con la inspiración del genio. Los documentos oficiales de Santander y su correspondencia revelan al hombre de variadas y relevantes facultades. Su *Archivo*, que se edita actualmente bajo la dirección de la Academia Nacional de Historia y del cual han salido ya once volúmenes, complementa la colección de O'Leary, y cuando esté íntegramente publicado será un elemento de capital importancia para el estudio de la emancipación y de los primeros tiempos de la república.

Otros generales formados en la guerra de independencia, pero inferiores á Santander, dejaron también trabajos históricos: el general José Hilario López, un primer volumen de sus *Memorias*; el general José María Obando, sus *Apuntamientos para la historia*, en cuya redacción intervino, probablemente, pluma distinta de la suya. El general Tomás Cipriano de Mosquera, cuya in-

fluencia política se extiende a más de medio siglo, hombre de grandes cualidades y no menores defectos, quiso lucir como polígrafo; y en la variada serie de sus obras, desprovistas de mérito literario, sobresalen sus *Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar*, además de sus trabajos geográficos. Pero la obra capital de la historiografía colombiana en aquellos tiempos es la *Historia de la revolución de Colombia* de D. José Manuel Restrepo, á quien encontramos ya como colaborador científico del *Semanario* de Caldas. Restrepo nació en Envigado el 30 de Diciembre de 1782 y murió en Bogotá el 1.º de Abril de 1863. Ocupó altas posiciones políticas y fué Secretario de Estado del Libertador Bolívar. Reunió uno de los mejores archivos históricos que existen en Colombia, y sobre la base firme de documentos originales y de sus personales recuerdos, redactó un libro sólido, austero, en que hay inmenso número de datos y pocas galas literarias, pues aquel severo patricio se propuso enseñar, no agradar. Publicó Restrepo su Historia en París en 1827, y la reimprimió, con grandes adiciones y con correcciones, en Bezançon en 1858. El testimonio de Restrepo, como el de todos los historiadores, puede ser discutido, pero en todo caso, es de los más respetables.

La Iglesia, en estos primeros tiempos de la República granadina, se honró con uno de los Prelados más eminentes que han nacido en la América española, y aun pudiéramos decir, sin hipérbole, uno de los grandes Arzobispos de la Iglesia universal en el siglo XIX. Este fué monseñor Manuel José de Mosquera, nacido en Popayán el año de 1800 y nombrado Arzobispo de Bogotá en 1834. Su ilustre prosapia, su arrogante figura, su educación perfecta, su talento superior, hacían de él una personalidad descollante y le atraieron universal respeto, a pesar de su extremada juventud. Tocóle gobernar la Iglesia en época difícil: cuando persistía el recuerdo de los privilegios de que gozaban los monarcas españoles en materias eclesiásticas y cuando ideas revolucionarias pretendían desconocer los derechos de la Iglesia y

socavar los fundamentos sociales. El Arzobispo Mosquera dió pruebas de la más pura ortodoxia, del más ardiente espíritu apostólico, de dignidad y valor de príncipe para resistir las pruebas y hacer frente a las amenazas. Proscrito injustamente, recibió en los Estados Unidos y en Francia testimonios magníficos de respeto de parte de sus hermanos de episcopado y conquistó el afecto paternal de Pío IX. Murió en suelo extranjero con aureola de mártir, y desde entonces su nombre se pronuncia por todos los colombianos con el respeto debido á una de las más puras glorias de la patria.

Fué, además, uno de nuestros mejores escritores. Sus obras constan en tres grandes volúmenes, hermosamente editados en Francia, y en ellos podemos apreciar la riqueza de su doctrina, la elevación y grandeza de su pensamiento, la sencilla majestad de su estilo. Se había formado en el estudio de los Santos Padres y en la lectura de los grandes predicadores franceses del siglo de Luis XIV, y escribía, además, el castellano con galanura y corrección verdaderamente clásicas. En su tiempo, la oratoria solía tender a la declamación; él fué siempre sobrio y serio y no adoptó el tono sentimental ni aun para despedirse tiernamente de sus fieles en el momento de partir para el destierro. En la historia eclesiástica de Colombia, las obras doctrinales del señor Mosquera ocupan el primer lugar; son, como las de Caldas en su género, producciones clásicas de nuestra literatura y piezas capitales para el estudio de la mentalidad y del carácter colombianos en sus más altas manifestaciones.

En los primeros tiempos de la Nueva Granada, los partidos políticos no se habían definido claramente, aun cuando se advertía bien la diferencia entre los amigos de Bolívar y los partidarios de Santander. Las luchas político-religiosas, más ardientes aquí que en los demás países americanos, vinieron a delimitar y definir los opuestos bandos y a separar para siempre a hombres que habían militado en un mismo campo. En los salones del Palacio de San Carlos se hallaron, en la noche de la conspiración

contra Bolívar, dos jóvenes que estaban destinados a ser personalidades eminentes: el uno, del liberalismo; el otro, del partido conservador. Tales fueron D. Florentino González y D. Mariano Ospina. El primero nació en Cincelada, departamento de Santander, en 1805. Ocupó en el país altas posiciones, y como Ministro de Hacienda, fué personaje eminente de la primera administración del general Mosquera. Era orador distinguido, expositor claro y enérgico, que imponía respeto, aun cuando hablaba con cierta altivez y arrogancia, que predisponían en contra suya, según el testimonio de Samper. Pasó la última parte de su vida en las Repúblicas del Sur, Chile y la Argentina, en donde obtuvo consideración y honores. Su ánimo se había serenado con los años y con la experiencia, y, como dice el citado Samper, «era un gran pensador, pero no un hombre de partido». Publicó en Chile, con apoyo del Gobierno, un *Proyecto de código de enjuiciamiento*, y en la Argentina, para su cátedra de la Universidad de Buenos Aires, de la cual era Rector cuando murió, redactó su obra más importante, sus *Lecciones de Derecho constitucional*, de la cual se han hecho numerosas ediciones. Es una exposición clara, metódica y elocuente de la Constitución americana, que él consideraba como la más perfecta de todas las existentes, y cuya adaptación deseaba para todos los pueblos de la América española. Su criterio es siempre liberal, pero de un liberalismo templado, más sajón que latino, y muy distinto del radicalismo de su primera juventud. Otras obras importantes suyas son los *Elementos de ciencia administrativa*, publicados en Bogotá en 1840, y el *Diccionario de Derecho civil chileno*, dado a luz en 1862. Tradujo algunas obras sobre Derecho, de Stuart Mill, Lieber, etc. Murió en Buenos Aires en 1874. El escritor chileno D. Pedro Pablo Figueroa dice de González, en su *Diccionario de extranjeros ilustres en Chile*: «Como pensador y publicista, es uno de los intelectuales más ilustres de América.»

Don Mariano Ospina nació en Guasca el 9 de Octubre de 1805. Fué hombre de larga y completa carrera administrativa, que lo

condujo, del puesto secundario de miembro de la Asamblea de Antioquia y Secretario del Departamento, al Ministerio de Relaciones Exteriores durante la respetada administración del general Herrán y luego a la Presidencia de la República en el período de 1857 a 1860. Fué el último Presidente constitucional de la Nueva Granada. Expatriado por la revolución triunfante, residió varios años en Guatemala, en donde redactó el *Código penal* y algunos otros, que fueron publicados por cuenta del Gobierno de ese país. Pasó los últimos años de su vida, rodeado de general respeto, en el Departamento de Antioquia, y murió en Medellín el 11 de Enero de 1885.

Pocos hombres públicos han tenido en Colombia una preparación tan completa como el Dr. Ospina. Poseía los más variados conocimientos, y durante su agitada vida, había podido completarlos con el resultado práctico de su experiencia. En Derecho constitucional, en Economía política, en ciencia administrativa, era un expositor luminoso, que encadenaba a sus discípulos con el poder de su lógica y el atractivo de su palabra. Desgraciadamente, no escribió el Dr. Ospina una obra fundamental, y apenas nos quedan de él artículos sueltos, que dan alta idea de su poderosa mentalidad. Manejaba con destreza el arma terrible de la ironía, y algunos de sus escritos satíricos se citan todavía como modelo. Escribía con gran claridad, con sencillez y aun llaneza, pero con vigor de pensamiento y de expresión, como puede verse en la célebre carta dirigida a su hija y en la descripción de Antioquia en la época colonial, que encabeza su biografía de D. José Félix de Restrepo. Los escritos del Dr. Ospina son ejemplar de un conservatismo templado; así como los últimos del Dr. González revelan un liberalismo modificado por la tradición conservadora de la raza inglesa.

En el campo filosófico, la lucha se entabló, desde los tiempos del general Santander, entre los secuaces del utilitarismo benthamista y los defensores de la filosofía espiritualista y cristiana Bentham—como lo observa D. Ignacio Gutiérrez Ponce en la

preciosa biografía de su padre—era admirado en el Nuevo Reino desde antes de la revolución, no precisamente como filósofo, sino como tratadista liberal avanzado, y esta admiración se convirtió en culto entre políticos como Santander, que conocieron personalmente al célebre pensador y recibieron de él muestras de consideración. Santander, católico practicante, fué el gran propagandista de un sistema contrario a la moral cristiana, y esta preferencia doctrinal vino a mezclarse con las cuestiones políticas, caracterizando, por largos años, a la escuela liberal. El más notorio expositor del utilitarismo en Colombia fué el doctor Ezequiel Rojas, natural de Miraflores, departamento de Boyacá, en donde nació en 1801. Ocupó distinguidos puestos en el profesorado y en la diplomacia y vivió rodeado de las consideraciones de sus copartidarios y discípulos, que acataban reverentemente su magisterio. Uno de ellos, el más elocuente, D. José María Rojas Garrido, con esa exageración tropical que tanto daño ha hecho a estos países, llegó a escribir, con referencia a la *Filosofía de la moral*: «No más aplauso que el autor de este libro merecen Jorge Cuvier..., Roberto Fulton..., ni William Herschell... Estos... han magnificado la ciencia; pero incomparablemente es más fecundo en bienes para nuestro linaje el descubrimiento de la doctrina moral que da bases indestructibles, antes desconocidas, a la organización social y política de los pueblos. Este descubrimiento lo debe el mundo científico al señor Dr. Ezequiel Rojas». El propio apologista condensa así la doctrina de su maestro: «La felicidad consiste en las sensaciones agradables; y la desgracia, en las sensaciones penosas. Como los actos humanos tienen la propiedad de producir sensaciones agradables y penosas, es claro que tienen la propiedad de ocasionar la felicidad y la desgracia. En tal virtud el *bien* es la sensación agradable y el *mal* la sensación penosa.» La aplicación de este principio al Derecho público constituía el gran descubrimiento del Dr. Rojas y era el camino más seguro para garantizar la felicidad de los pueblos. El Dr. Rojas era expositor claro y seco, y

como escritor no se apartaba de la inamena tradición de su escuela, pues no brillaron tampoco por su estilo D. Ramón Salas, ni Dumont, ni el propio patriarca británico. Con todo, justo es recordar, en honor de nuestro compatriota, que el insigne literato español D. José Amador de los Ríos, refiriéndose al libro del Dr. Rojas, reconoce que él revela «las raras y brillantes dotes de dialéctico pensador y controversista de que ha hecho larga muestra durante su vida literaria».

En contra de las enseñanzas utilitarias se alzó un pensador que era al propio tiempo un grandísimo escritor en prosa y en verso. Este fué D. José Eusebio Caro. Nació en Ocaña en 1817, y se formó en la propia escuela utilitarista que él mismo debía refutar más adelante de manera tan elocuente. Porque su genio luminoso no podía conformarse con esa moral basada sobre el cálculo de las probabilidades de placer y de pena, ni mirar impasible la invasión de un nuevo epicureísmo. Su talento generalizador se había enamorado del idealismo de Platón, y en nombre del filósofo de las ideas puras, condenaba el rastrero materialismo de Bentham y de Tracy. Su *Carta a D. Joaquín Mosquera sobre el principio de utilidad* es una de las grandes páginas filosóficas de Colombia; allí compiten la penetración del pensador, la precisión del matemático, la elevación del poeta. Recuerda, por el pensamiento y por el estilo, la insigne escuela neocatólica francesa, la de Bonald y de Maistre, y algo también del brío, de la arrogancia, de la elevación filosófico-poética del *Ensayo* de Donoso Cortés.

Hemos nombrado a José Eusebio Caro, y conducidos por este nombre célebre volvemos a entrar en el campo de la poesía. Hemos visto que ni durante la revolución ni en los tiempos de la Gran Colombia, la poesía granadina había tenido acentos dignos de los épicos acontecimientos que entonces se desarrollaban en el suelo americano. La poesía pseudo-clásica tímida y aun encogida de nuestros líricos parecía propia más bien de una época de calma pastoril e idílica. Este propio contraste se observa en

Francia en el período de la revolución y en esos mismos años del siglo xix ilustrados por la epopeya napoleónica; la poesía, honda, humana, sublime, estaba en los hechos históricos, y no hallaba resonancia en los pálidos versos de los poetas académicos, secuaces de una escuela agotada. Pero después de las conmociones políticas vino la revolución literaria, y casi a un tiempo resonaron los cantos de los más grandes líricos que ha producido Francia. Otro tanto ocurrió en la Nueva Granada.

José Eusebio Caro es el colombiano que con su vida y con sus obras, deja, de modo más evidente, la impresión del genio. Formóse en la escuela poética de Martínez de la Rosa y de Quintana, y en el noble dialecto lírico que éstos usaban escribió sus primeros versos. Pero aun en éstos la genialidad de Caro rompe los lazos de las convenciones literarias y se manifiesta en rasgos de extraña y soñadora poesía. El alma del poeta estaba lista a recibir las impresiones de una nueva musa, la que había dictado sus hondas y varoniles quejas a Childe Harold; la que había dado alas angélicas a las etéreas meditaciones de Lamartine. Todos los grandes sentimientos tuvieron eco en el corazón de Caro, quien halló palabras inflamadas para hablar de Dios, de la libertad, de la patria; para eternizar los sufrimientos y deliquios de la pasión amorosa. Los versos de Caro suelen tener cierta dureza, que no procede de falta de oído musical en el poeta, sino de la naturaleza indómita del cantor, que se revela hasta en el broncíneo timbre de sus estrofas. Cantó temas eternos, pero de manera tan personal, que, comparadas con sus poesías las demás de la escuela romántica española, parecen proceder de otra fuente de inspiración. Fué poeta filósofo, con precisión de conceptos y rigor de expresión, a diferencia de los grandes románticos españoles, cuyo pensamiento flota indeciso, mostrándose alternativamente místicos e incrédulos, cristianos o adoradores del Profeta. Nadie ha expresado su vida íntima con más austera verdad; y si en ocasiones parece que su ardiente idealismo lo arranca a la vida real, podemos estar ciertos de que Caro, en

esos instantes, creía y afirmaba como hombre lo que expresaba como poeta. El cantor de *Héctor*, el que hizo hablar al *último Inca* en estrofas dignas de Carducci, el vate civil de *La libertad y el socialismo*, el divino poeta de los romances amorosos y de *La lágrima de felicidad*, figurará siempre entre los líricos más originales, puros y enérgicos de la América española.

Compañero de Caro fué Julio Arboleda, nacido, como él, en 1817. Su vida fue una leyenda romántica, y si hubiera florecido en el siglo xvi figuraría al lado de los Garcilasos y Ercillas. Hijo de ilustre familia, clásicamente formado en Inglaterra e Italia, de educación y gustos refinadísimos, poseedor de una gran fortuna, Arboleda se vió arrebatado por el torbellino político de su tiempo; y fué periodista y orador, general y hombre de Estado, terminando su gloriosa y breve carrera víctima de aleve emboscada en montaña siniestra. Como orador, subyugó a amigos y adversarios por la brillantez y elegancia de su palabra, como lo testifica otro gran maestro de la tribuna, D. José María Samper. Y nos dejó insigne muestra de esa elocuencia en el discurso con que dió posesión al Presidente Mallarino. No era Arboleda un lírico por el estilo de Caro, sino más bien un cultivador del romanticismo histórico, un poeta épico y objetivo. Hijo de Popayán, la ciudad de las grandes tradiciones coloniales, se enamoró de sus leyendas, y trasladó a siglos remotos y encarnó en creaciones de su fantasía los sentimientos y las pasiones que eran alimento de su vida. Perdura en la forma de sus versos algo de la tradición clásica del siglo anterior, como vive también en los poemas juveniles del Duque de Rivas; pero el espíritu de su poesía es francamente romántico, y si sus paisajes ofrecen, a veces, la armonía de líneas y colores del arte clásico, otras tienen la grandiosidad abrupta y trágica, los violentos contrastes de líneas y de sombras propios de la nueva escuela. Y en cuanto a los personajes, nadie negará que Pubenza es de la familia de Atala y que Alvaro de Oyón es de la estirpe de Giaour y del Corsario. El *Gonzalo de Oyón* es obra que sólo conocemos por

fragmentos, a algunos de los cuales no dió el autor la última mano. Si se juzga a Arboleda por los más débiles, puede considerársele, según lo ha hecho Cejador, como un frío versificador pseudo-clásico; pero si se tienen en cuenta los grandes cuadros, aquellos que podrían haber servido de tema al pincel fantástico de Gustavo Doré, debe reconocerse con justicia que un poeta de esa imaginación, de ese brío, de esa arrogancia de dicción, de ese arranque varonil y magnánimo, no es indigno de figurar en el coro que ilustran los autores del *Moro Expósito* y de *Granada*.

Al lado de Caro y de Arboleda, que brillaron como relámpagos en el cielo de la patria, se destaca la procera figura de don José Joaquín Ortiz, a quien su larga vida y preclaros merecimientos le aseguraron la representación de patriarca de nuestras letras. Nació en Tunja en 1814 y falleció en Bogotá en 1892. Consagró su existencia al servicio de la religión y al cultivo de la literatura. Con José Eusebio Caro redactó *La estrella nacional*, primer periódico exclusivamente literario que hubo en la Nueva Granada. Sus ensayos juveniles, ya líricos, como *Horas de descanso*, ya dramáticos, como la tragedia *Subma*, son débiles remedos de la poesía del siglo XVIII, y apenas anuncian al gran cantor que vino después. No fué Ortiz propiamente romántico, sino poeta de la escuela de Quintana y Olmedo; pero no se sustrajo ~~de~~ la escuela de Chateaubriand; y si sus odas son clásicas por la forma, suelen tener cierta vaga y solemne melancolía que hace de algunas de ellas verdaderas *Meditaciones*. Su prosa es correcta y de corte castellano, por la amplitud y sonoridad del período, pero demuestra la influencia de lecturas constantes de *El genio del cristianismo* y de las obras de Donoso Cortés. Ortiz es el poeta de la patria; el cantor de Bolívar; el que supo unir amorosamente en sus versos recuerdos de España y de la Gran Colombia; el que celebró a *Los colonos* en versos dignos de Bello; y en *La golondrina*, *Los sepulcros de la aldea* y *La última luz*, habló de la brevedad de la vida y de la majestad de la muerte

al influjo

en versos de elevación bíblica y de hondo y humano sentimiento. Ortiz tuvo numen poderoso y fuerte, que se explaya en grandes y resonantes estrofas; poseyó, como ningún colombiano, el *os magna sonaturum*; fue un poeta civil de la escuela de Píndaro; sublime, cuando la inspiración hincha pujante las velas de su nave; desmayado, cuando se halla entregado a sus solos recursos técnicos. Como poeta íntimo y subjetivo, como cantor del hogar, su personalidad se esfuma. Había nacido para el ágora, para la plaza pública. Aun en sus polémicas periodísticas de la inolvidable *Caridad*, se presentaba revestido de la toga y hablaba con majestad consular.

El romanticismo no limitó su influjo a la literatura, sino que invadió también el campo político, por imitación directa de Francia, que hechizaba a estos países con la magia de una revolución que derribaba dinastías y hacía un dictador republicano del maravilloso poeta de las *Meditaciones* y las *Armonías*. Siempre ha influido Francia de una manera decisiva en todas las manifestaciones de nuestra vida política, social y literaria; pero hacia mediados del siglo, en época de crisis revolucionaria y de violentas transformaciones, cuando Francia anunciaba al mundo el credo de la democracia por la voz elocuente de sus publicistas y pensadores, esa influencia no se mantenía en el campo de las ideas, sino que procuraba convertirse en hechos, transformando la sociedad y el régimen político y preparando el advenimiento de la nueva Colombia. Tipo del publicista de entonces, en quien las aficiones poéticas compiten con el entusiasmo por los estudios económicos, políticos y sociales, fue el Dr. José María Samper, el más fecundo de nuestros escritores, y que en vida gozó de una reputación continental como expositor apasionado y elocuente de las doctrinas democráticas y de las aspiraciones—a veces confusas—de los pueblos americanos. Hoy su reputación está un poco decaída, con injusticia notoria, pues su labor fué inmensa, variados sus conocimientos y grande su inteligencia. Lo perjudicó su misma fecundidad irrestañable, que hacía brotar de su ta-

llos libros sobre libros, sin darle tiempo a decantar el pensamiento y a dar a la forma esa perfección sin la cual las obras literarias no pueden sobrevivir a su época. Todo lo suyo lleva el sello de la improvisación atropellada y brillante, y este defecto se patentiza más en su obra poética, por ser más exigente y aristocrático el lenguaje del verso que el de la prosa. Varias son las colecciones poéticas de Samper, y en todas ellas se revela su extrema facilidad para versificar, que dilata su inspiración en gran número de versos incoloros, en vez de concentrarla en unas pocas estrofas de forma acabada y pulcra. En cambio, en prosa dejó páginas magníficas, que hacen honor al pensador y al literato; pues si no ofrecen gran primor artístico, están animadas por el fuego de una sincera elocuencia. En su inquieta juventud, Samper se exhibió en primera línea entre los sostenedores del liberalismo anticlerical, y con folletos como el titulado *El clero ultramontano*, publicado en 1857, dió ocasión a la hermosa réplica de las *Cartas de un sacerdote católico*, de D. José Joaquín Ortiz. Por entonces sus maestros eran Michelet, Quinet, Girardin y el Lamennais de la época de rebeldía. La vida parlamentaria de Samper es de las más largas y completas que recuerdan nuestros anales, y tuvo ocasión de medirse con todos nuestros grandes oradores y con personajes de la talla del general Mosquera. Tenía voz robusta, arrogante presencia, aliento infatigable, que le permitía hacer uso de la palabra durante sesiones enteras sin sentir enlaquecimiento. No era uno de esos oradores que vencen al adversario con el rigor inexorable de su razonamiento; pero sí de los que lo postran con violentos golpes de maza. En la edad viril, su conciencia sufrió una transformación profunda, y sin romper con todas sus ideas liberales, se declaró fervoroso católico, y por esta causa sufrió persecuciones. Esos cambios tan hondos y radicales, y al propio tiempo tan sinceros; esa perpetua agitación de pensamiento; esas luchas violentas del periodismo y del parlamento, alternadas con fraternales y sencillas reuniones literarias, pintan bien la vida colombiana en gran parte del siglo

anterior. En la inmensa galería de las producciones de Samper, son dignos de leerse, como reflejo de una época y como documentos útiles para quien quiera hacer un estudio sociológico de la América española, libros como los titulados *Apuntamientos para la historia social y política de la Nueva Granada*, *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, *Curso elemental de ciencia de la legislación*, *Galería nacional de hombres ilustres*, *Historia de un alma*, *El Libertador Simón Bolívar*, y su precioso comentario a la Constitución de 1886. Si hubiéramos de escoger algunos de sus trabajos poéticos, no acudiríamos a sus poesías líricas, sino a sus comedias, por ejemplo, a la titulada *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*, cuadro de costumbres mucho más apreciable que los dramas románticos de entonces. Samper nació en Honda, en 1828, y murió en 1888.

Se formaron al lado de Caro dos escritores fecundísimos, que en parte siguieron su dirección política y filosófica y sus huellas poéticas, aun cuando el maestro no hubiese podido participarles su inspiración excelsa. Y sin embargo, uno de ellos, hombre de rara fortuna, tuvo la suerte no compartida por ningún otro poeta de su país, ni quizá de toda la América—de que uno de sus tomos de versos llevase una carta-prólogo de Lamartine. Llamábase ese compatriota D. José María Torres Caicedo, y había nacido en Bogotá en 1830. En *La Civilización* de Caro publicó artículos de ardiente política y largas composiciones en verso sobre temas siempre elevados, pero con escasa inspiración poética. Herido en un duelo memorable, emigró a Europa pobre y con una bala entre el cuerpo; y en Francia, con su actividad de periodista y sus recursos de hombre de mundo, se formó una posición envidiable, que culminó en los años de oro del segundo Imperio y en los primeros de la tercera República. Representó a su país y a otras naciones americanas. Presidió Conferencias internacionales sobre propiedad literaria, en alguna de las cuales tomó asiento entre Víctor Hugo y Tourgueneff. Fué miembro del Instituto de Francia y de otras corporaciones sabias. Su nombre

aparece citado en el *Derecho internacional codificado*, de Blunschli. Otros de sus libros llevan prefacios de Castelar y de Jules Janin. A tal punto llegó su prestigio, que el ilustre venezolano D. Cecilio Acosta, tan superior a él en todo, escribía en 1879: «Es cosa fuera de duda hoy en el mundo civilizado que mi noble amigo el Sr. D. José María Torres Caicedo pertenece al número de las notabilidades más encumbradas del mundo». Y Torres Caicedo no tenía cualidades intelectuales de orden superior, pero sí un espíritu generoso, animado por ferviente americanismo, y supo hacerse propagandista desde la tribuna universal de París de ideas simpáticas en todo el continente. Sus libros han envejecido mucho, como todas las obras de ocasión que no están avaloradas por insignes méritos de estilo; pero son interesantes para conocer el movimiento de las ideas en un importante período del siglo pasado. Merecen especial recuerdo sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América latina*. Sus poesías carecen de significación, no obstante el juicio lisonjero del eminente crítico italiano Cesáreo en la *Nuova Antología*, hecho que comprueba cuán difícil es la apreciación justa de versos escritos en extraño idioma.

El otro publicista a que nos referimos fue el Dr. Manuel María Madieto. No tuvo éste la posición internacional de Torres Caicedo; pero fue, en su tiempo, conocido y apreciado en la América española. Era natural de Cartagena, en donde nació en 1815. Falleció en Bogotá en 1888. Era espiritualista y cristiano; pero su pensamiento solía flotar al influjo de teorías extrañas, y en alguna época de su vida fué secuaz de Allan Kardec. Tenía un estilo cortado a la francesa, en donde brillan rasgos de ingenio en medio de expresiones efectistas y arranques de declamación. Los mismos títulos de sus libros suelen ser extraños: *Una gran revolución o la razón del hombre juzgada por sí misma*; *Lumbres, flores y armonías*, etc. Su *Tratado de Derecho de gentes*, publicado en 1874, goza todavía de estimación en América. No está

escrito en forma didáctica: discute con calor y tono de periodista las cuestiones, acomodándolas siempre a las soluciones más generosas. Las numerosas poesías de Madieto versan sobre altos asuntos religiosos, filosóficos y patrióticos; pero no pasan de la medianía, con una sola excepción. Tuvo un momento de inspiración legítima y compuso el canto *Al Magdalena*, original, brioso, selvático bajo su vestidura netamente castellana, poesía que refleja los paisajes de la tierra tropical como el gran río copia mágicamente en sus aguas los bosques de la ribera. Si Madieto hubiera explotado esta vena de poesía americana, figuraría entre los mejores vates colombianos.

La segunda generación romántica tuvo tres grandes figuras poéticas: Rafael Núñez, Rafael Pombo y Jorge Isaacs. En todos tres se advierte la influencia de la literatura inglesa. En el primero, por causa de su larga residencia en ese país; en los dos últimos, porque llevaban en sus venas sangre sajona. Núñez es la personalidad más grande de la política colombiana en los últimos cincuenta años; rehizo con el poder de su pluma lo que Mosquera había derribado con su espada triunfadora. Sus escritos constan en dos volúmenes: *Ensayos de crítica social*, publicado en Inglaterra, y la *Reforma política en Colombia*. Hay allí páginas dignas de un gran sociólogo por la profundidad con que analiza los fenómenos políticos y sociales y la alteza de pensamiento con que convierte el incidente pasajero en motivo de reflexiones de interés permanente. La obra política de Núñez es y será materia de honda controversia; pero nadie puede discutir la alteza de su genio, su admirable intuición de los hombres y de las cosas y esa maravillosa agilidad de pluma con que sorprende las dificultades, paraliza de un solo golpe al adversario, coloca las cuestiones en puntos de vista nuevos e inesperados y fascina al lector, haciendo brillar la luz en las facetas de sus frases diamantinas. Es el prosista colombiano de estilo más conciso y denso, más lleno de expresiones que sorprenden y sacuden la inteligencia. La *Reforma política* es uno de los libros capitales

de nuestra literatura. Pero este gran luchador era también un gran poeta, y como poeta se hizo célebre en su juventud. Sobresalió en dos géneros: el filosófico y el amoroso. Su apasionado *Todavía* tiene vibraciones de la lira de Byron. El *Que sais-je?* y *Dulce ignorancia* expresan el hondo desencanto de quien vanamente busca en el mundo la explicación del destino humano, y no pudiendo arrancar a la ciencia la clave del enigma, levanta al cielo los brazos con gesto de desolación infinita. Entre los poetas que fueron víctima de la duda en el siglo pasado, Núñez es uno de los que han expresado su tortura interior con rigor lógico más implacable y con más hondo sentimiento humano. Don Juan Valera extrañaba que un hombre que parecía dudar de todo hubiese llegado a ser jefe de partido y presidente de la República. Pero hay que tener en cuenta que el escepticismo no representa sino una faz del pensamiento de Núñez, el cual, después de reducir a polvo, con análisis cruel, ilusiones y creencias, siente el horror del vacío; y, reuniendo los rotos fragmentos, se esfuerza por levantar con ellos un nuevo ideal, en cuya cima luce el fulgor del espiritualismo cristiano. Así surgieron *Sursum*, *Ideales*, *Psiquis*, *Véspero* y tantos otros cantos de inspiración tan profunda como serena. Faltó a Núñez, como poeta, el dominio acabado de la forma; no poseía oído muy fino; y así, al lado de versos admirables dejó escapar otros de áspera y rocallosa factura, como si fuera un gran poeta extranjero que escribiera versos en castellano. En ocasiones, el pensamiento filosófico aparece desnudo de galas poéticas. En cambio, cuando acierta, nos ofrece ideas profundísimas, como pocos poetas castellanos tienen, expresadas en fórmulas de insuperable concisión y de lapidaria belleza. Uno de los últimos cantos de este poeta romántico tiene cierta vaguedad musical, como de sinfonía modernista: *Sideral* es una de sus mejores inspiraciones. Núñez nació en Cartagena, en 1825, y murió en la misma ciudad en 1894.

Rafael Pombo, hijo de Bogotá, en donde nació en 1833, es el más completo y quizá el más grande de los poetas colombianos.

La poesía llenó casi por completo su larga existencia, pues empezó a escribir versos siendo un niño y continuó escribiéndolos hasta sus últimos días, a la avanzada edad de setenta y nueve años. Cultivó todos los géneros líricos, y su musa tuvo todos los tonos, desde el sublime de la oda hasta el sencillo y fácil del cuento infantil. Sintió la Naturaleza como la han sentido los poetas del Norte, y la pasión amorosa con el calor y la exuberancia de los trópicos. La mujer, como recuerdo, como aspiración, como realidad suprema, anima casi todas las grandes inspiraciones de Pombo. El poeta célibe vivió rodeado de las ideales figuras a que dió cuerpo y sér su fantasía. Escribió en su juventud, con el seudónimo de *Edda*, varios fragmentos de un poema, el primero de los cuales, titulado *Mi amor*, recorrió la América entera como obra de una poetisa desconocida, a quien se dió el título de «Safo cristiana». *Edda* es la primera figura de la bella galería femenina que luce en los versos de Pombo y en la cual alternan seres reales, como Elvira Tracy y la gran pianista Teresa Carreño, la *Eva de los aires*, con las creaciones de la fantasía del poeta, como la original *Angelina* y la tentadora *Paula*. Los versos de Pombo nos permiten penetrar en las interioridades de un alma apasionada y turbulenta, de un temperamento de fuego, en donde las tempestades se formaban con tanta rapidez y estallaban con tanta violencia como en ciertas regiones de los trópicos. Así brotó la tremenda *Hora de tinieblas*, en un raptó de desesperación y de misantropía, como se desprende el rayo de un cielo súbitamente conmovido por la tormenta. Ardía en el alma de Pombo la llama del deseo y no se extinguió ni aun con los hielos de la ancianidad: testigo, el soneto *Abisag*. Cultivó con suma originalidad ciertos géneros, como la elegía, la meditación erótico-descriptiva; poemas como el *Preludio de primavera* y *Decíamos ayer*, tienen la riqueza panorámica, la profundidad de sentimiento, la belleza sinfónica de las grandes elegías francesas y de las de Tennyson y Longfellow. En cambio, al cantar *El bambuco* derrama en sus estrofas todo el calor y la

exuberancia de la Naturaleza en el valle del Cauca. El aristocrático cantor de *Las norteamericanas*, el misantrópico y sublime poeta de *El Niágara* se inspira en motivos de poesía popular al celebrar la alborada de *El torbellino a misa*, y crea, para regocijo de imaginaciones infantiles, las figuras de *Rin-Rin-Renacuajo*, *Simón el bobito*, *Doña Pánfaga*, que perduran en el Olimpo de los niños al lado de *Ratoncito Pérez* y de *La cenicienta*. En medio de su fuerza creadora tuvo Pombo genialidades de excéntrico, y entre el concierto de voces de su arpa inmensa resueñan a veces notas ásperas y duras; tributo rendido por el númen a su caprichoso y despótico dueño. Los grandes cantos de Pombo pueden caracterizarse por aquella vibrante estrofa de *Decíamos ayer*:

Esas trombas de lírica armonía,
Infiernos de pasión divinizados,
En que nos arrebatan a porfía
Todos los embelesos conjurados.

Poeta de índole muy diversa fué Jorge Isaacs, en quien se unieron, como en Enrique Heine, varias y opuestas influencias atávicas, pues era colombiano de nacimiento, de raza española por su madre e hijo de un inglés de raza judía. Nació en Cali, en el valle del Cauca, en 1837, y murió en Ibagué, en 1895. Muy joven aún, surgió en una noche a la celebridad con la lectura que hizo de sus poesías líricas en la tertulja literaria de *El Mozaico*, de que luego hablaremos. Poco tiempo después, en 1867, publicó la *María*, la novela más popular de la América española. En esos dos libros encerró lo mejor y más puro de su inspiración. Hay en las obras de Isaacs un vago perfume oriental, como el que se exhala de un antiguo cofre familiar; una melancólica nostalgia, como la de los hebreos que colgaban sus arpas en los sauces a orillas de los ríos de Babilonia; una delicada fantasía descriptiva que, empleando unas veces tonos esfumados y tenues, haciendo uso en ocasiones de pinceladas vívidas y lumi-

nosas, nos presenta bellos y románticos panoramas. Pero en Isaacs, al lado de la poesía del ensueño, que produce joyas como *Río Moro* y *La Oración*, vemos la poesía de la realidad, que se manifiesta en composiciones de vivac y de costumbres aldeanas llenas de inspiración popular, v. gr., *Amores de Soledad*, *La reina del campamento*, *El cabo Muñoz*, etc. En *María* se mezclan la inspiración idealista, que es el alma del virginal idilio, con la poesía familiar, que le da como fondo escenas humildes de la vida diaria. Isaacs compuso a *María* renovando, con el reactivo del arte, los recuerdos de sus años de adolescente pasados en una de las más bellas haciendas del Cauca. Su heroína, real o fantástica —que éste es punto no resuelto—, es una hermana de Atala y de Virginia. Y si Efraín es un auto-retrato, no puede decirse que en esta ocasión el pincel se mostrara esquivo para con su dueño. La parte descriptiva tiene en *María* singular importancia. Isaacs dió carta de naturaleza en el arte a los paisajes del Cauca, como Chateaubriand lo había hecho con los bosques y llanuras del Canadá. Ambos escritores reflejaron en su imaginación originales aspectos de la Naturaleza virgen del nuevo mundo, realzando los rasgos pintorescos con el poder de sugestión que posee la palabra humana. *María* ha sido traducida a varios idiomas, ha merecido el homenaje del gran público y el fallo favorable de los jueces de gusto más delicado. Es obra maestra de arte espontáneo: esto explica sus lunares y constituye, por otro lado, su mayor hechizo. En su edad madura publicó Isaacs el primer canto de un poema titulado *Saulo*, obra oscura e incoherente, que parece preludiar ciertas producciones enigmáticas del simbolismo. En cambio, su canto en honor de Antioquia, titulado *La tierra de Córdoba*, tiene bellas estrofas descriptivas. Queda de Isaacs un libro en prosa: *La revolución radical en Antioquia*, testimonio del desdichado paso por la política de aquel cisne del Norte que vino a mojar sus blancas plumas en las ondas azules de los ríos del Cauca.

Si en la poesía tuvo el romanticismo tan rico florecimiento; si

en la novela nos dió un modelo de idilio amoroso, no tuvo igual ni parecida fortuna en el género dramático, no obstante el ejemplo triunfador de los grandes dramaturgos españoles. Sucedióle al drama romántico lo que antes le había acontecido a la tragedia clásica: no halló terreno propicio en donde arraigar, y apenas dió muestras de sí en débiles e intermitentes ensayos. Vese esto claramente en las obras de un ilustre varón, que por su gran precocidad fué llamado «portentoso» por sus maestros, y que entre los veinte y los veinticinco años publicó una colección de poesías líricas y dos dramas originales. Llamábase D. Santiago Pérez. Era natural de Zipaquirá, en donde nació en 1830. Sus *Ensayos líricos* representan la nota falsa del sentimentalismo romántico, tan contrario a la índole literaria del autor, que éste miraba con enfado aquellos inocentes pecados de la adolescencia. No era igualmente inofensivo el drama *Jacobo Molay*, escrito, en 1851, en el breve espacio de diez tardes, como dice su prologuista el Dr. Lleras y que encarna muy bien las tendencias de la escuela de los discípulos de Dumas, aficionados a los temas pseudo-históricos, a la presentación de escabrosos conflictos morales, a lances de asesinatos, suicidios, raptos, torturas y reconocimientos imprevistos de personajes; en suma, a cuanto pudiera excitar los nervios. De la absurda concepción de *Jacobo Molay* dió buena cuenta D. Mariano Ospina en un artículo célebre, que fué como toque funeral del romanticismo decadente. En 1853 publicó el Sr. Pérez el drama *El castillo de Berkeley*, del mismo género del anterior, pero de concepción moral más sana. No faltan las forzosas escenas de subterráneo, puñal y transformación de un personaje; pero tiene pasajes, como la escena décima del acto cuarto y la segunda del último, que están escritos en el tono sobrio y levantado de la verdadera tragedia y revelan la rápida evolución que se iba verificando en la mente juvenil del autor. Es lástima que D. Santiago Pérez hubiese abandonado para siempre el teatro, pues habría podido escribir dramas caballerescos dignos de figurar entre los de los buenos poetas españoles. Pero

si como poeta su obra es fragmentaria, en cambio como prosista ocupó D. Santiago puesto de honor entre los primeros escritores colombianos. El descuidado romántico se había convertido en un artista del gusto más puro e intachable, y sus artículos de periódico son modelo de prosa castellana, clara, enérgica, rotunda, con reflejos y vibraciones de acero. Redactó, en unión de otros dos eminentes publicistas—D. Felipe Zapata y D. Tomás Cuenca—*El Mensajero*, y es célebre en los anales del país la campaña de este periódico contra la dictadura del General Mosquera. Dejó algunos discursos académicos, que figuran entre las páginas de oro de la prosa colombiana, como modelo de alto pensar, de noble sentir, de expresión transparente y diamantina, abrelantada con el fulgor de magníficas imágenes. El Sr. Pérez fue Presidente de la República.

El segundo de esta familia—cronológica y espiritualmente—D. Felipe Pérez, ocupa puesto muy distinguido entre los polígrafos colombianos; y, en el género de que ahora tratamos, dejó un ensayo de drama histórico, con el título de *Gonzalo Pizarro*. Los temas de la antigua historia del Perú interesaron especialmente al Sr. Pérez, quien los explotó igualmente en narraciones novelescas, de género también romántico, como las tituladas *Yuma*, *Los Pícaros* y *Atahualpa*. En el prólogo del drama escribió el eminente Dr. Manuel Ancizar: «Desde el momento en que el poeta elige por tema un suceso histórico, ya no es ni debe ser libre en el desempeño, pues tiene que consultar y seguir el espíritu de la época, la realidad de los hechos que quiere traer a la escena, el carácter de los personajes actores y las circunstancias en que se encontraron.» Teoría muy sensata, análoga a la que había desarrollado, con profunda crítica, el gran poeta Manzoni en su carta a Mr. Chauvet sobre las unidades dramáticas. El señor Ancizar declara que el autor de *Gonzalo Pizarro* se atuvo a esa prescripción y se empapó en el espíritu de las crónicas, y puede agregarse que quiso dar a su pieza color local con el uso de ciertos términos indígenas. Por lo demás, la fama de D. Felipe

Pérez no reposa en sus versos, sino en sus campañas periodísticas en *El Relator*, en donde mostró, si no dotes de grande estilista, sí de hábil y diestro luchador, que sabía manejar todos los recursos de la prensa moderna con discreción, decoro y, en ocasiones, con elevada imparcialidad.

Otros dos poetas menores del romanticismo, D. Germán Gutiérrez de Piñeres y D. Lázaro María Pérez, cultivaron el teatro, a par de la poesía lírica. Uno y otro escribieron poesías melódicas y sentimentales, y vive su recuerdo en algunas gallardas estrofas. Piñeres escribió el drama *El Oidor*, cuya acción pasa en la Santafé colonial y en donde es figura principal el célebre oidor Cortés de Mesa. Pérez prefirió asuntos europeos para sus dramas *Elvira* y *La cordelera*. El primero siguió la tradición romántica de presentar a los monarcas—en este caso se trata del Rey Felipe IV—moralmente humillados y vencidos por sus vasallos. *La cordelera* pasa en Italia, patria predilecta de los asuntos trágicos. De esta pieza hizo Joaquín Pablo Posada una cruel crítica en verso, que es otro síntoma de que el gusto buscaba otra orientación. Y efectivamente, a mediados del siglo, el romanticismo estaba agotado: en poesía lírica sus cultivadores adocenados habían abusado del falso sentimentalismo, de las leyendas lúgubres, de la imitación zorrillesca y de las octavas con finales agudos. En el teatro, los pocos dramas que hemos citado, además de defectos intrínsecos, tienen el pecado capital de carecer de verdadera poesía y de no ofrecer méritos de estilo: deficiencias imperdonables en una escuela que supo revestir sus concepciones, no siempre lógicas ni humanas, con el manto de la más esplendorosa poesía. Dramas tan célebres como *El trovador* y *Don Juan Tenorio* ofrecen asidero a observaciones de fondo de una crítica imparcial; pero nadie que sienta la armonía de la versificación castellana podrá permanecer indiferente y frío ante la arrulladora música de las escenas de amor de ambos poemas.

En 1851 se publicó *El Doctor Temís*, obra juvenil y única del Dr. José María Angel Gaitán (1819-1851). Esta novela ha goza-

do de cierta reputación tradicional; y Laverde Amaya escribió «que muchos años pasarán antes de que desaparezcan por completo la novedad y el aliciente que tiene para los bogotanos». El autor escogió una época que ha dejado trágico recuerdo: aquella en que Bogotá fué víctima de la cuadrilla de ladrones de Russi. Tenía el malogrado joven condiciones para novelista de costumbres; pero descarriado por la lectura de los novelones de folletín que estaban de moda, hizo una obra sémi-romántica llena de lances absurdos y de tipos falsos, que, a pesar de los episodios de robos, raptos, conciliábulos en horribles antros, muertos, etc., no interesa, y que no está realzada por méritos de composición ni de estilo. Bien es cierto que, como lo expuso su primer prologuista, el Dr. Maldonado Castro, *El Doctor Temis* fué escrito en unos pocos días de vacaciones.

Desacreditado el romanticismo, se inició una reacción en sentido realista, que se manifiesta francamente en dos géneros: en los cuadros de costumbres y en la poesía festiva de tendencias populares. Véase, además, la transformación en dos poetas regionales, Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, hijos ambos de Antioquia. El primero recibió las influencias de Zorrilla, y cantó sus primeros amores en versos de una sensibilidad enfermiza, propia de quien unía el recuerdo de la mujer amada con lúgubres presagios de temprana muerte. Pero el cantor de *El diablo* y *El expósito* halló pronto su camino, siguiendo las tendencias de su raza, sana y enérgica como ninguna otra en Colombia. Y entonces celebró sus amores con *Julia* en versos de inefable dulzura; immortalizó la humilde cascada de *Aures* en estrofas frescas como sus espumosas ondas, y escribió las geórgicas antioqueñas en *El cultivo del maíz*, poema original, valiente, de gran fuerza descriptiva y cuyas estrofas guardan el olor agreste de la montaña primitiva. Si Gutiérrez González no hubiera sido un poeta de verdad, su *Memoria*—como él la llama—sería una especie de cartilla agronómica; pero él supo transformar la realidad prosaica y humilde con un torrente de poesía naturalis-

ta, llena de frescas y deliciosas imágenes, que entona y vigoriza como el aire matinal del bosque. Gutiérrez González es desigual como artista. Hay que tomar su poema por lo que es en realidad; esto es, uno de los frutos más espontáneos de la musa americana. Gutiérrez nació en La Ceja en 1826 y murió en Medellín en 1872.

Epifanio Mejía, muerto no ha mucho en un manicomio, en donde pasó la mayor parte de su larga vida, es un hermano menor de Gutiérrez González, y en la pequeña colección de sus versos alternan estrofas sentimentales con otras de inspiración realista, en donde palpita el vigoroso espíritu de ese pueblo, de quien fué valiente intérprete el autor de *El canto del antioqueño*, el pintor de *La muerte del novillo*.

La afición al género de costumbres vino de España, en donde había modelos tan populares como Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y Antonio Flores. El grupo de costumbristas tuvo aquí por centro la tertulia literaria de *El Mosaico*, de carácter muy familiar e íntimo, pero que influyó grandemente en las letras. Sus socios publicaron, con el mismo título de la tertulia, una revista literaria, de la cual aparecieron cuatro volúmenes, entre los años de 1856 a 1865. *El Mosaico* es uno de los tres o cuatro periódicos más importantes que se han publicado en el país, y su colección es un valioso documento para el estudio literario y social de la época. Alma de la revista, de la tertulia y de cuantas empresas literarias se acometieron por entonces fué D. José María Vergara y Vergara, hijo ilustre de Bogotá y benemérito como pocos de la cultura patria. En él alentaba el espíritu de las nobles familias santafereñas, modificado por varias y a veces contradictorias influencias modernas. Distínguese, como escritor, por su delicadísima sensibilidad, su espíritu cristiano, su vivo y espontáneo ingenio, su admirable facilidad para narrar, imitando alternativamente el estilo de sus autores predilectos. No era un escritor profundo, pero sí fácil, simpático y ameno; no abundaba en los asuntos, pero revoloteaba en torno

de ellos con la gracia y agilidad de una mariposa. Cuando renueva los recuerdos de su infancia, la intensidad de su sentimiento conmueve y hechiza al lector, como en el precioso artículo titulado *Los buitres*. El amor a los tiempos antiguos le inspira cuadros tan interesantes como *Las tres tazas* y *Un par de viejos*. Se había formado en el culto de Chateaubriand, y le rindió el tributo de su mejor pieza literaria, *Un manojito de hierba*, obra de su madurez intelectual, fruto sazonado de su corazón y de su inteligencia. Esa carta, destinada a contar sus impresiones de peregrino ante la tumba de Chateaubriand, en San Maló, pertenece a un género superior de literatura y es de las bellas páginas con que cuenta la prosa colombiana. Escribió Vergara la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, obra de patriotismo, de estudio; deficiente en la parte bibliográfica, pero llena de preciosas noticias y de discretos juicios; único trabajo de su género existente hasta hoy en Colombia. Murió Vergara, prematuramente, en 1872, pasados apenas los cuarenta años. Este Mecenaz de los principiantes, editor de obras nacionales, biógrafo de hombres ilustres, alentador de toda obra buena, pródigo de los tesoros de su alma, dejó uno de los nombres más dignos de respeto entre los escritores ilustres del país.

A la misma escuela de Vergara perteneció D. José Caicedo Rojas, el Mesonero Romanos de Colombia. Uno y otro fueron poetas de sentimiento y dejaron piezas de delicada inspiración, como *Recuerdos*, de Vergara, y *La fuente de Torca*, de Caicedo; pero eran más genuinos poetas en prosa que en verso. Tiene Caicedo Rojas un estilo castizo, sencillo y al par de porte aristocrático, alegrado por la sonrisa benévola de quien se complace en evocar, delante de los jóvenes, recuerdos de tiempos que él considera mejores; estilo que, en su giro manso y sereno, se asemeja a un río, no muy ancho ni profundo, que en sus vueltas va copiando, como en espejo transparente, los graciosos paisajes, los varios aspectos del cielo, las ruinas de épocas pasadas. Caicedo Rojas, como Walter Scott, como todos los hombres

que tienen alma sana en cuerpo sano también, deja en sus escritos una impresión grata y consoladora de la vida, y, sin caer en candorosos optimismos, sabe sacar de la realidad la miel de poesía que contiene. Además de los cuadros de costumbres contenidos en los *Apuntes de ranchería*, dejó Caicedo Rojas una más extensa narración novelesca del género histórico, titulada *Don Alvaro*, que es una bella serie de cuadros de la época colonial, unidos por el hilo de una desgraciada historia de amor. Si esta obra no tiene vivo interés novelesco, agrada con sus variadas descripciones, con sus recuerdos y anécdotas, con la resurrección de tiempos que se pierden para nosotros en misteriosa y poética penumbra. Caicedo Rojas, enamorado de todo lo remoto y tradicional, está en su terreno, ya cuando pinta las fiestas y los torneos de los españoles, ya cuando describe las costumbres de nuestros abuelos, en el curioso tiempo de la *Patria Boba*, en el precioso libro en que consignó los recuerdos de don José María Espinosa, el abanderado de Nariño. Caicedo Rojas escribió excelentes biografías y estudios de crítica, como el que consagró a Luis Vargas Tejada. La lectura de las obras de Caicedo Rojas nos trae, por asociación de ideas, el recuerdo de una de esas antiguas salas santafereñas, de techos bajos y grandes ventanas de hierro, tendidas de damasco, adornadas con amplios sillones y sofás de talla, con vargueños de ricas incrustaciones, con la urna tradicional que guarda el devoto *Nacimiento* quiteño, y en cuyo ambiente flota el sano aroma de la alhucema y el benjuí. Caicedo nació en Bogotá en 1816.

Escritor de índole muy diversa fué *Emiro Kastos*, o sea Juan de Dios Restrepo. Si el primero recuerda a Mesonero, el segundo es discípulo afortunado de Larra. El uno adoraba la tradición; el otro vivió animado de espíritu innovador y revolucionario. La sonrisa optimista del autor de *Recuerdos y Apuntamientos* contrasta con el *ricтус* satírico que pliega los labios del censor de los vicios sociales y de ideas políticas que predominaban en los tiempos de la Confederación Granadina. Tiene Restrepo mirada

perspicaz, intención profunda, frase punzante e intencionada; en unos pocos rasgos pone a la vista la ridiculez de un tipo social. No es escritor muy correcto, pero sí de sabor castizo; y sus cuadros y notas de viaje entretienen e interesan, aun cuando hallemos injusta, en ocasiones, la crítica del atrabiliario censor, hombre de tendencias misantrópicas, que vivió siempre inconforme con el medio social en que le tocó desarrollar su claro talento. Restrepo era natural del Departamento de Antioquia. Sus escritos se publicaron en colección en 1859.

D. Ricardo Silva pertenecía a la misma escuela política que Restrepo; pero su carácter de hombre de mundo, sus aficiones de *gentleman*, su genio alegre de bogotano auténtico lo alejaron de la sátira amarga y lo llevaron al estudio y la crítica risueña de pequeños vicios e imperfecciones sociales y a describir tipos graciosos, como el de *El niño Agapito* y *La niña Salomé*. El artículo *El remicudito*, no obstante su fecha remota, es de constante aplicación entre nosotros, y, como escribíamos no hace mucho, encierra la explicación, casi diríamos la filosofía, de la imprevisora deficiencia que se advierte en no pocas de nuestras modernas construcciones urbanas. La literatura fué para Silva una distracción elegante, en medio de sus negocios de comercio y de las atenciones de la vida social.

De gustos refinados y de exquisito trato social fué igualmente D. Manuel Pombo, quien no quiso pasar nunca por hombre de letras, sino por simple aficionado, dejando la representación literaria a su glorioso hermano Rafael. Pero en sus notas de viaje por Antioquia, en sus cuadros de costumbres, en unas pocas composiciones en verso, dejó pruebas bastantes de su delicado y simpático ingenio. En cuadros como *La contralanza* fijó recuerdos de la casa paterna, en cuyos salones se reunía una fina y aristocrática sociedad y en donde se rendía culto también a patriarcales tradiciones, como es de ver en el gracioso artículo *La niña Agueda*. Pombo es, entre los escritores de entonces, el que representaba el tipo de los que se llamó, en término ya casi

absoluto, el *cachaco*; esto es, el joven de buen humor, que así alternaba en los bailes elegantes como se divertía en fiestas de confianza y de menor tono, y en dondequiera lucía su despejado ingenio. Pombo nació en Popayán en 1827.

De carácter más popular que Pombo fue José David Guarín, natural de Quetame, en donde nació en 1830. Tenía dotes de observación, gracia y talento narrativo y escribía en estilo familiar, comprensible para toda clase de lectores. De aquí la gran popularidad de que gozó en su tiempo, como todos aquellos autores que saben decir cosas interesantes en una forma que ni carece de atractivo literario ni es tampoco inaccesible a la mayoría del público, por su misma perfección artística y su aristocrático refinamiento. Guarín hizo numerosos artículos sueltos y algunas relaciones novelescas, como la que tituló *Las tres semanas*, y que es, en suma, una serie de cuadros de las últimas fiestas de toros, a la moda antigua, que se celebraron en Bogotá, en la plaza de Bolívar, el año de 1880. Hay allí escenas populares trazadas con pincel vigoroso. Pero lo mejor de Guarín no está en sus obras en prosa, sino en una poesía, en donde, dejando a un lado los procedimientos fáciles, hizo, con materia selecta, una verdadera obra de arte. Nos referimos a la solemne, patética y conmovedora meditación titulada *La Soledad*, que le aseguró para siempre un puesto en el Parnaso colombiano.

La redacción de *El Mosaico* publicó, en 1866, en dos grandes volúmenes, la renombrada colección de *Cuadros de costumbres*, en donde hay trabajos escogidos de autores de muy diferente condición, pues allí figuran generales, políticos, abogados, hombres de negocios, etc. Esto revela la popularidad de que gozó durante muchos años el género de costumbres. En esa colección se publicó, por primera vez, la más extensa e importante obra de imaginación que produjo el movimiento realista de entonces: *La Manuela*, de D. Eugenio Díaz. Ofrece éste una curiosa fisonomía literaria. Miembro de antigua e hidalga familia, nació y se crió en la hacienda de *Puerta Grande*, propiedad inmemorial de

los suyos, en 1804. Vino a hacer estudios en Bogotá, pero hubo de suspenderlos por un accidente imprevisto, que minó su salud. Adquirió, pues, Díaz una mediana instrucción; mas no llegó a poseer una verdadera educación literaria. Debió más a su ingenio nativo que a sus conocimientos y escribió en medio de ocupaciones rústicas, por inclinación imperiosa de su talento perspicaz y observador, pero sin la menor pretensión de obtener fama como literato. Presentóse un día a Vergara en traje de campesino y le llevó sus manuscritos, con la sencillez de un aldeano que ofrece al señor los frutos de su heredad. Entusiasmóse Vergara con aquella efusión que él ponía en el descubrimiento de un nuevo ingenio, y resultado de aquella entrevista fué la fundación de *El Mosaico*, en donde se publicaron los primeros capítulos de *Manuela*, y cuadros sueltos, como el titulado *María Ticuico a los pescadores del Funza*. La fama no alteró las patriarcales costumbres de Díaz, quien alternaba con los literatos de *El Mosaico* en su mismo traje de *orejón* sabanero. Murió santamente en Bogotá, en 1865, dejando una abundante producción novelesca, que, si no le ^{dió} produjo ganancias, le ha asegurado la simpatía y el respeto de sus compatriotas.

Acerca de *Manuela* y demás producciones de D. Eugenio, debe tenerse en cuenta lo mismo que se dijo ya sobre *El cultivo del maíz*: son productos espontáneos de ingenios sanos y vigorosos, que le debieron más a la naturaleza que al arte. El enredo novelesco es muy escaso en *Manuela* y *El reyo de enlazar*, y casi nulo en *Los aguinaldos en Chapinero*. Más que novelas, son series de cuadros escritos sin pretensiones efectistas, pero con paciente estudio de la realidad. Díaz pinta lo que ha visto con sus propios ojos, lo que ha observado por sí mismo, los tipos y panoramas en cuya intimidad ha pasado largos años. Y esa observación es exacta, y esa pintura es animada y vivida, y en esas páginas queda un cuadro revelador de un estado social que fluctúa entre la civilización y la barbarie, entre la vida primitiva y la modificada; más para el mal que para el bien, por confusos

impulsos de renovación, por convulsivas influencias revolucionarias. El escenario de *Manuela* es tan espléndido por el aspecto del arte como afflictivo desde el punto de vista moral. La imaginación se complace en la descripción de aquellos bosques espléndidos, de aquellas vegas fecundas, de aquellos magníficos ríos, de las veladas nocturnas de los trapiches, de las tumultuosas fiestas de San Juan, y, al propio tiempo, el ánimo se contrista a ver tanta miseria moral, que deslustra la esplendidez de la naturaleza; tanta injusticia en la organización social; tanta desigualdad en la suerte de los hábiles y astutos comparada con la de los ingenuos y humildes. Díaz, con una fiel pintura de los hechos, hace un alegato elocuente en favor del pueblo, no en sentido socialista, sino con espíritu profundamente cristiano. Entre los varios ejemplares que pinta descuella el del *tinterillo*, personaje terrible y odioso en su misma pequeñez; peste, entonces y hoy, de la administración de justicia; azote de los desdichados que tienen algo que ofrecer a su insaciable codicia. Triste es decirlo: lo que Díaz pintaba hace medio siglo, se sigue repitiendo en lugares pequeños y apartados de las rutas abiertas por la civilización. En lo moral y en lo material, esos pueblos permanecen estacionarios, y raro será aquel a quien no le haya tocado pernoctar en una posada como la de *Mal-abrigo*. El estilo de Díaz es descuidado e incorrecto, pero expresivo y pintoresco, y tiene rasgos que revelan hasta qué altura hubiera podido elevarse don Eugenio con una más completa educación de su talento. Véase en el capítulo primero la llegada de D. Demóstenes a la susodicha posada: «El caballero se desmontó, y tendiendo un pellón colorado sobre un grueso tronco sustentado por estacas y emparejado con tierra, se sentó, mientras el arriero desenjambaba y recogía el aparejo y el criado arrimaba las maletas contra la negra y hendida pared de la choza. Salió de la cocina una mujer con enaguas azules y camisa blanca, en cuyo rostro brillaban los ojos, bajo unas pobladas cejas, como lámparas bajo los arcos de un templo oscuro.» Rosa, que así se llamaba, hace esta

observación cuando su huésped se queja de ciertos enemigos tenaces e invisibles que lo mantienen insomne en su cama: «Son los *chiribicos*, dijo, después de examinar los dobleces de la sábana.—¿Y qué se hace con ellos?—Con los chiribicos y con don Tadeo, el tinterillo, no hay remedio que valga.» Comparada la *Manuela* con *María*, salta a la vista la diferencia entre la índole literaria de los dos novelistas. Isaacs es un sensitivo, que infunde en los objetos exteriores las emociones íntimas de su alma y tiñe la naturaleza con el colorido de su sentimiento. Díaz es un artista objetivo, nada sentimental, que narra con cierta impasibilidad los más dolorosos casos y que observa la naturaleza, sin querer difundirse en ella ni hacerla partícipe de sus impresiones. Cejador califica la *Manuela* de «la más fiel copia de la realidad por el arte y la más acabada de cuantas se han escrito en América».

Hidalgo campesino como Díaz, pero colocado en más alta esfera social, fué D. José Manuel Marroquín, el castellano de *Yrbabuena*. De ilustre familia, dueño de cuantiosa y heredada fortuna, mimado por la sociedad, pudo dedicarse tranquila y descansadamente al cultivo de las letras durante toda su larga existencia (1837-1908). Formado en buena escuela literaria, conocedor de los clásicos castellanos, discípulo en gramática de Bello, fué Marroquín escritor correcto y atildado, como pocos lo han sido en Colombia. Tenía, además, gracejo de buena ley, al estilo de Bretón y de *Fray Gerundio*. Su temperamento era frío, y esta frialdad se manifiesta en sus escritos, que divierten, regocijan y enseñan; pero que nunca sacuden el alma del lector con esas vibraciones profundas, con esos rasgos apasionados y penetrantes, propios de los grandes artistas. Sus obras dejan la impresión de un paisaje de invierno, según decía injustamente Schack del *Si de las niñas*, de Moratín. Con estas condiciones, claro está que Marroquín no estaba llamado a sobresalir en la alta poesía lírica. En cambio, en la poesía festiva se encuentra en su terreno propio, en su casa solariega, y ya convierte un simple juguete, como

La perrilla, en una obra maestra, digna de leerse en seguida de *La cena de Alcázar*; ya juega con las más difíciles asonancias, como un prestidigitador con sus bolas y cintas; ya parodia a Tito Livio, colocando en el escenario de la primitiva Roma nuestras antiguas fiestas de plaza, que el poeta describe en sonoros y graciosísimos romances. Fuera de *La perrilla*, la obra de su primera época que dió más fama a Marroquín fué su *Tratado de ortografía*, con sus reglas prácticas y sus catálogos en verso, que dan a veces una impresión maleante, como si el autor hubiera querido bromear con su infantil clientela. Escribió Marroquín varios artículos de costumbres, que tienen cierto parentesco con los de Ricardo Silva, y, ya en su vejez, se atrevió a empresas más importantes y publicó tres novelas, *Blas Gil*, *Entre primos* y *Amores y leyes*, y un libro, *El moro*, que puede calificarse de «La novela de un caballo», para emplear un título de Tolstoy. *Entre primos* tiene hermosas descripciones de nuestras tierras templadas y es de amena y sabrosa lectura. *El moro* es un libro precioso, que, aun cuando tenga antecedentes en otras literaturas (*Cadichón*, *Azabache*, etc.), tiene olor y color de nuestras sabanas andinas y es de las producciones originales de nuestra literatura. Se revela allí la observación del hombre que conoce el campo, no como excursionista, sino como señor y propietario, y a quien el caballo inspira cariño de compañero y casi de amigo. *Azabache* es figura demasiado seria y formalota para el gusto latino. El héroe de *El moro* tiene más vida, más gracia, más ingenio, y con sus lances y aventuras conquista la atención del lector, a quien hechiza, además, el primor y la pulcritud con que está escrito el libro. Marroquín fué Presidente de la República en la época más azarosa para el país, en los tres años de guerra civil: ¡lástima que se hubiera dejado arrastrar a las luchas políticas, tan ajenas de su carácter y de sus antecedentes, rompiendo así la envidiable armonía de toda su vida!

Intimo amigo de Marroquín, y cultivador como él de la poesía festiva, fué D. Ricardo Carrasquilla, que, aun cuando nacido en

Quibdó, en 1827, era, como aquél, un verdadero santafereño. Difierían, por lo demás, profundamente en sus condiciones de carácter, pues todo lo que era frialdad y reserva en el uno era en el otro calor y espontaneidad. Contrastaban en Carrasquilla la estatura prócera, el serio continente, la voz solemne y profunda, con la inspiración alegre y regocijada, siempre lista a estallar en graciosos chispazos y a halagar al oyente con placentero son de castañuelas. Tenía Carrasquilla asombrosa facilidad para versificar, y podía hablar en verso sin que el torrente de la improvisación encontrara tropiezo. Este don, envidiable para sorprender en reuniones sociales, perjudicó a Carrasquilla en la poesía elevada, pues le impidió dar a la forma la perfección acrisolada que realza y embellece el pensamiento. Pero en la poesía festiva, en sus redondillas, décimas y coplas, solía encontrar Carrasquilla la forma intachable, en que nada falta y nada sobra, como puede verse en la popular composición que se titula *Lo que puede la edición*, y en estrofas sueltas como ésta que es un compendio de filosofía política:

Es un axioma sabido
Que el partido vencedor
Es siempre conservador,
Y liberal el vencido.

No hizo Carrasquilla cuadros de costumbres en prosa; pero dejó uno en verso, en los romances que llamó *Las fiestas de Bogotá*, donde hizo gala de una vena descriptiva francamente realista y de una exactitud fonográfica para recoger las voces de una multitud abigarrada. En prosa dejó Carrasquilla un librito que, a pesar de su grave asunto, ofrece huellas de las tendencias y aficiones literarias de este grupo, como las presenta en su género la *Ortografía* de Marroquín. Nos referimos a los *Sofismas anticatólicos vistos por microscopio*, en donde, bajo formas ligeras, se revela un verdadero pensador, que dejó en ese folleto, de apariencia modesta, los gérmenes de una grande obra de apologéti-

ca. Carrasquilla, que fué meritorio institutor y orador religioso de espontánea elocuencia, murió en 1886, llorado por la sociedad entera.

Joaquín Pablo Posada y César Conto completan este grupo de poetas. Ambos fueron estupendos improvisadores. Posada dedicó su musa a solicitar favores pecuniarios de sus amigos. Explotando tan ingratos temas, supo, empero, Posada hacer ostentación de una gracia y de una ligereza tan elegantes, que ocultan y rescatan la miseria del fondo; y su musa bate tan blandamente las alas sobre la pequeña herida abierta en el bolsillo del amigo, que éste no advierte la hábil extracción de una gota de sangre. Tiene el arte un poder purificador tan grande, que puede abrillantar y hacer eterno un billete de circunstancias. Además de su tomo de *Poesías*, escribió Posada los *Camaféos*, colección de biografías satíricas, en verso, de colombianos notables. En estos bocetos faltó el poeta a la caridad cristiana en muchos casos, a la justicia en algunas ocasiones, y dió nueva muestra de su admirable ingenio en muchos rasgos felices, de esos que pintan un carácter o graban una fisonomía, como el caricaturista, con unas pocas líneas, fija el aspecto típico de una persona.

Conto dejó buen número de poesías festivas, llenas de sal y pimienta y avaloradas por una deliciosa versificación; pero, además, cultivó la poesía elevada y seria, unas veces con el mismo descuido de improvisador que hemos anotado en Carrasquilla, otras con robustez y elegancia de expresión, como en los viriles cuartetos dedicados a *Páez*. Hizo también primorosas traducciones del inglés, especialmente de Byron. Conto poseía profundos conocimientos en algunos idiomas extranjeros, como lo comprueba su curso de italiano y sus doctas *Apuntaciones sobre la lengua inglesa*, que editó en Londres en el año de 1883.

También hizo versos D. José Manuel Groot (1800-1878); y sus romances tienen cierta analogía con los que insertó Pereda en sus *Escenas montaÑesas*. Su afición al género de costumbres se advierte hasta en su voluminosa *Historia eclesiástica y civil de la*

Nueva Granada (3 vols., 1869), obra de mucho estudio y la más completa que hasta hoy se ha publicado; pero que tiene mucho de crónica, por el tono del relato y por la importancia que concede al elemento pintoresco y anecdótico. No era Groot un estilista; escribía con gracia, pero con descuido; su obra es de amena lectura, pero no revela condiciones superiores desde el punto de vista del arte. Prestó un gran servicio reivindicando el buen nombre de los gobernantes españoles, en los casos en que la justicia así lo exigía, y haciendo luz sobre puntos intrincados de los primeros tiempos de la República. A veces toma actitud de polemista, y esto perjudica a su imparcialidad como historiador. Groot era de ascendencia holandesa y cultivaba con éxito la pintura: estos datos bastan para adivinar las condiciones que lo distinguen como costumbrista. *La tienda de D. Antuco* y *La barbería* son cuadros de asombroso realismo, como esos interiores de los pintores flamencos, en que sobre el fondo humoso de la cocina se destacan las figuras llenas de animación y de relieve, y los humildes detalles de la vida ordinaria adquieren interés gracias al arte paciente que ha sabido sorprender, en cada cosa, los rasgos característicos. Groot fué denodado periodista católico, combatió la propaganda protestante de las sociedades bíblicas inglesas y se atrevió a mayores, escribiendo un libro para refutar la *Vida de Jesús*, de Renán. Obra es ésta tan buena como podía escribirse en un medio tan impropicio desde el punto de vista científico. Groot era docto en historia eclesiástica, pero carecía de la educación filológica y de los conocimientos arqueológicos indispensables para hacer una refutación de Renán en el propio terreno de éste, como las que hicieron en Francia e Italia eminentes escritores ortodoxos.

Hacia mediados del siglo, el Gobierno Nacional nombró una Comisión corográfica, de la cual fué jefe el ilustre General Agustín Codazzi y secretario el Dr. Manuel Ancizar. Además de los trabajos científicos, dió esta Comisión dos resultados valiosos para el arte: el *Album*, que hoy se guarda en la Biblioteca Na-

cional, y que contiene una vasta colección de «tipos y paisajes», debidos a los meritorios dibujantes del Cuerpo; y la *Peregrinación de Alpha*, del Dr. Ancízar, que puede servir de texto a aquellas ilustraciones y es el mejor libro de viajes que ha salido hasta ahora de pluma colombiana. Ancízar es también un costumbrista tan fiel, animado y pintoresco, como los mejores de la escuela; pero es, además, un hombre de ciencia y un sociólogo; y en su libro se unen armoniosamente las observaciones geológicas, los recuerdos históricos, los puntos de vista del hombre de Estado y la descripción elegante, viva y colorida de sitios, pueblos y costumbres. Ancízar era hombre de partido, y el eco de las luchas de entonces se advierte en algunas páginas; pero tenía un espíritu elevado y sereno, que procuraba apreciar con justicia los hombres y las cosas y dar a cada cual lo suyo. A pesar de su fecha remota y de los cambios que el tiempo ha traído ~~de~~ los lugares de Cundinamarca, Boyacá y Santander, que pinta Ancízar, la *Peregrinación* sigue siendo libro de grata e instructiva lectura y vive, como toda obra que, a méritos de fondo, une la belleza de la forma. La *Peregrinación* deja en la mente una impresión simpática y luminosa, y agrada renovar la lectura de ciertas bellas páginas descriptivas, como es grato recorrer sitios en donde disfrutamos de amenas y apacibles impresiones. Ancízar nació en Fontibón en 1828 y murió en Bogotá en 1882. Ocupó elevadas posiciones, y en 1853 fué representante de Colombia en Chile. Allí trabó amistad con D. Andrés Bello, de cuyas doctrinas, como internacionalista, fué propagador en Colombia. Cultivó también los estudios filosóficos, y en 1851 publicó un tratado de *Psicología*, basado en el curso de Damirón y en las lecciones de Cousin. Allí se proclamó Ancízar francamente espiritualista, en el sentido de la escuela ecléctica, que él consideraba la más completa de todas; ese rasgo de libertad de pensamiento, con el cual se puso Ancízar enfrente de la filosofía oficial de su partido, lo honra sobremanera. Ni fué ésta la única muestra pública que dió de su independencia de criterio, pues más ade-

lante, en 1870, invitado por la Universidad Nacional para emitir concepto sobre la filosofía de Tracy, lo dió francamente adverso, en un importante informe, en donde, por segunda vez quizá en Colombia, se alegó la autoridad científica del después tan conocido y admirado Quatrefages.

Figura en la colección de *Cuadros de costumbres* el General Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881), autor del libro histórico mejor escrito que poseemos hasta ahora. Fué Posada militar de la Independencia, hombre público importante y orador de fama. Su obra pertenece a un género que tuvo insignes cultivadores en el siglo xix: el de las Memorias. Y así como Francia se enorgullece con algunas de las que dejaron los guerreros de la época napoleónica, así nosotros colocamos en puesto preeminente las *Memorias histórico-políticas* de aquel militar de la guerra magna, compañero y amigo de Bolívar. Si hubiéramos de hacer una lista de seis obras colombianas que reunieran una gran significación nacional a un mérito literario de primer orden, no vacilaríamos en incluir en ese número las *Memorias* de Posada, libro cuya lectura equivale a un curso de Filosofía política, por los recuerdos que perpetúa y las enseñanzas que encierra. Se ha dicho por algunos que Posada no es imparcial, porque sus convicciones bolivianas y conservadoras nublan a veces su juicio. Sin embargo, pocos testigos más autorizados que él, por las condiciones de inteligencia y de carácter que dan valor a su testimonio; y porque si él fué amigo de Bolívar, jamás convirtió la admiración en idolatría, y se mostró equitativo al estudiar las lamentables diferencias entre el Libertador y Santander. Escribía Posada con elegancia, vigor y gallardía; los datos históricos, que en otros analistas aparecen secos e inamenos, adquieren bajo la pluma del viejo general animación y vida. El primer volumen interesa como un grande y trágico drama, y los actores se mueven en él con majestad digna de una trilogía de Schiller.

Sobresale Posada en la narración de las situaciones decisivas y patéticas, como es de ver en las páginas que dedica a aque-

nefando y siempre oscuro episodio de nuestra historia: el asesinato de Sucre.

Fuera de este libro fundamental, se publicaron en el período de que tratamos obras históricas importantes, como las *Memoorias para la historia de la Nueva Granada, desde el descubrimiento hasta 1810*, publicadas en 1850 por el Dr. José Antonio Plaza (1809-1854); y el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XVI*, obra editada en París en 1848 por el general Joaquín Acosta, nacido en Guaduas en 1800 y muerto en el mismo lugar en 1852. Acosta fué un sabio benemérito que, además de este libro, tan valioso por la investigación como agradable por el estilo, dejó otros trabajos, como sus *Lecciones de geología*, y la traducción de los *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales*, de Boussingault. Reimprió en París el *Semanario de Caldas*, y no fué extraño—según nos manifestó el Sr. Menéndez y Pelayo—a la inclusión de las elegías de Castellanos en uno de los primeros tomos de la Biblioteca de Rivadeneyra. Escribió la biografía de Acosta su hija y heredera de sus aficiones históricas, D.^a Soledad Acosta de Samper, esposa de D. José María Samper, cuya fecundidad poligráfica casi emuló en su larga y laboriosa existencia. Entre sus libros de historia alcanza particular aprecio el titulado *Biografías de hombres ilustres o notables relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización*, impreso en Bogotá en 1883. Fue también novelista la Sra. Acosta de Samper, y entre sus producciones novelescas figura la relación *Teresa la limeña*, impresa con otras narraciones en Gante en 1869. Es obra algo romántica, escrita en fácil y vigoroso estilo, que revela la plenitud de facultades de la narradora. Combinó la historia con la ficción en los cuadros que constituyen *Los piratas en Cartagena*, Bogotá, 1886. Publicó, además, otros muchos trabajos históricos y biográficos, viajes, libros relacionados con la educación y acción social de la mujer, etc., además de revistas como *La Mujer*, de que era úni-

ca redactora. Esta parte de su labor es más didáctica que literaria. Falleció en Bogotá en 1913.

Pertenecen también al dominio histórico los trabajos (no muy abundantes por desgracia) de uno de los varones más preclaros que tuvo la Nueva Granada: nos referimos al integérrimo repúblico y sabio internacionalista D. Pedro Fernández Madrid, hijo del poeta D. José. Nació accidentalmente en La Habana, a donde había emigrado su padre, en 1817, y se educó en la Universidad de Oxford. Fué un tipo acabado de *scholar*, un ejemplar de perfecta cultura en lo político y en lo literario. Como D. Andrés Bello, se negó tenazmente a ocupar puestos de primera clase en el ramo de Relaciones Exteriores, prefiriendo desempeñar cargos secundarios que le permitiesen llevar a cabo investigaciones y estudios en provecho de su patria. Así escribió sus informes sobre los límites de Colombia con el Brasil y con Costa Rica y su clásico estudio sobre *Nuestras costas incultas*. Con ellos dejó sentadas Madrid bases firmísimas para la defensa de nuestros derechos territoriales. Obra de su pluma es una preciosa biografía del prócer General Francisco de Paula Vélez. Pero donde pueden apreciarse mejor la exquisita cultura, la vasta ilustración, el claro ingenio y el elegante estilo de Madrid es en su correspondencia epistolar, de la cual publicó buena parte *El repertorio colombiano*. Ya trate temas políticos, ya históricos, ya literarios, ya se mantenga en los límites de una cariñosa intimidad, es Madrid un modelo en este género tan difícil y tan poco cultivado en su forma genuina por los escritores españoles. De los epistolarios publicados en Colombia, el de Madrid y el de Caldas ocupan el primer lugar. Falleció Madrid en el pueblo que hoy lleva su nombre en Febrero de 1875.

Sirvió también a la patria, en asuntos de límites, D. Justo Arosemena, nacido en el mismo año que el Sr. Madrid. Fué hombre altamente respetable, y de sus grandes conocimientos dan idea su estudio sobre *Límites entre los Estados Unidos de Colombia y*

los Estados Unidos de Venezuela, publicado en Bogotá en 1881, y sus *Estudios Constitucionales sobre los Gobiernos de la América latina*. 2 vol. París, 1878. Arosemena tuvo una lucida carrera diplomática y fué periodista en el Perú. Nacido en el Istmo, no flaqueó en su pecho el amor de la patria, y dejó una memoria limpia entre los hombres públicos de Colombia.

Grande humanista como Madrid fué el Dr. Manuel María Mallarino, hijo de Cali (1808-1872), orador elocuente y hombre de Estado, a quien tocó firmar, como Ministro de Relaciones Exteriores del General Mosquera, uno de los actos más trascendentales que ha ejecutado el país: el Tratado de 1846 con los Estados Unidos. Llamado a ejercer la presidencia en época difícil, pasada apenas una gran revolución (1854), presidió una administración que todos los partidos han juzgado como modelo de honradez y de justicia. En *La Caridad* hay algunos artículos literarios suyos y una elegante traducción del diálogo *De la vejez*, de Cicerón.

El predominio de las ideas conservadoras en el Gobierno y en la legislación terminó con la revolución iniciada en 1860 por el General Tomás Cipriano de Mosquera y con la expedición en 1863, de la Constitución de Rionegro, en donde se estableció, en todo su rigor, el sistema federal a imitación de los Estados Unidos y las libertades absolutas, preconizadas por el liberalismo francés de entonces. Fué agente principal en el campo de las ideas de esta transformación radical en nuestra vida constitucional el Dr. Manuel Murillo Toro por medio de su periódico *El Tiempo*, desde cuyas columnas ejerció en el país grande y decisiva influencia. Murillo ocupó por dos veces la presidencia de la República y dirigió por largos años el partido radical con habilidad parecida a la que en España desplegó Sagasta. No era Murillo un escritor brillante, pero sí un periodista hábil; y si bien es cierto que algunos de los mejores artículos de *El Tiempo* no son de su pluma, sino de las muy expertas de Rafael Núñez, Santiago Pérez y Pablo Arosemena—según revelación de

éste último—, el hecho es que Murillo era el alma de esa política, el que, como dijo D. Carlos Martínez Silva, supo aplicar la piqueta a las grietas de nuestra relajada organización social, minando el cuarteado edificio que dejaron los fundadores de la República. Puede observarse que las grandes transformaciones en Colombia han sido preparadas y realizadas en mucha parte por un periódico famoso. *El Tiempo* no tuvo en el campo opuesto opositor de semejante talla; esto explica en parte el éxito de la revolución; estaba el campo preparado.

El éxito indudable del género de costumbres y de la poesía festiva no ahogó otras manifestaciones artísticas. Y es de verse que hubo escritores en quienes coexisten tendencias románticas con la afición al género de costumbres. Tal se observa en Hermógenes Saravia, costumbrista en su artículo *Percances de un estudiante*, apasionado y patético poeta de tinte romántico en su magnífica poesía *En la tumba de María Herrera*. Otro tanto acontece con el dulce cantor de *Lágrimas y espinas*, Daniel Mantilla, autor de *El poeta llorón* y otros ensayos de este género. Mantilla dejó lindas páginas biográficas y necrológicas que anunciaban un grande escritor. D. José Joaquín Borda fué asimismo intérprete del *Childe Harold* de Byron, autor de un volumen de versos románticos y colector de un tomo de cuadros de costumbres. Borda fué un infatigable trabajador en la prensa y en el libro. Dejó, entre otras, dos obras dignas de aprecio: su *Historia de la Compañía de Jesús en Colombia* (dos volúmenes), Poissy, 1872, y la *Historia de Colombia contada a los niños*, Bogotá, 1876. En sus últimos días, herido ya por la muerte, escribió su mejor poesía: el solemne y cristiano romance que lleva este conmovedor título: *A los que vean mi cadáver*. Borda, nacido en 1835, falleció en Bogotá en 1878. A estos nombres debe agregarse el de la dulce poetisa religiosa D.^a Silveria Espinosa de Rendón (1815-1886).

Al lado de estos poetas menores del romanticismo brillan otros de personalidad más definida y vigorosa. Mario Valenzuela, íntimo amigo de Vergara y de Carrasquilla, fué un discípulo,

tanto en verso como en prosa, de José Eusebio Caro. Nació en Bogotá en 1836, y vive aún, para honra de la Patria y de la Iglesia. Muy joven entró en la Compañía de Jesús y renunció al cultivo de la poesía. Pero en los breves años de su actividad literaria alcanzó a dejar bellas muestras de su ingenio, que constan en la colección de sus poesías (Bogotá, 1859), hecha por sus amigos. ¡*Triunfaste!* es un modelo de poesía idealista, en que el sentimiento amoroso flota en regiones vecinas de la elección mística, y la mujer aparece viva y real, pero transfigurada por un rayo de luz sobrenatural. *Recuerdo* parece, por su brevedad y delicadeza, una anticipación de la poesía becqueriana. En prosa dejó sus *Apuntamientos sobre el principio de utilidad*, que, por el vigor incisivo del estilo, el colorido poético, la vehemencia afectiva, recuerdan un escrito célebre de Caro, ya citado. Es de sentirse que la renunciación del mundo haya sido tan completa en el Padre Valenzuela que nos haya privado de los frutos que podrían esperarse de su gran talento y de su profunda ciencia, de los cuales es último testimonio el precioso libro *Compendio del Código civil en armonía con la conciencia*. Panamá, 1910. Tiene Valenzuela una gloria parecida a la de Ozanam en Francia, pues fué el fundador de la admirable Sociedad de San Vicente de Paul en Bogotá.

José María Pinzón Rico (1834-1887) es el tipo del trovador fácil, armonioso y rotundo, cuyas estrofas se gravan en la memoria y son grata música para el espíritu. Tuvo gran popularidad en su tiempo; hoy se conoce más su nombre que sus versos; pero tendrá siempre puesto en las antologías *El despertar de Adán*, canto de inspiración genésica, en cuyas estrofas bullen auras del paraíso y se sienten vibraciones de la energía vital, animadora del mundo.

Si Pinzón Rico guarda huellas del bardo romántico, en cambio fué cultivador de un noble clasicismo D. Belisario Peña, natural de Zipaquirá y que residió la mayor parte de su vida en el Ecuador. Peña es el poeta místico de nuestra literatura; sus

cantos guardan aroma de incienso y olor de nardo evangélico. Su alma tierna, apasionada e ingénua, se derrama a los pies del altar, reflejando panoramas celestes en el limpio cristal de sus aguas. Pero no fué solamente poeta afectivo; se elevó a las alturas de la poesía teológica, como discípulo de Dante, en su extenso canto a la Inmaculada Concepción. Peña trabajaba mucho, a veces con exceso, la forma poética, y en ocasiones la nobleza del estilo degenera en artificio. Cultivó la poesía elegíaca, y a este género pertenece su mejor composición; la dedicada a la muerte de Francisco Ortiz Barrera: inspiración melancólica, de intenso sentimiento y suaves rasgos descriptivos, con algo de la penetrante música lamartiniana. Peña nació en 1836 y falleció en 1906. Sus poesías fueron coleccionadas por el sabio Arzobispo de Quito, Sr. González Suárez.

Hermano de Peña en poesía fué el padre Teódulo Vargas, que residió también largos años en Quito, y allí escribió sus mejores poesías, entre las cuales sobresale *El crucifijo del jesuita*, obra de admirable inspiración ascética, que se desarrolla sin tropiezo en amplio raudal de ondas armoniosas.

Nació en Colombia, de madre colombiana, y pasó sus primeros años en su ciudad natal, Cartagena, un poeta que fué ornamento de la literatura venezolana, pero que también podemos reclamar por nuestro: éste es José Antonio Calcaño, el más ilustre representante de una gloriosa dinastía literaria. Calcaño, como Peña, fué un poeta de suave inspiración religiosa; profundamente ortodoxo, como lo demuestra su oda *Al Concilio Vaticano*, cultivador de la forma clásica. Pero su residencia en Inglaterra lo hizo recibir influencias de la poesía romántica del Norte; y de allí procede esa inspiración melancólica y soñadora, que ya gime en las estrofas de *La saboyana*, ya se goza en revivir bellos panoramas y dulces recuerdos en las admirables estrofas *A orillas del Tamaira*. También nació en Colombia y vivió en Venezuela Amenodoro Urdaneta, poeta y sobre todo erudito, como lo manifiesta en su libro *Cervantes y la crítica*, que ha merecido el ho-

nor de ser citado frecuentemente y con elogio por el gran cervantista Rodríguez Marín en su comentario del *Quijote*.

Ahora comparece una de las figuras más originales de nuestra literatura: Diego Fallón (1834-1906). En él, como en Isaacs, había una mezcla de razas que probablemente contribuyó a dar sello especial a su genio. Matemático, ingeniero graduado en Inglaterra, músico insigne, inventor de un nuevo e ingenioso método de notación musical, conversador inagotable, de cuya mente brotaban en tropel las imágenes como chisporroteo de fuegos artificiales, era Fallón, como poeta, el más reverente y escrupuloso cultivador del arte, el más anheloso de buscar la perfección pura y sin mancha. De aquí que, poseyendo tan viva fantasía, siempre en ebullición, y facilidad tan admirable para improvisar, dejase por todo haber unas pocas composiciones, que se pueden contar con los dedos de la mano. Tres son las piezas características de Fallón: *La luna*, *La palma* y *Las rocas de Suesca*. La primera tiene algo de la inspiración etérea, de la música sutil y arrobadora, de la extraña mezcla de hondo pensar y de visionaria fantasía que caracteriza los cantos de Shelley. Nunca en nuestras letras se habían presentado panoramas más solemnes y fantásticos, ni se había interpretado el simbolismo de la naturaleza con acento más sugestivo y profundo. El poeta, después de pintarnos el mundo físico con suaves y evanescentes matices, nos hace inclinar la frente ante la impresión de lo eterno y lo infinito. Algunas estrofas de *La luna* alcanzan la esfera de lo sublime; son como ráfagas del mundo sobrenatural. *La palma* ofrece construcción más arquitectónica; es menos musical que *La luna*, pero tiene más precisión de líneas; recuerda algo el estilo de Bello, pero con ritmo más muelle y gentil. *Las rocas* son ejemplar único de poesía científica con formas humorísticas: el poeta, con evocación titánica, reúne un aquelarre de monstruos prehistóricos, los hace hablar con voces majestuosas y revelarnos, en tono oracular, sus milenarios orígenes. Fallón juega con lo sublime como otros con lo trivial y prosaico. Fallón po-

dría clasificarse como parnasiano por su inspiración objetiva y el primor exquisito de sus estrofas, que tienen la transparencia de diamantes tallados por un orfebre.

Entramos ahora en un nuevo período, que puede caracterizarse por la fundación de la Academia de la Lengua y la publicación del *Repertorio Colombiano*, que Menéndez y Pelayo consideraba como la mejor revista de su clase en la América Española. En esta época predomina la influencia de dos preclaros varones, hijos de Bogotá, cultivadores de estudios similares y cuya carrera empezó casi a un tiempo mismo y terminó gloriosamente con diferencia de pocos años; sus nombres fueron: Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. Nótase en este período un mayor acercamiento a España; una afición más decidida al esmerado y correcto cultivo de la lengua; el desarrollo de los estudios filológicos; el predominio del buen gusto, aun en géneros antes descuidados. Caro (1843-1909) es el literato más completo que ha tenido Colombia, el cerebro mejor organizado del país, según frase de su adversario D. Carlos Martínez Silva. Desempeñó Caro en Colombia un papel análogo al de Bello en Chile, por la autoridad de su magisterio, la eficacia civilizadora de su influencia, la rica variedad de sus facultades. Ambos fueron insignes polígrafos, poetas y jurisconsultos, críticos y filósofos, humanistas a la manera de los grandes hombres del Renacimiento. Pero Bello era un patriarca que enseñaba en el sereno ambiente de la cátedra, y Caro un luchador formidable, que crecía en la contradicción y a quien la musa de la indignación ponía en los labios frases de destructora ironía. Ambos se habían criado en el estudio y en la admiración de la literatura latina, y de esta educación guardaron cierta grandeza y majestad de pensamiento; el instinto de proporción y de regularidad, que busca la eutimia de las formas y da a las construcciones intelectuales la sólida estructura de las obras arquitectónicas. Ambos tuvieron fijos los ojos en la Roma antigua para cuanto se refiere al arte y a la jurisprudencia, y a la Roma cristiana para cuanto se relaciona con las creencias y

los anhelos suprasensibles del hombre. Caro, como todo espíritu superior, buscaba, con impulso irresistible, la unidad. La anarquía religiosa e intelectual lastimaba las más hondas tendencias de su mente. Pero no quería la unidad tiránica del despotismo oriental, que anula la voluntad y paraliza el pensamiento, sino la que permite el armonioso desenvolvimiento de la actividad humana en la rica variedad de sus manifestaciones. Predomina en Caro una potente facultad analítica, que le sirvió en sus campañas de *El Tradicionista* para conmover el edificio de la política radical e hizo de él el primer crítico literario del país, en sus hermosos estudios del *Anuario de la Academia* y del *Repertorio Colombiano*; que dió agudeza a su criterio filológico en el *Tratado del participio* y en la *Sintaxis latina*; y lo adiestró para interpretar las leyes con la novedad que revelan sus informes como Consejero de Estado y varios de sus Mensajes presidenciales; que lo hizo irresistible en la polémica periodística y en la tribuna parlamentaria. Todo vacilaba y se convertía en polvo al empuje de aquel ariete intelectual, que asestaba golpe sobre golpe. Pero este poder de análisis no se opuso al desarrollo del sentimiento poético en el alma de Caro, que empezó y cerró su carrera escribiendo versos. Su primer volumen de *Poesías* (1866), obra juvenil, contiene más traducciones que obras originales (como ocurre también en los *Estudios poéticos* de Menéndez y Pelayo), y se ven por donde quiera huellas de los clásicos españoles, especialmente de León y de los poetas sevillanos. Estas composiciones son más bien ejercicios de estilo que verdaderas inspiraciones, a excepción de la bellísima silva *A Eugenia Bellini*. Más adelante, su pasión amorosa por la distinguidísima dama que fué compañera de su vida renovó su inspiración, que en el libro *Horas de amor* adquiere blandas y delicadas formas; y en vez de la rigidez de líneas, busca la vaguedad e imprecisión de la poesía musical. Allí alternan con las liras y tercetos clásicos combinaciones estróficas de corte romántico. El poeta sigue el vuelo vagaroso de *Las aves*; siente el íntimo encanto de *Las*

almas buenas; expresa la emoción de una mirada pensativa; se mece en la red aérea de los *Sueños*. El género favorito de Caro era la meditación filosófica y elegíaca, como lo comprueban sus dos obras maestras: *La vuelta a la patria* y la oda *A la estatua del Libertador*, en la cual expresó Caro la tristeza infinita del héroe. Como traductor en verso dejó su versión completa de Virgilio, colocada por Menéndez y Pelayo en primer puesto entre las castellanas, y gran cantidad de traducciones de autores clásicos, especialmente Tibulo y Horacio, y de poetas modernos como Lamartine, Byron y Sully-Prudhomme. En este género tiene pocos rivales en castellano. Su talento filosófico se exhibe principalmente en su informe universitario sobre la filosofía de Tracy, y en su libro sobre *El utilitarismo*, donde expone, en todo su rigor, las consecuencias del sistema de Bentham. Su certero criterio filológico resplandece en el discurso académico sobre *El uso en sus relaciones con el lenguaje*. La Constitución de 1886 es, en sus líneas generales, obra suya. Tenía Caro mucho de la rigidez majestuosa, de la lógica implacable, de la extremosidad afectiva de José de Maistre, a quien rendía verdadero culto. Como él desdeñó la efímera popularidad, por recrearse, en cambio, en la contemplación de las ideas puras y eternas y de las formas perfectas.

Rufino José Cuervo (1842-1911) tuvo también muy variadas facultades; pero las concretó en un solo punto: en el cultivo de la filología, pasión de toda su vida. Casi puede llamarse autodidacto, pues cuando fué a Europa ya dominaba los idiomas clásicos, el árabe y el sánscrito, y había hecho suya la ciencia de los grandes maestros alemanes organizadores de la filología comparada. Sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, publicadas en 1872, llamaron la atención de Pott y de Dozy y ejercieron profunda influencia en Colombia y aun en el resto de América. El autor, con pretexto de corregir el idioma familiar de sus paisanos, penetraba en arduas cuestiones filológicas y las resolvía con sabio y sagaz criterio. El libro, al revés de lo que

ordinariamente sucede, contenía más de lo que permitía esperar su modesto título. Emprendió luego Cuervo la empresa más audaz que ha acometido hasta hoy ningún filólogo de nuestra lengua: el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, del cual se publicaron en París dos grandes volúmenes (1886-1893). Esta obra, desgraciadamente inconclusa, despertó unánime admiración en el mundo sabio y mereció a su autor el calificativo—que le dió Menéndez y Pelayo—de filólogo el más insigne que la raza española produjo en el siglo xix. Allí lucen al par la investigación minuciosa y erudita que explora los más remotos arcanos de la lengua y el análisis sutil y verdaderamente genial que sorprende y clasifica los más delicados matices del uso y sigue la evolución del idioma desde sus orígenes hasta el tiempo presente. Hay artículos del Diccionario que son verdaderas monografías, en que la sola ordenación y exposición lúcida de la materia demuestra una inteligencia superior. Cuervo se exhibe como un Cuvier de la libre y opulenta sintaxis castellana. En medio de esta labor absorbente tenía tiempo para ejecutar otros sabios trabajos, como las *Notas a la Gramática de Bello*, que acrecieron en más de una tercera parte el volumen de esta obra clásica; la monografía sobre los casos enclíticos y proclíticos y estudios sobre el castellano en América y sobre curiosidades del idioma antiguo, con los cuales enriqueció las páginas de la *Romania*, de la *Revue Hispanique* y otras publicaciones doctas. En sus últimos tiempos trabajaba en una obra que pensaba titular *Castellano popular y castellano literario* y de la cual dijo el insigne filólogo alemán Lenz que «cambiaría de un día a otro el aspecto de la filología hispanoamericana». Bello y Cuervo son los dos grandes filólogos de la América española: el primero, educado en la escuela de los gramáticos franceses y de los lógicos ingleses de principios del siglo, suplió, con sus anticipaciones geniales, la deficiencia de la lingüística de su tiempo y analizó el mecanismo de la conjugación castellana y el uso de las partículas y las reglas de la concordancia con precisión y

sutileza admirables. Cuervo continúa la obra de Bello con espíritu analítico no menos fino, y poniendo a contribución el método comparativo e histórico. Entre los grandes sostenedores de la unidad hispánica en ambos mundos debe contarse a Cuervo, pues su influencia fué decisiva en el sentido de mantener la integridad del idioma, sin desdeñar por eso la evolución del castellano en los diversos países de América. Cuervo, en su postrera época, llegó a creer, como hombre de ciencia, que en un remoto porvenir podría ocurrir con nuestro idioma lo que sucedió al latín después de la invasión de los bárbaros; esto es: su fraccionamiento y transformación en nuevos idiomas; pero como cultivador de la lengua jamás juzgó deseable esa disolución, ni quiso, como D. Juan M. Gutiérrez, apresurarla, propendiendo desde ahora a la formación de un idioma americano. Gráficamente expresó su manera de ver con estas palabras: No porque uno crea que nuestros cuerpos, sin remedio, han de venir a ser pasto de gusanos deja de asearse y aderezarse lo mejor que puede. Escribía Cuervo el castellano con sencilla elegancia, con admirable precisión y claridad, con la honradez del sabio que no quiere decir ni más ni menos de lo que juzga la verdad: no hay en sus libros vaguedades ni indecisiones, ni figuras retóricas que oculten la contradicción o inanidad del pensamiento. La palabra fluye con la transparencia del río que deja ver los granos de oro del fondo. Tenía Cuervo un vivo sentimiento del arte y era crítico de primer orden, como puede verse en su estudio sobre el *Virgilio* de Caro. En unión de su hermano Angel publicó en dos hermosos volúmenes la *Vida de D. Rufino Cuervo*, su padre; obra de las más importantes de la historiografía colombiana.

Sorprende en Cuervo y en Caro la precocidad de su formación intelectual en un medio impropicio: en los primeros años de la juventud escribieron la *Gramática latina*, que la Real Academia Española juzgaba, en 1891, como la mejor que hasta entonces e hubiese publicado en nuestra lengua. Ambos adquirieron

desde entonces una autoridad que generalmente sólo se concede al prestigio de los años maduros.

Colaboró con Cuervo en una empresa juvenil otro distinguido filólogo bogotano: D. Venancio González Manrique (1836-1889). Era docto en lenguas antiguas y modernas y dejó elegantes traducciones de libros didácticos. Es de lamentarse que sus trabajos propios sean tan escasos. En 1871 se publicó en Bogotá la *Muestra de un diccionario*, por Rufino J. Cuervo y Venancio G. Manrique. Comprende dos letras del alfabeto: la *h*, que redactó el primero; la *l*, que es obra del segundo. Proponíanse los autores dar grande importancia a la parte etimológica de que por entonces había prescindido el léxico de la Academia Española, y autorizar cada uno de los significados de las palabras con ejemplos de autores clásicos, renovando así el primitivo *Diccionario de autoridades*. El señor Cuervo relegaba este ensayo a la categoría de «las ignorancias de la juventud».

Grande amigo de Cuervo fué D. Ezequiel Uricoechea (1834-1880), uno de los hombres que han honrado más la ciencia colombiana. Era naturalista eminente, gran conocedor de las antigüedades de la Nueva Granada, sobre las cuales publicó una *Memoria*, en Berlín, en 1854. Desde los tiempos del P. Lugo no se había publicado sobre la lengua de los aborígenes libro tan importante como éste: *Gramática, vocabulario, catecismo y confesionario de la lengua chibcha, según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados y corregidos por E. Uricoechea*. París, 1881. En 1872 escribió, en forma de carta dirigida a D. Juan Eugenio Hartzenbusch, el *Alfabeto fonético de la lengua castellana*, opúsculo en el cual consignó Uricoechea finas observaciones sobre los varios sonidos que ofrecen al hombre de oído educado varias de las letras castellanas; diferencias que pasan inadvertidas para la mayor parte de las gentes. Uricoechea obtuvo por oposición la cátedra de árabe en la Universidad de Bruselas, y para uso de los estudiantes tradujo en francés y arregló la *Gramática árabe* de Caspari. Murió este sabio compatriota en el

año de 1880, en Beyrout, cuando se dirigía a la Siria, en donde pensaba pasar algún tiempo entregado a estudios lingüísticos. Dejó inconclusos varios trabajos, entre otros un tratado de mineralogía. Uricoechea no era un escritor como Caro o Cuervo: su larga residencia en el extranjero, su afición a escribir en otros idiomas y hasta su propio temperamento, más inclinado a la investigación científica que a los primores literarios, lo alejaron del cultivo del arte de la palabra: era un puro hombre de ciencia.

Se ha dicho que Bello escribió en Chile sus obras gramaticales; pero que sus principales discípulos florecieron en Colombia. Bastarían para acreditarlo las notas de Caro a la *Ortología* y las de Cuervo a la *Gramática*. Pero debemos anotar los muchos compendios, algunos excelentes, de esta última obra, debidos a escritores tan autorizados como Santiago Pérez, César C. Guzmán, Rafael Celedón, Diego R. de Guzmán, Enrique Alvarez Bonilla, el P. Yori, Jorge Roa, Francisco Marulanda Mejía, Benedetti, etcétera. Entre estos libros descuella la *Gramática práctica de la lengua castellana*, de D. Emiliano Isaza, autor, además, de un erudito *Diccionario de la conjugación castellana*. Pero pocos tributos tan valiosos como los *Estudios gramaticales*, de D. Marcos Fidel Suárez, que publicó en 1885 la *Colección de escritores castellanos*, de Madrid. Suárez es el heredero intelectual de Caro y de Cuervo y la más alta personalidad literaria de las que aún conserva la República. Aquel libro es un profundo comentario de la *Gramática*, de Bello, avalorado con observaciones originales que completan, y en ocasiones rectifican, puntos importantes que trató el filólogo venezolano. En el *Repertorio colombiano* publicó interesantes muestras de una *Gramática histórica de la lengua castellana*, y de vez en cuando luce su pericia filológica en estudios como *El castellano de mi tierra* (1910). Ha sido Suárez acreditado expositor de derecho internacional en sus informes presentados al Congreso como Ministro de Relaciones Exteriores (1892-1894-1915-1916-1917). Algunos documentos

emanados de su pluma con ocasión de la guerra universal han sido reproducidos como papeles de Estado por revistas europeas. En el volumen de sus *Escritos escogidos* figuran ensayos filosóficos y estudios biográficos, en donde lucen la ilustración vasta y profunda, el criterio sereno y agudo, el noble decir del autor. Suárez merece el calificativo de prosista clásico por la corrección, transparencia y distinción del estilo, que se eleva sin esfuerzo a las más altas cumbres del pensamiento o aguza la frase con ironía verdaderamente ática. Su oración sobre Jesucristo (1913) es una de las mejores páginas de nuestra literatura religiosa. La nación ha postulado a Suárez para la presidencia de la República en el próximo período.

En el tiempo que va de la Constitución del 63 a la del 86 hubo ardiente lucha entre los dos grandes partidos en que siempre ha estado dividida la República, lucha que terminó con el triunfo del partido conservador. En ese período, de fecunda actividad intelectual, brillaron en uno y otro campo hombres ilustres en la prensa, en el parlamento, en el foro y que, además, fueron cultivadores, con más o menos intensidad y constancia, de las bellas letras. Figura en primer término el ardiente paladín de la causa conservadora, Dr. Carlos Holguín (1832-1894), polemista formidable y orador parlamentario que conocía y manejaba como maestro todos los recursos de su arte e imponía respeto con su porte altivo, que recordaba el del tercer Napoleón, y con los apóstrofes de su voz fulmínea. Era uno de esos seres que, por la plenitud y riqueza de sus facultades, por su energía y su ardiente vitalidad, hacen exclamar a quien los contempla: ¡este es un hombre! En sus *Cartas políticas* hizo, con ardor de combatiente y en polémica con adversario tan diestro como don Santiago Pérez, la historia de los errores políticos que dieron en tierra con el radicalismo. Hombre de gran cultura histórica y literaria, dejó muestras de lo que hubiera podido hacer en este terreno en los *Estudios históricos* sobre la independencia y sobre Desbarreaux y la Francia de Luis XIII, que publicó en el *Re-*

peritorio Colombiano. Holguín fué el primer ministro de Colombia en España y ocupó la Presidencia de la República de 1888 a 1892.

Digno contrincante de Holguín, y a la postre copartidario suyo bajo la jefatura de Núñez, fué el Dr. Ricardo Becerra (1836), orador elocuentísimo y periodista que tomó parte en los asuntos públicos, no solamente en su patria, sino en Chile y en Venezuela. Son célebres sus catilinarias contra el dictador Cipriano Castro. Becerra escribía con gran vigor y fuego de alma, y en todos sus escritos se ostenta su temperamento oratorio, como es de verse en la introducción a su obra capital *La vida de don Francisco Miranda*, publicada en Caracas en dos grandes volúmenes. De este libro ha dicho el historiógrafo norteamericano Robertson que es lo mejor que se ha escrito sobre el prócer venezolano.

En el campo radical brilló como orador el Dr. José María Rojas Garrido (1823-1883), discípulo en filosofía del Dr. Ezequiel Rojas, jurisconsulto y poeta y sobre todo orador y tribuno, dueño de la voz más hermosa que ha resonado en nuestras Cámaras y hombre de imaginación florida y de un estilo armonioso y rotundo, muy propio para seducir a las multitudes en la celebración de fiestas nacionales. Tenía algo de la oratoria de Castelar, aun cuando estuviese muy lejos de poseer la enorme cultura intelectual del político español.

El Dr. Aníbal Galindo (1831-1901) cultivó los estudios económicos e internacionales. Suyo es el alegato que presentó Colombia al Rey de España en el arbitraje de límites con Venezuela. De su larga carrera pública quedan interesantes recuerdos en su libro de memorias, en donde consignó el fruto de su experiencia, más como hombre nacional que como miembro de un partido político. En 1888 publicó en Europa *Las batallas decisivas de la libertad*, adaptación de la obra inglesa de Mr. Creasy, con adición de algunos capítulos en justo homenaje a Bailén, Boyacá y Ayacucho. De las aficiones literarias de Galindo da testi-

monio su traducción en prosa de *El Paraíso perdido*, de Milton, impresa en Gante con el texto original.

Don Miguel Samper (1825-1899), hermano de D. José María, no tuvo la brillantez imaginativa de éste ni ejercitó su actividad en tan variadas direcciones. Jefe de una respetable casa de comercio, hábil hacendista, liberal de tipo inglés, se ocupó preferentemente en asuntos administrativos, y en los dos volúmenes de sus *Estudios económicos* condensó el resultado de sus largas meditaciones, de su práctica de los negocios y de la lectura de los economistas europeos de la escuela liberal. Era expositor claro, sesudo y metódico, más atento, según el consejo de Bacon, al fruto que a las flores. De su actividad científica y de su acción política fué panegirista el Dr. Carlos Martínez Silva (1847-1901), que, después de haber sido el campeón del conservatismo puro en sus revistas de *El Repertorio Colombiano*, acabó por atemperarse al criterio político de Samper, a quien llamó «el gran ciudadano». Fué Martínez Silva cultivador de los estudios económicos y tomó como tema para su discurso de entrada en la Academia Colombiana, a Cervantes considerado como economista. Tenía como periodista pluma ágil, acerada, sarcástica, que le permitió adelantar campañas demoledoras, primero contra el Gobierno radical y luego contra el Gobierno conservador que lo sustituyó. Dejó páginas literarias de elegante estilo, en que se revela un publicista de primer orden. Como profesor de ciencias políticas ejerció grande influencia sobre la juventud.

Camilo Antonio Echeverri (1827-1887) fué un espíritu inquieto y movedizo, extremo siempre en sus diversas evoluciones y que dejó, en el terreno literario, artículos de sabor francés y estilo cortado y sentencioso, en donde chisporrotean rasgos de ingenio mezclados con otros de dudoso gusto. Era Echeverri un equilibrista intelectual que sutiliza las ideas y juega con las palabras. D. Medardo Rivas (1825-1901) fue escritor más fecundo que Echeverri. Formóse también en la escuela francesa, pero no adoptó el giro cortado y antitético que es tan contrario a la in-

dole del castellano. Escribió con fácil y brillante estilo narraciones y viajes y fué editor de valiosas obras históricas.

Citaremos ahora a dos ilustres repúblicos, liberal el uno, conservador el otro, ambos de gran autoridad y rectitud personal, publicistas renombrados, y cada uno de los cuales dejó un estudio literario que es una joya y nos hace lamentar que no hubieran dedicado mayor espacio y cultivo a este género de trabajos. Es el primero D. Salvador Camacho Roldán (1827-1900), ardiente periodista radical en su juventud, pero siempre independiente y noble en sus acciones. Su fuerte fué la estadística, y de sus datos están llenos libros tan interesantes como sus *Notas de viaje* (Colombia, los Estados Unidos, 1891). Invitado a escribir el prólogo de las poesías de su condiscípulo Gutiérrez González, hizo un extenso estudio, en el cual mezcló gratos recuerdos personales con atinados juicios literarios, y colocó la figura del poeta en el medio en que se formó y que contribuyó al desarrollo de su inspiración, trazando así, en sobrio y elegante estilo, una preciosa página de historia literaria.

El otro personaje es D. Sergio Arboleda (1822-1888), hermano menor de D. Julio y muy poco parecido a éste, pues cuanto en el poeta había de fuego, de imaginación ardorosa, de arranque espontáneo é irresistible, era en el otro reflexión fría, seriedad sajona, austeridad casi puritana. Lució sus dotes de publicista en periódicos como *El Deber* y *La Voz Nacional*, leídos y acatados por su partido y respetados por el adversario. Su estudio sobre *La República en la América española*, dado a la luz en 1880 con el pseudónimo *G. de Soron*, es uno de los mejores folletos políticos que se han publicado en el país. Encargado por la Academia Colombiana de contestar el discurso de Martínez Silva, antes citado, puso en su punto la cuestión cervantina, distinguiendo el genio creador que brilla en el *Quijote* tanto como en la *Iliada*, y la cultura científica, en que Cervantes queda muy por bajo de no pocos de sus contemporáneos, como Saavedra Fajardo, Quevedo, etc. Esta disertación, escrita en época de gran fu-

ror cervantino, en que Benjumea y otros pretendían imponer sus descabelladas hipótesis, es, con el estudio de Caro, lo mejor que la crítica literaria ha producido en América sobre un tema tantas veces explotado.

Merece un simpático recuerdo Adriano Páez (1844), redactor por varios años de la revista literaria *La Patria* (1877-1880), desde cuyas columnas realizó una activa campaña en favor de las letras nacionales, con patriotismo sincero y ánimo generoso. Alentó a nuestros talentos, que entonces empezaban a manifestarse. Fué escritor ameno, ingenioso y entusiasta. Sus aficiones y cultura eran francesas ante todo, y miraba con poca simpatía la tendencia académica. Alejado de la sociedad por horrible dolencia, no por eso dejó de cultivar la literatura ni de seguir con interés su desarrollo en el país.

Era en esa época, y sigue siendo por fortuna, representante del espíritu académico y de la literatura castiza D. Diego Rafael de Guzmán, que escribe en la lengua clásica no por artificio, sino por natural impulso de su espíritu y decisión imperativa de su gusto. Hizo un ensayo novelesco a estilo de las novelas ejemplares de Cervantes, y sus discursos académicos, como el muy notable sobre *La Novela*, merecerían haberse pronunciado en Madrid, en el recinto de la Academia Española, en los tiempos de D. Aureliano Fernández Guerra y D. Pedro Felipe Monlau.

En este período se publicaron algunas obras históricas dignas de aprecio. José María Quijano Otero (1836-1883) tenía tanto de espíritu poético como de afición al estudio de los archivos, y estaba animado de un intenso y sentimental patriotismo, que hace de su *Compendio de la historia patria para uso de las escuelas primarias* (Bogotá, 1874), un himno en honor de las glorias nacionales, propio para levantar los ánimos infantiles. Quijano Otero fue benemérito de la patria por estudios tan serios y documentados como su *Memoria histórica sobre límites entre la República de Colombia y el Imperio del Brasil* (Bogotá, 1879), y su

obra inconclusa *Límites de la República de los Estados Unidos de Colombia*, t. I (Sevilla, 1881).

El General Manuel Briceño (1849-1885), incansable luchador político en la prensa, en las Cámaras y en los campos de batalla, halló asunto adecuado a su fogoso temperamento en la insurrección de *Los Comuneros*, a cuyo centenario dedicó un animado relato. En *Los ilustres, páginas para la historia de Venezuela* (Bogotá, 1884), demostró hasta dónde podía llegar por el camino de la sátira histórica.

Temperamento muy diverso es el del Dr. Liborio Zerda (1833), decano de los hombres de ciencia, expositor de los modernos descubrimientos de la física en estudios claros y deleitosos, autor de memorias originales como la dedicada al *chichismo*, de interés nacional, y del libro *El Dorado* (Bogotá, 1881), sobre las antigüedades chibchas, que fué lisonjeramente juzgado por el gran crítico cubano D. Rafael María Merchán.

El Dr. Manuel Uribe Angel (1822), a semejanza del Dr. Zerda, cultivó las letras al par que las ciencias; fué eminente médico y patriarca intelectual de la juventud de Medellín. Su obra más importante es la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia* (1885), grande y hermoso volumen, adornado con ilustraciones. Escribió en Nueva York, para ser pronunciado en un centro hispano-americano, un elegantísimo discurso sobre Cervantes, que revela sus notables dotes de literato.

Sería una injusticia no consignar el nombre de Alberto Urdaneta, distinguido *amateur* en pintura y redactor del *Papel Periódico ilustrado*, en cuyos cinco volúmenes, editados de 1881 a 1888, reunió una galería de retratos y de biografías de los más notables colombianos y publicó trabajos interesantes para la historia, la literatura y el arte en Colombia. En esta y otras empresas de cultura gastó generosamente su fortuna personal. No era Urdaneta escritor, pero dejó sus amenas cartas de *Una*

excursión por España, que publicó el *Repertorio Colombiano*. Su nombre vivirá unido a aquella espléndida Revista, en la cual colaboraron los mejores escritores de Colombia.

Escritor modesto y laborioso, de los más útiles que ha tenido Colombia, fué Isidoro Laverde Amaya, autor de la *Bibliografía colombiana* (1882), cuyo auxilio es inapreciable para todo el que escriba sobre nuestras letras, y de libros amenos y simpáticos, llenos de juicios discretos y de datos curiosos, como *Viaje a Venezuela*, *Fisonomías de colombianos*, etc. La segunda edición de la *Bibliografía*, mucho más completa y redactada en forma más adecuada que la primera, quedó en la letra *M* por la enfermedad mental que abrevió la vida del autor.

Justo es, por último, recordar la influencia que ejerció en nuestras letras el citado Sr. Merchán, que era cubano de nacimiento, pero que formó en Colombia su hogar y aquí escribió sus *Estudios críticos*. Hombre de vasta erudición, de poderoso talento crítico, de tendencias conservadoras en materia de lengua y de estilo, de aficiones francesas en cuanto a su formación literaria, Merchán ejercía un magisterio muy propio para mantener a la juventud en el camino del buen gusto. Era un espíritu sereno y ponderado, en el cual la chispa del arte ardía bajo apariencias de un razonador analítico y frío.

No calló la poesía en este período de apasionadas luchas y de guerras civiles. Figuran poetas distinguidos, que ya siguieron las huellas de D. José Joaquín Ortiz, ya se acogieron bajo la enseña del Núñez de la primera época o de alguno otro de los poetas antes recordados. Los primeros descuellan en la oda heroica, en la poesía descriptiva, y manejan, como Ortiz, la silva de amplios y rozagantes pliegues. Cuéntanse en este grupo D. Ruperto S. Gómez (1837-1910), vigoroso cantor de Bello, laureado por la Academia Colombiana; D. Rafael Tamayo (1851), poeta quintanESCO en sus odas y discípulo de Selgas cuando canta a las flores; Arsenio Esguerra (1836-1875), dulce poeta de inspiración religiosa; Jorge Roa, que pronto abandonó la poesía por la prosa,

en la cual se ha distinguido por su estilo castizo y punzante; Luis A. Restrepo Mejía, malogrado ingenio que dió gallarda muestra de sí en su oda *Las glorias de la patria*; Fidel Cano (1854), célebre como periodista y cantor de blandos afectos domésticos en su bella silva *A un arbol*; y Agripina Montes del Valle, la más ilustre de las poetisas colombianas, cuya oda al *Tequendama*, llena de primores descriptivos y de rasgos de exquisita sensibilidad, supera a cuanto han escrito poetas nacionales y extranjeros sobre tan magnífico tema. Si esta señora cultivó el género de Corina, D.^a Mercedes Alvarez de Velasco manejó la lira apasionada de Safo en versos que le valieron la simpatía de D. Juan Valera y otros críticos.

En el otro grupo ocupan puesto preeminente: Diógenes A. Arrieta, orador vibrante y florido y versificador elegante; Antonio José Restrepo, estilista de cepa clásica y delicioso *causcur* en discursos y conferencias; y Candelario Obeso, malogrado y gentilísimo ingenio, autor de cantos populares, en que imita el dialecto de los bogas del Magdalena y expresa la tristeza de la raza a que pertenecía este noble y desdichado Otelo. No escribió versos, sino prosa, pero en ella lució dotes de verdadero artista, Juan de Dios Uribe, temperamento violento y excesivo, incapaz de distingos ni atenuaciones, flagelador injusto y cruel de sus adversarios políticos, radical avanzadísimo en ideas, pero de estilo muy castellano en su vibrante y masculina prosa. Sus escritos han sido coleccionados por su compañero de campañas periodísticas, Antonio José Restrepo, con el sugestivo título *Sobre el yunque*.

Francisco A. Gutiérrez se mostró discípulo de Fallón en su *Meditación*, en donde hay estrofas que recuerdan la religiosa idealidad de las de *La luna*. Roberto Mac-Douall conmovió la opinión pública en 1883 con *El joven Arturo*, feliz adaptación del género de las *Leyendas* de Batres. No tiene Mac-Douall la gracia picaresca de éste, ni su desenfado de estilo; pero sí chiste espontáneo y decoroso, fácil versificación y feliz ingenio.

Al lado de estos poetas, figuraba un grupo de jóvenes, de ingenio chispeante, de ameno trato social; grandes improvisadores, que animaban las tertulias de la época con las espontáneas y brillantes muestras de su inspiración. Entre los primeros de ese grupo se contaban Carlos Sáenz Echeverría, elegante lírico y autor de una zarzuela a la cual puso música la gentilísima artista D.^a Teresa Tanco de Herrera, y Roberto de Narváez, que dejó traducciones perfectas de Carducci y algunos delicadísimos sonetos originales. Consagró el recuerdo de ese grupo, especialmente de Narváez, otro de sus compañeros, el elegante escritor D. Roberto Suárez, en un artículo que publicó en el *Papel Periódico* ilustrado. En los viajes del argentino Cané hay también grata memoria de esos ingenios, que contribuyeron a dar carácter original a la sociedad elegante de entonces.

La épica literaria fué cultivada por D. Enrique Alvarez Bonilla y el Obispo de Santa Marta, D. Rafael Celedón. El primero (1847-1913) fue escritor laborioso y fecundo, autor de varios trabajos didácticos, poeta lírico en sus *Horas de recogimiento* y cantor épico de *Santa Fe redimida* y del *Macabeo*. El primero de estos poemas, que tiene por asunto la campaña de Boyacá, ofrece trozos descriptivos de magnífica inspiración, pero flaquea en otros aspectos del relato. Tradujo Alvarez en octavas reales, con la fidelidad que el metro permitía y con notable vigor de estilo, todo *El Paraíso perdido*, de Milton, traducción muy superior a la desmayada de Escoiquiz. También vertió, en diversos metros, *La Jerusalén libertada*, de la cual se publicó el canto octavo. Celedón era extraño y vigoroso poeta, de rudas formas y de elevados pensamientos, y aun cuando el asunto de su obra *Pío IX y el Concilio Vaticano* no sea propiamente épico, tiene trozos de brillante ejecución y estrofas dignas de Valbuena. La mejor poesía de Celedón es su oda *A la Asunción de la Virgen*, que premió la Juventud Católica de Bogotá. Este ilustre Prelado, autor de una *Gramática goagira* y de otros trabajos eruditos, nació en

San Juan de César en 1833 y murió en los primeros años del siglo presente. Fué apóstol de la península de la Goagira.

En el teatro, muy poco cultivado en este tiempo, debemos anotar una tentativa en el género de Echegaray, cuyo influjo era incontrastable en todos los países de habla española: el drama *Cuerpo y alma*, del dulce poeta Carlos Posada, hijo del grande historiador, cuyo estreno fue saludado con un penetrante y hermoso artículo de Merchán.

En 1883, con ocasión del centenario de Bolívar, se publicó, por iniciativa del notable poeta y diplomático chileno D. José Antonio Soffia, el *Romancero colombiano*, que es una verdadera antología de los poetas que componían entonces nuestro parnaso. Es una colección interesante para la historia literaria, porque significa un curioso esfuerzo para renovar la forma de poesía más netamente española, aplicándola a celebrar los hechos gloriosos de la epopeya de nuestra emancipación de España. Es como una tentativa a incrustar ese episodio en el cuadro de los hechos gloriosos para la raza; colocando a Bolívar, a Sucre y compañeros, al lado de Cortés y del Gran Capitán. En el *Romancero* hay, al lado de recuerdos ingratos para un español, notas de hondo amor a la madre patria, como la composición *¿Por qué vencimos?*, de Carrasquilla, y el solemne himno *La reconciliación*, de Caro.

La transformación política de 1886, animada de espíritu católico, alejó de la enseñanza oficial el sensualismo y el utilitarismo y el vago e incoherente eclecticismo con que a última hora quiso sustituirlo el docto profesor suizo E. Roetlisberger. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundación del Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, volvió a establecer en sus cátedras la filosofía tradicional y cristiana, bajo el magisterio de Monseñor Rafael María Carrasquilla (1859), centro del movimiento escolástico en Colombia. Este ilustre sacerdote ha formado varias generaciones de jóvenes en los veintisiete años de su Rectorado y ha publicado sus *Lecciones de Metafísica* (1915), que han merecido

singulares elogios de revistas filosóficas del extranjero. Como orador sagrado, ocupa Monseñor Carrasquilla puesto eminente, por sus pláticas doctrinales, sus panegíricos y, sobre todo, por sus oraciones fúnebres, que lo acreditan de aventajado discípulo de Bossuet. En este género, tan propio de la literatura francesa como extraño en la castellana, según se ve por la inferioridad de obras como la Oración fúnebre de Felipe II, por el P. Cabrera, y como las muy débiles del ardiente predicador popular Beato Diego de Cádiz, Monseñor Carrasquilla ha sabido mantener el decoro de la cátedra sagrada, no humillando la palabra divina con adulaciones a la grandeza humana, ni adornando con flores retóricas la majestad desnuda de la muerte; antes bien, presentando el espectáculo de la vida de los hombres ilustres como testimonio de la efímera grandeza mortal, sólo realzada por la virtud. En esas oraciones, de severo y elevado estilo, se levanta el orador, en alas de la emoción, a la esfera de lo patético y de lo sublime, como es de verse en la dedicada a León XIII, majestuosa como la figura del gran Pontífice. Es Monseñor Carrasquilla un insigne literato, que preside dignamente la Academia de la Lengua, en cuyas solemnidades ha pronunciado discursos tan importantes como los consagrados a la Madre Castillo y a D. José Joaquín Ortiz. Si sus escritos valen mucho, por la claridad y precisión del estilo y la fuerza y vigor de la argumentación, dotes que revelan en él al maestro de raza, su influencia personal no es menos eficaz, y lo acredita como un valioso elemento de cultura en el país.

Comparte con Carrasquilla el cetro de la oratoria sagrada Monseñor Carlos Cortés Lee, predicador formado en el estudio directo de los Padres de la Iglesia, especialmente de San Juan Crisóstomo, y de los grandes apologistas modernos, tanto latinos como germanos. Su inmensa erudición no ha sido obstáculo, sino más bien estímulo al libre vuelo de su genio, que es a un tiempo oratorio y poético y habita las cumbres de la exposición teológica. Desarrolla siempre altos y profundos temas, en oraciones iluminadas por el fulgor del pensamiento y la llama de

místicos afectos; en períodos amplios y majestuosos, de rozagantes pliegues, de estilo en que se funden expresiones clásicas, que recuerdan a Granada, con el giro propio de los grandes predicadores modernos. Desgraciadamente, Monseñor Cortés no ha publicado sino escasas muestras de su opulento repertorio.

Debemos hacer justa conmemoración de dos eminentes Prelados. El Ilmo. Sr. D. Juan Buenaventura Ortiz, Obispo de Popayán (1840), fué incansable e inteligente apologista y predicador de grandes dotes expositivas, a las cuales no correspondía su débil y poco agradable voz. De su talento de pensador queda notable muestra en su libro *Lecciones de filosofía social y ciencia de la legislación* (Bogotá, 1880), libro muy bien pensado y muy bien escrito, que el autor destinó para que sirviera de texto en los institutos católicos, en época en que la transformación político-religiosa era apenas una lejana esperanza en el país. El Ilustrísimo Sr. D. José Telesforo Paúl, Obispo de Panamá y luego Arzobispo de Bogotá, era un hombre superior por el prestigio de su palabra, la elevación de su pensamiento, el brillo de su virtud. Fué poeta elegante, escritor de gusto francés y orador que atraía al auditorio con el solo encanto de su figura, que recordaba la de Fenelón, y lo cautivaba con el grato timbre de su voz y con el halago de su láctea elocuencia.

La oratoria política ha tenido también, de 1885 en adelante, dignos representantes. D. Carlos Calderón lució gallardamente, al lado de Caro y de Samper, en las discusiones del Consejo Nacional Constituyente, y fue elegante periodista y cultivador de los estudios políticos, como puede verse en su libro sobre Núñez. Su hermano D. Clímaco Calderón, más que orador fue docto expositor científico, autor de un importante *Tratado de la Hacienda pública*. D. José Vicente Concha, expositor de Derecho penal y de ciencia constitucional y actual Presidente de la República, ha sido, en sus épocas de lucha, ardorósísimo tribuno, cuya frase correcta y vibrante guarda semejanza, por sus condiciones artísticas y su efecto práctico, con la del célebre Ríos

Rosas. D. Hernando Holguín y Caro sigue, en la oratoria política y en la académica, las huellas paternas, renovando los triunfos de su ilustre progenitor. Pedro Nel Ospina no sólo ha cultivado la oratoria política, sino que ha escrito estudios literarios, como uno, muy interesante, sobre el *Fausto* de Goethe. El doctor Nicolás Esguerra, eminente parlamentario, aun cuando procede de época anterior (1839), ha vivido lo bastante para alternar con esta generación de oradores y servir a la patria con la serenidad de un hombre de Estado.

El género de costumbres, aunque no ya preponderante, siguió obteniendo cultivo en artículos de Marroquín y de Silva, y en cuadros como los que trazó la picante pluma de Francisco de Paula Carrasquilla. Era éste un ingenio lleno de chiste y de sal, pero inclinado, desgraciadamente, a hacer uso de su *vis* satírica en contra de las personas, como es de verse en sus terribles *Retratos instantáneos*. Dejó también una colección de *Epigramas*. Luis Segundo de Silvestre escribió, en la última época de su vida, un bello cuadro de costumbres, *Un par de pichones*, y una linda novelita de costumbres tolimenses, titulada *Tránsito* (Bogotá, 1886), que tiene páginas no inferiores a las de la *Manuela*.

En 1886 se publicó *La Lira nueva*, colección de poesías de una joven generación. Allí se advierten influencias de los dos poetas españoles que fueron más imitados en América: Núñez de Arce y Bécquer. Tienen algo del primero por el estilo y por el género de poesías que cultivaron, Carlos Arturo Torres, José Rivas Groot, José Joaquín Casas. En el grupo becqueriano de *La Lira* pueden incluirse, dentro de la variedad de su carácter y estilo, Emilio Antonio Escobar, José Angel Porras, Ismael Enrique Arciniegas, Ernesto y Adolfo León Gómez, Diego Uribe, Federico Rivas Frade, Joaquín González Camargo y José Asunción Silva, llamado a iniciar otros rumbos poéticos.

Carlos Arturo Torres, que con Rodó y García Calderón formó en un tiempo la trinidad de expositores americanos de las doctrinas de un liberalismo templado, de tendencias civiles, fue un

poeta de alta y filosófica inspiración, cultivador de un simbolismo más semejante al de Vigny que al de Mallarmé. Sus versos eran robustos y varoniles. a veces más de pensador que de poeta; pero dejan honda impresión en la mente y en el corazón cantos como *El cáliz* y *En la Abadía de Westminster*. Sus *Estudios ingleses* dan la idea de una poderosa mentalidad y de su estilo vigoroso y enérgico, aun cuando a las veces recargado de términos de extracción científica. Discípulo en filosofía de Spencer, su talento estaba llamado a brillar especialmente en estudios sociológicos y en ensayos análogos a los que reunió con el título de *Idola Fori*.

José Rivas Groot es también poeta pensador, pero de tendencias francamente cristianas y de la más pura inspiración idealista en los pocos cantos que ha publicado, especialmente en la solemne y magnífica poesía *Las constelaciones*, luminosa como los astros que canta y melancólica como todo cuanto nos recuerda lo efímero de las cosas que juzgamos eternas. Rivas Groot es delicadísimo artista de la prosa en narraciones breves, como *Fu-lieta*, y en la novela *Resurrección*, que por su idealismo, su elegancia aristocrática y cierto sentimentalismo de buen tono, recuerda a los buenos escritores franceses de la moderna escuela cristiana.

Enrique W. Fernández ha sido poeta religioso y descriptivo con originalidad y vigor de estilo y cierta sobriedad de frase, a la manera de Núñez, que deja aparecer la viril musculatura del pensamiento en cantos como el titulado *El dolor*.

José Joaquín Casas recogió la lira religiosa de Ortiz para entonar su inspirado y armonioso *Canto a la Virgen*, de una transparencia de estilo y de una blandura y nitidez de formas que hacen un modelo de esa inspiración juvenil. Casas ha escrito gran número de sonetos, en que recorre toda la escala del sentimiento y de la expresión, desde las notas ideales de la más pura inspiración mística hasta las realistas de cuadros de costumbres de extraordinario vigor. En sus *Recuerdos de fiestas* se mezclan

esas dos fuentes de inspiración, alternando las coplas populares con patéticos acentos salidos del alma. Sea cual fuere el género que cultiva Casas, ya reproduzca escenas de la aldea o de la montaña, ya traduzca a Longfellow, a Schiller o a Vigny, sus versos son admirable modelo de perfección artística.

Diego Uribe conquistó los corazones y se atrajo para siempre las simpatías femeninas con su libro *Margarita*, consagración por el arte de un amor bendecido por el cielo e inmortalizado por el dolor. Pero no se ha limitado Uribe a lamentar egoístamente sus penas, sino que ha extendido su tierna y humana compasión sobre los seres humildes y desconocidos que sufren y lloran entre la dura indiferencia del mundo y hasta sobre las criaturas inferiores, cuyas confusas impresiones interpreta con simpática comprensión, poniendo una lágrima de nostalgia en las pupilas de la tigre hircana. En medio del tráfigo prosaico de la vida diaria, Uribe ha conservado limpia su visión poética de las cosas e intacta la fuente de su sensibilidad. Su linda poesía *En el barbecho* simboliza en el ave que canta posada en las astas del buey de labor su fe en la misión eterna y consoladora de la poesía. Los versos de Uribe tienen un timbre suave y un ritmo arrullador, propio de su inspiración elegíaca.

Ismael Enrique Arciniegas enriqueció la antología becqueriana con algunas de sus más legítimas inspiraciones, como los populares versos *En Colonia*, *Leyendo*, etc. Pero su musa gentilísima y elegante, de porte aristocrático, se ha movido en campos muy diversos, luciendo en miniaturas como *Su alcoba* y *Su corsé*, en grandes lienzos como *Tropical*, en sonetos de perfección parnasiana. Es, además, Arciniegas admirable traductor de poetas modernos y ha sabido dar su forma propia en castellano a esos pequeños poemas tranceses que encierran un episodio, un breve drama familiar en estilo que une la sencillez a la elegancia: fusión más fácil de alcanzar en aquella lengua que en castellano.

La temprana muerte de Joaquín González Camargo privó a su patria de poseer un gran poeta, que dejó en la corta colección de

sus versos pruebas auténticas de su genio. *Estudiando* es una original inspiración, que, como los tercetos de Acuña *Ante un cadáver*, recuerda que el soñador artista manejaba el escalpelo del practicante. *Viaje de la luz* mereció a D. Juan Valera uno de esos juicios que, viniendo de tan alto, constituyen una glorificación.

La influencia de Bécquer sobre José Asunción Silva (1865-1896) es visible en los versos que publicó *La Lira nueva*. Hay exquisita delicadeza y la preocupación altamente poética del *más allá* en *La crisálida*, símbolo de la inspiración del vate en sus luminosos comienzos. Un temprano viaje a París lo puso en comunicación directa con la literatura francesa y fue desde entonces el más parisiense de nuestros escritores, sin perder por eso el carácter bogotano heredado de su padre D. Ricardo. Porque Silva, así volvía los ojos, con hechizo, hacia las viejas tradiciones y los cuentos infantiles, como miraba ansioso a lo porvenir, queriendo anticiparse a las futuras revelaciones de la ciencia y del arte. En otro trabajo nuestro citamos una página de André Suarès sobre Baudelaire que puede aplicarse punto por punto para caracterizar la vida y el genio de Silva. Pero la poesía de éste, si entraña una renovación por el aspecto de la sensibilidad y produce un *frisson nouveau*, como toda manifestación sincera de arte superior, no rompe la cadena de la evolución poética en Colombia. Silva tiene su puesto en seguida de Diego Fallón, a quien admiraba mucho y a quien dedicó una linda poesía. Los versos de Silva son de irreprochable perfección artística y amplían, pero no rompen, los moldes de la versificación tradicional. Jamás hizo versos cojos con el pretexto de enriquecer la métrica castellana: debilidad en que incurrió el propio Rubén Darío. Silva es original y grande por el sentimiento hondo, amarguísimo, de quien ha probado en la primera juventud todos los jugos de la vida y en todos ha hallado gérmenes letales; por la distinción y elegancia con que traza cuadros que recuerdan las telas de Watteau y de Boucher; por la intensidad

del pensamiento, que despierta en el alma hondas vibraciones; por esa mezcla de ingenuidad y de pesimismo, de idealidad y de ironía que hace de sus cantos un fruto de sabor nuevo en nuestra literatura. No se ha estudiado todavía la psicología de Silva ni el proceso intelectual y sensitivo que lo condujo de las auroras de *En marcha* a la negra noche de *Las gotas amargas*, que ya no recuerdan a Bécquer sino a Bartrina, y a la noche mas sombría del suicidio; Silva puso fin a su carrera antes de cumplir los treinta años. Si hubiera vivido más, es probable que hubiera disputado a Darío el cetro de la poesía modernista, no sólo en América, sino en España. *El nocturno*, su más popular composición, es una de las piezas capitales del arte nuevo; es una de esas raras y felices inspiraciones en que un sentimiento profundo y casi inefable halla un motivo poético que lo exprese y una forma plástica que lo encarne; vaga sinfonía que suena como cosa inaudita y que, sin embargo, está constituida con elementos de admirable sencillez. Pocas veces la música ha brotado tan íntimamente de las entrañas del tema y ha alcanzado un poder evocador tan grande.

Glorificó a Silva con un canto que es como un bajo relieve helénico, una apoteosis pagana de Adonis, Víctor M. Londoño, artista que ha buscado incansablemente la unión armoniosa y perfecta del fondo con la forma, y ha procurado infundir en el mármol pentélico sutiles emociones modernas. Su repertorio no es muy abundante, pero es de rara y exquisita selección. Londoño es, además, crítico penetrante y sugestivo y ha puesto en circulación ideas y emociones nuevas, contribuyendo a hacer fecundo el movimiento literario de su patria.

Alcanzó a figurar en *La Lira Nueva* un poeta que luego se ha contado entre los más populares del continente: Julio Flórez. Es éste el tipo del trovador espontáneo y romántico, de estro tumultuoso, que ostenta todos los ardores y todos los reflejos del sol tropical, y hace de la versificación una orquesta que resuena con las infinitas voces de la Naturaleza. Es Flórez magní-

fico poeta descriptivo de imágenes nuevas y deslumbrantes, y ha renovado los temas del romanticismo desengañado y tétrico con rasgos propios y personales que dejan ver un fondo de sombras desolaciones en medio de los esplendores de la pasión arrebatada e indómita. Flórez recuerda, no sólo por sus versos sino por su gallarda apostura, a los bardos del año 30, discípulos de Zorrilla y de Espronceda.

Al finalizar el siglo, las formas poéticas habían agotado su contenido y exigían renovación. No era posible seguir haciendo rimas a estilo de Bécquer ni poemas a la manera de Núñez de Arce. En España mismo se sentía la necesidad del cambio; pero no aparecía el artista poderoso que pudiera señalar el nuevo rumbo. Tocó esta gloria a un americano, a Rubén Darío, que introdujo en la poesía castellana algo del espíritu de Baudelaire y de Verlaine; cantó trovas versallescas y grises sinfonías, y renovó los moldes métricos, dando a las estrofas ritmo más vario y musical. Fué, ante todo y sobre todo, un artista de la palabra, un adorador de las cosas bellas. La juventud española lo aclamó, no ya como a un maestro, sino como a un profeta encargado de traer al mundo revelaciones divinas. El modernismo se impuso en el mundo hispánico con todas sus violencias de reacción extremosa y apasionada, haciendo pulular centenares de versificadores exóticos, que sólo acertaban a remedar los defectos de los maestros. Fué una generación que quiso, ante todo, *épater les bourgeois*. Pero estas exageraciones, propias del período combativo de todo movimiento de renovación, si produjeron abortos en los decadentes faltos de positivas dotes, no fueron obstáculo para que el modernismo produjera algunos grandes poetas, casi todos hijos de América. Darío tiene extravagancias, pero escribió versos inmortales. Artista de no inferiores cualidades a las que exhibió el glorioso nicaragüense (a quien las circunstancias favorecieron excepcionalmente) es Guillermo Valencia, hijo de Popayán. Nació predestinado para cultivar este arte, nervioso, sugestivo, enamorado de las bellas y voluptuosas apa-

riencias, fruto de una sensibilidad aguzada hasta tal punto que toca en los límites de lo excepcional y morboso. Ama Valencia como Darío el arte helénico; pero su obra no tiene la armónica y sencilla serenidad de lo clásico; antes bien, es complicada, inquietante, fragmentaria en su anhelo de unir su paganismo imaginativo y su cristianismo de sentimiento; de ejecución ya helénica, ya bizantina, ya propia de los cenáculos parisienses. Es Valencia un poeta objetivo atraído por el espectáculo de las formas ricas y opulentas, de las manifestaciones luminosas de la vida. Lo fascinan las visiones artísticas y sangrientas; la lucha del amor y de la muerte; cuanto en la Naturaleza y en la Historia puede conmover los nervios y hacer flotar una mancha roja ante los ojos. Los crueles caprichos de Nerón; las explosiones de Anarkos; la cuchilla que siega, como fruto maduro, la cabeza de Emile Henry; el can que muere envenenado en la calle; el poeta enamorado de la estrella rubia que se rompe el cráneo contra el sílex del arroyo; los crucificados del ideal que agonizan en su madero; todo esto canta Valencia con esplendidez y deslumbrante fantasía. A veces toma tonos más suaves y evanescentes; y entonces nos hace presenciar el desfile de *Las cigüeñas blancas* y la marcha lenta de *Los camellos* por la abrasada aridez del desierto. Hay en los *Ritos* algo del parnasiano, adorador de la línea y del relieve, orfebre de joyas como el soneto a *Homero*, y algo del simbolista, que desarrolla los elementos musicales de la versificación tradicional y se complace en cierta indecisión del pensamiento. Si sus poesías originales son bellas, no menos lo son sus traducciones, en las cuales ha sabido reproducir, no sólo la palabra, sino el espíritu del original, dando a inspiraciones extrañas carta de ciudadanía y de nobleza en nuestra lengua. El mundo del sentimiento íntimo, del análisis psicológico, de la meditación silenciosa y profunda, es ajeno al arte de Valencia; en cambio, éste impera en el de lo externo y objetivo, revistiendo las cosas con el manto de púrpura de su fantasía.

Si el modernismo halló en Valencia su más caracterizado representante, tuvo su crítico en Baldomero Sanín Cano, habilitado por sus antecedentes para ser el preceptista de una innovación de esta clase. En época anterior se había hecho notorio por sus grandes conocimientos en literaturas extranjeras, especialmente en la alemana, y por su afición a poner en circulación nombres y reputaciones nuevos en nuestro medio literario. El fue de los primeros que habló de los estudios y novelas de Bourget anteriores al *Discípulo*, de las obras críticas de Brandes y de Gourmont, de las odas bárbaras de Carducci, y aun de las producciones de personajes que siguen siendo una incógnita para la mayoría de los lectores, como Peter Altenberg. Esta tendencia, si lo llevó a ser poco equitativo con escritores nuestros, como Caicedo Rojas y Núñez, le permitió acoger a los decadentes con la simpatía y benevolencia de Anatole France. Tiene Sanín notables estudios doctrinales, en donde ha ostentado la lucidez y penetración de su cultivadísimo talento literario.

Al lado de Sanín figuró, entre los inspiradores de la *Revista Moderna*, Maximiliano Grillo, eminente poeta y renombrado prosista; amigo de lo nuevo, pero conocedor y apreciador de lo antiguo, como se ve en su elocuente y sugestiva conferencia sobre Pombo. En cantos como el dedicado al Magdalena y el que escribió no ha mucho en Bolivia en honor del portentoso Illimani, se ha exhibido Grillo como original y vigoroso poeta americano. Su variada obra en verso consta en un volumen titulado *En espiral*. En sus *Emociones de la guerra* hay páginas descriptivas de gran fuerza y relieve de estilo. También ha explorado Grillo, con éxito, otros campos; como es de verse en el drama en verso, de tendencia simbólica, sobre tema indígena, que se llama *Raza vencida*, y la pieza en prosa *Vida nueva*, que, bajo la pintura de costumbres originales, encierra un pensamiento de orden trascendental.

Después del grande éxito de Guillermo Valencia, el acontecimiento poético más notorio fue la aparición triunfal, no ya de

un joven, sino de un niño que, sin haber pisado las aulas de los colegios, obtuvo la más alta consagración oficial en un ruidoso certamen. Tal es Angel María Céspedes, verdadero «niño prodigio», que a los diez y seis años fué triunfador en los Juegos Florales de 1908, con su regio canto *La juventud del sol*, que por la novedad del pensamiento, la audacia de las imágenes y la esplendorosa belleza de la forma recuerda las precoces obras maestras de Víctor Hugo. Y en torno de ese canto brillaba toda una serie de poesías, reveladoras de una actividad cerebral intensa, de un extraño poder adivinatorio por medio del cual aquel bardo infantil conocía la vida y sentía e interpretaba la naturaleza como si los años lo hubiesen enriquecido con el fruto de la ciencia y la experiencia. Céspedes, en sus posteriores piezas líricas y dramáticas, es un poeta de genio y de estilo francés, que escribe en magníficos versos castellanos. Los alejandrinos franceses brotan espontáneamente de su pluma, y han merecido elogios de Rostand, que es el maestro con quien guarda más analogías por la constante ingeniosidad del pensamiento y de la expresión, el sutil y caprichoso juego de la fantasía y la amplitud del arranque poético, muy distinto del contrahecho amaneramiento de ciertos modernistas.

El movimiento reformador no se limitó a la poesía; abarcó todas las otras artes. Andrés Santa María educó un gran número de jóvenes pintores en los procedimientos del *impresionismo* francés y puso de moda, por poco tiempo, los paisajes de matices exóticos y los retratos de líneas vagas e imprecisas y de tonos terrosos o violados. En la música, la acción de Guillermo Uribe Holguín se hizo sentir en la introducción de la música de cámara, y en la sustitución en el Conservatorio de las óperas italianas por las nuevas fórmulas artísticas de Debussy y por la influencia de Vincent d'Indi.

En la citada *Revista moderna* se publicaron estudios sobre los nuevos problemas artísticos, y en la enseñanza ejerció su influencia el malogrado Enrique Costa, que estaba muy al tanto de la

evolución del arte en Europa. La citada *Revista* llamó la atención de Remy de Gourmont. Ya antes, cuando Emilio Bobadilla estuvo en Bogotá, se sorprendía de que en una ciudad tan lejana fuesen conocidos y se citasen corrientemente escritores novísimos que apenas había oído él nombrar en España y aun en Francia.

Representante eximio del cosmopolitismo literario fué Santiago Pérez Triana, elegante escritor y orador en varios idiomas; aplaudido en los Estados Unidos por discursos de importancia internacional. En él ocurre lo que ya observamos en José Asunción Silva: que las influencias de extrañas literaturas no extinguieron el fondo de su carácter bogotano, pues en los últimos años de su vida, en su revista *Hispania*, en donde estudiaba los grandes problemas universales, consignó recuerdos de su primera edad en primorosos artículos de costumbres. Pérez Triana era poeta, aun cuando rara vez hiciese versos; y son muy populares los que dedicó *A una desconocida*. Su mejor libro es la narración de viajes *De Bogotá al Atlántico*, modelo de estilo elegante y de observación fina y maliciosa, propia del refinado hombre de mundo que era su autor. Hay bellas páginas en las *Reminiscencias tudescas*, en los *Cuentos a Sonny* y en numerosos artículos, que podrían formar un interesante volumen misceláneo. En todos sus escritos campea el temperamento oratorio de Pérez Triana, inclinado a la pompa y a la brillantez, por lo cual sus discursos no llevan el sello de perfección de los de su padre, el clásico escritor D. Santiago.

Ha ejercido gran influencia entre la juventud de la América española, y es considerado en España como uno de los principales representantes del modernismo, José María Vargas Vila, escritor fecundísimo, que maneja un estilo cortado, antitético y apocalíptico, donde alternan violentamente las luces y las sombras, como en los libros seniles de Víctor Hugo, y centellean rayos de odio contra los tiranos, o los que él juzga como tales. En breves trozos deslumbra; pero a la larga ofusca esta sucesión

de versículos apasionados. El autor habla siempre en estilo profético, prediciendo catástrofes o amenazando ruinas, y vista su obra en conjunto, tiene cierta grandeza volcánica, como de cosa producida por una violenta conmoción de la Naturaleza.

Si la poesía entró francamente por los senderos del simbolismo y del decadentismo, la novela, en cambio, se mantuvo fiel a la tendencia realista, sobre todo en el Departamento de Antioquia, en donde ha brillado un grupo de notables novelistas regionales. Figura en primer término Tomás Carrasquilla (1858), que en la novela *Frutos de mi tierra* hizo para aquella región de la República lo que Eugenio Díaz había hecho para Cundinamarca. Es libro sustancioso, inspirado en la realidad, con tipos trazados a la manera de Pereda, y con adaptación hábil del lenguaje común y vulgar a las exigencias del arte. Con posterioridad a esta obra, que mereció elogios del autor de *Peñas arriba*, Carrasquilla ha publicado otras obras novelescas, como *Grandeza*, *El padre Casafús*, *Salve Regina*, etc. Eduardo Zuleta, elegante escritor, académico y periodista intencionado, también cultivó este género en *Tierra Virgen*, que obtuvo igualmente lisonjera aprobación de Pereda. Samuel Velásquez, autor de un popular poema, *Magdalena*, escribió una novela extensa, *Al pie del Ruiz*, y una narración corta, *Madre*, intensamente regional en fondo y estilo, y quizá por eso mismo dotada de energías bebidas de la propia tierra y que le han abierto camino hasta en países extraños. Francisco de P. Rendón, gracioso y popular ingenio, dejó una apreciable página en su *Inocencia*. Gabriel Latorre, literato conocedor de varias literaturas extranjeras, hizo en *Kundry* una obrita que, sin dejar de ser regional, representa un ideal artístico más selecto y refinado. En casi todas estas novelas predomina el estudio de las costumbres sobre la trama. Son obras que interesan más por los cuadros sueltos que por la concepción novelesca. Dan una impresión enérgica, directa y viva de la naturaleza, de las costumbres y del carácter distintivo de aquella montaña nuestra, no menos original, poderosa y simpática que la que describe

Pereda. La aparición de tantos escritores de costumbres en Antioquia no es un hecho casual; obedece a que las circunstancias son favorables al cultivo de la novela realista; ^{MEY} pero allí habita una raza que se distingue de todas las demás de Colombia por su inteligencia, energía y viveza de comprensión; por la gracia de su lenguaje popular y la malicia de su observación; por la abundancia de tipos curiosos y originales de todas las capas sociales, que no están divididas por grandes distancias, antes bien se acercan y hermanan constantemente, pues no hay allí indígenas, y el pueblo antioqueño ofrece el mismo tipo físico y las mismas condiciones de carácter, así entre los ricos como entre los aldeanos; es un todo homogéneo y compacto.

En Bogotá la novela que ha hecho más ruido en muchos años es la titulada *Pax*, de Lorenzo Marroquín. El asunto de esta obra es tan fecundo como doloroso: la última guerra civil, con su cortejo de ruinas, desolación e infamia. Marroquín, hombre de aristocráticas costumbres santafereñas, ha pintado muy bien ciertos nobles aspectos del alma bogotana y ha vengado, con la duradera venganza del arte, a la nobleza pobre, vencida por la opulencia de brutal advenedizo, en cuadros como *Rosas de Castilla*, que es una preciosa página de descripción selecta y de noble psicología. Hay en *Pax* personajes, o más bien retratos, trazados con pincel firme y riqueza de colorido, y escenas, como la de cierta venta en donde coinciden, como en la del *Quijote*, una porción de disparejas personalidades que están trazadas con habilidad de novelista picaresco. Hay en *Pax* demasiadas cosas; hay personajes que ofrecen poca semejanza con la realidad. El estilo a veces tiene gran vigor, sobre todo en la parte descriptiva; pero abunda en descuidos e incorrecciones, que puso de patente una crítica doctísima en el *Análisis gramatical de Pax*. Pero con todo, es obra representativa, nacional, reveladora de grande ingenio y digna de leerse y de reflexionar sobre sus terribles cuadros, no sólo en Colombia, sino en otras repúblicas americanas.

Hay otra novela bogotana que tiene capítulos relacionados con la última guerra civil, aun cuando su asunto no es político, sino de costumbres. Titúlase *Diana la Cazadora*, y es obra de Clímaco Soto Borda, uno de los más ingeniosos cronistas nacionales. Esa novela es realista, y aun toca con el naturalismo por la crudeza de ciertas escenas; pero de esa desnuda descripción de los bajos fondos sociales, de esa odisea trágico-cómica del joven libertino al través de escollos y bajo el imperio de Circes que convierten a los hombres en puercos, se deduce una lección moral reforzada por la descripción, hecha con minuciosidad clínica, de la muerte del héroe, víctima de prematuro agotamiento. Soto Borda es también poeta, y en su *Salpique de versos* hay algo de extrañamente fantástico, de ideal, a la par que bufonesco. Algunas de sus poesías parecen hechas con esas sombras trágicas y risibles que proyectan los objetos a la luz de la luna. A veces, por entre los huecos de la máscara de Pierrot se ven correr furtivamente las lágrimas. Cuando Soto quiere, es delicadísimo poeta, como lo prueba su afamado *Guitarrista*.

Como cuentista, goza de reputación *Luis Tablanca*; y como pintor de costumbres, *Pimentel y Vargas*, o sea el Presbítero Rafael Camargo, quien, en sus típicas *Escenas de la gleba*, acertó a describir cuadros de la vida rural y a reproducir el lenguaje de nuestros campesinos con tal acierto, que mereció ser citado por Cuervo en sus *Apuntaciones críticas*.

Poeta fecundísimo, de imaginación brillante y versificación voluble y gentil, que obedece a todas las sugerencias de su musa, Alfredo Gómez Jaime se ha conquistado un puesto aparte entre los actuales poetas colombianos. Tiene el arte de las evocaciones sugestivas, de las descripciones fantásticas, que dan a los objetos reales, a los hechos de la vida común, el prestigio de los sueños de las *Mil y una noches*. Sus *Rimas del trópico*, publicadas en España, le han dado fama envidiable, como un brillante cultivador del género poético de Salvador Rueda.

No es posible olvidar a Enrique Álvarez Henao, aun cuando

no fuera sino por haber escrito dos de los más bellos sonetos de nuestro Parnaso: *La abeja* y *Los tres ladrones*, delicadísimo el primero y henchido de miel, como las celdillas que fabrica el industrioso insecto a que está dedicado; de factura sobria y sin alivio el segundo, avalorado por un rasgo final de esos que suspenden y avasallan la mente y el corazón.

Luis María Mora, docto humanista, autor de una tesis sobre Balmes que elogió Juan Maragall, es poeta clásico en el elevado sentido de la palabra, es decir, tal como entendieron el clasicismo los que infundieron en la forma antigua espíritu nuevo. Su pequeña colección de odas es modelo de pureza de líneas, de rapidez lírica, de elegancia de dicción, de ritmo delicado y exquisito. Su paganismo literario se alía muy bien con su ardiente ortodoxia de pensamiento.

Cornelio Hispano también muestra aficiones clásicas, aun cuando su helenismo no procede de fuente tan inmediata como la de Mora. Hispano no busca únicamente en lo antiguo la belleza de las formas; un espíritu pagano anima no pocas poesías elegantes y sensuales de *El jardín de las Hespérides*. Su credo podría cifrarse en la *Oración sobre la Acrópolis*, de Renán, que es su ídolo intelectual. En las *Elegías caucanas* mezcla recuerdos clásicos con impresiones de su tierra natal, y a veces se acerca a la poesía geórgica de Francis James. Hispano es eminente prosista; sus libros de viajes, como de *París al Amazonas*; sus estudios históricos, verbi gracia, *Colombia en la guerra de Independencia*, *Bolívar*, etc., le dan puesto principal entre los escritores que hoy mantienen el prestigio literario de Colombia.

Nacieron, como Hispano, en el Cauca, otros dos de los mejores poetas actuales: Ricardo Nieto y Carlos Villafañe. El primero es un poeta de intensa vida interior, que se ha construido un mundo propio de imágenes y de emociones y que no contempla las cosas con serenidad objetiva, sino que las tiñe con los matices de su fantasía crepuscular y les presta la vida de sus imaginaciones y caprichos subjetivos. Su forma artística es tan

delicada como su inspiración, y sus versos tienen una armonía vaga y penetrante que convida al ensueño. Villafañe tiene dos personalidades: la del cronista *Tic-tac*, que sobre el suceso del día teje un chispeante, risueño y a veces hondo comentario, y que ha hecho del *calembour* su dominio propio, y el poeta sentimental y hasta romántico, que canta íntimas tristezas y desconsolados amores. Escribió el poemita *Tierra del alma*, en que ensaya la manera moderna de describir el valle del Cauca, ya inmortalizado por Arboleda en clásicas octavas. Hay allí vibraciones nuevas y un modo sutil y extraño de sentir y de pintar la naturaleza. Debe decirse en honor del cronista *De sol a sol* que, si tiene la risa franca y aguda la observación satírica, en medio de sus críticas se advierte la delicadeza del hombre de corazón.

El General Juan C. Ramírez fué un poeta varonil y enérgico, cuyas estrofas acicaladas y brillantes marchan con porte marcial, ya sea que cante a *Mirabeau* y a *España*, ya sea que exprese sentimientos amorosos.

El mismo tono viril aparece en los cantos de Eduardo Talero, poeta civil en quien han palpitado las pasiones políticas y que ha celebrado *la pluma y la espada* en versos de metálica resonancia.

Eduardo Ortega fué un poeta de suma delicadeza y en quien chispeaba el ingenio bogotano; su nota dominante era la dulzura; sus versos flotan en un ambiente de distinción y de elegancia. Daniel Arias Argáez, *causeur* ingenioso y hombre de sociedad, ha escrito lindas composiciones de corte aristocrático, que revelan un espíritu selecto, enamorado de la naturaleza y el arte y que tienen como cualidades distintivas la gracia y la elegancia. Es tipo representativo de la intelectualidad bogotana.

Entre los poetas que en los últimos años han ido definiendo y caracterizando su personalidad artística figuran tres insignes sonetistas: Eduardo Castillo, procedente del simbolismo, que ha ido acendrando su estilo hasta producir sonetos, ya pintorescos, ya amorosos, de rara perfección y luminosa transparencia de estilo: son verdaderas ánforas del Renacimiento. Traduce, ade-

más, con arte exquisito poetas modernos, italianos, portugueses y franceses. Delio Seraville escribe también sonetos de irreprochable factura y hondo sentimiento. José Eustacio Rivera, poeta objetivo de poderosa fantasía, reproduce cuadros espléndidos y selváticos de la naturaleza tropical con pujanza no inferior a la de Chocano. En cantos épico-líricos luce Aurelio Martínez Mutis, que obtuvo un triunfo internacional, en concurso de *Mundial*, de París, con su *Epopéya del cóndor*, en donde la inspiración abre sus grandes alas y se levanta con vuelo majestuoso como en las odas de Olegario Andrade. En la *Epopéya de la espiga*, llena, como la anterior de imágenes fulgurantes y de magníficos versos, expresó delicados sentimientos religiosos.

Al lado de éstos figuran otros jóvenes poetas de distinguido talento y que están en pleno desarrollo. En la imposibilidad de recordarlos a todos, citaremos a Jorge Mateus, Francisco Restrepo Gómez, Antonio Otero Herrera, Manuel A. Carvajal, Miguel Rasch Isla, Julio Vives Guerra, Jorge Bayona Posada, Martín H. Cortés, Rafael Escobar Roa, Vicente Casas, S. Restrepo Rivera, Alberto Holguín, Víctor E. Caro, Roberto Liévano, etc. Hay entre ellos gran diversidad de direcciones y de tendencias, lo cual indica la indecisión del actual momento literario; pero todos ellos son ingenios de buena ley, de quienes puede esperar mucho la patria.

El teatro ha recibido en este siglo mayor impulso que en el período anterior, gracias a un grupo de jóvenes inteligentes y decididos que se han encaminado en la dirección de la moderna y brillantísima escuela española contemporánea. En otro tiempo se decía aquí que el teatro no prosperaba porque no había en nuestra sociedad, incipiente y poco complicada, temas dramáticos; y esto es explicable porque entonces se consideraba que no había drama donde no hubiese una terrible crisis de pasión o un asunto romántico y legendario. Señalado otro camino más llano por el gran maestro Benavente y por Linares Rivas, Martínez Sierra, Rusiñol y los Quinteros, es más fácil para nuestros inge-

nios hallar materia dramática en la uniformidad algo gris de nuestra vida social; no plantearán tesis tan hondas como Dumas o Bernstein; mas harán vívidos traslados de escenas y de lances de que todos hemos podido ser testigos, pero que sólo el artista logra revestir de interés y de poesía. Gran mérito es saber sorprender y analizar un instante, por rápido que sea, de la vida; un fragmento, por modesta que sea su apariencia, de la realidad. Así como el microscopio agranda y precisa los más pequeños objetos y anima e intensifica a nuestros ojos los movimientos vitales de corpúsculos invisibles, el arte, haciendo uso de su poderoso lente, realza lo pequeño, dignifica lo insignificante y halla el interés humano, la lucha dramática, que están latentes en un hecho aparentemente vulgar e incoloro, en una crónica de policía, en una anécdota periodística. Durante muchos años, sólo de tarde en tarde subía a la escena una pieza nacional; ahora, en poco tiempo, hemos visto representar, por actores dignos de este nombre y con general aplauso, varios dramas y comedias. En este desarrollo hay que conceder alguna parte al entusiasmo que despertó en dos temporadas teatrales el gran actor Francisco Fuentes. De los dramaturgos de la nueva escuela, el que ha obtenido más constante y merecido éxito es Antonio Alvarez Lleras, que tiene el instinto de la escena, y en sus dramas *Fuego extraño*, *Alma joven* y *Como los muertos*, ha puesto su precoz y artística observación de la vida y no poco de su sangre y de su alma inquieta y atormentada. Alvarez Lleras ha salido del campo de los ensayos para entrar en el de las piezas sólidamente construídas. Al lado suyo han obtenido lisonjeros triunfos Ricardo Rivas, Pedro Gómez Corena, Mesa Nichols, etc., y algún veterano, como Adolfo León Gómez, quien se hizo aplaudir en su juventud con *Globos ilustrados*, escribió luego el drama en verso *El soldado*, y tiene todavía en su repertorio piezas de corte moderno.

La crítica no tiene aquí cultivo constante y metódico; de manera que no puede influir con eficacia en la dirección del movi-

miento literario. Pero producen de vez en cuando estudios dignos de atención, por su erudición y sagacidad crítica, escritores como Esteban Rodríguez Triana, Ricardo Sánchez Ramírez, Gonzalo París, Manuel Antonio Bonilla, Gabriel Porras Troconis, Florentino Goenaga, Fernando de la Vega, Alfonso Robledo, Juan A. Zuleta, Laureano García Ortiz y Eduardo Castillo. Los trabajos de estos y otros literatos reflejan el cosmopolitismo del espíritu colombiano, su afición a estar al corriente de las últimas novedades de la literatura europea, sin perjuicio de volver los ojos a lo antiguo y a lo clásico. Estudios hay, entregados a la prensa diaria, que figurarían con honor en una revista docta, y es lástima que nuestras condiciones no permitan que escritores bien preparados tengan una tribuna desde donde ejercer un magisterio con orden y continuidad; pues la crítica, si es amplia y serena; si trata no de repeler sino de comprender; si se inspira en el método histórico para dar a las cosas nuevas la importancia que justamente merecen y no dejarse subyugar por lo que sólo tiene el prestigio de lo flamante, es elemento que fecundiza la producción artística, rectifica rumbos y amplía los horizontes intelectuales.

Los estudios gramaticales se han enriquecido con no pocas obras, entre las cuales sobresalen: *Lecciones de prosodia latina*, del Dr. Miguel Abadía Méndez, uno de nuestros más doctos humanistas y correctos escritores; *Vocabulario gramatical*, de don Diego Mendoza, historiador, hacendista y elegante traductor de obras inglesas, y *Diccionario abreviado de galicismos y provincialismos* (1887), del General Rafael Uribe Uribe, obra favorablemente apreciada por Lenz.

En el campo filológico deben anotarse la magnífica *Clave del griego* y el *Tratado de semántica*, del P. Félix Restrepo, de la Compañía de Jesús, y las primicias de la admirable disposición que para los estudios de filología comparada demuestra Manuel J. Casas, nieto de González Manrique.

Los estudios históricos florecen aun más que los literarios, so-

bre todo, desde la fundación, en 1901, de la Academia Nacional de Historia, por iniciativa del ilustre poeta José Joaquín Casas. Este instituto y los centros que funcionan en otras ciudades del país trabajan con actividad y provecho y publican revistas tan importantes como el *Boletín de Historia y Antigüedades*, el *Boletín historial de Cartagena*, el *Repertorio histórico de Medellín*, *Popayán*, etc. Son muchos los libros de historia que han venido a enriquecer nuestra literatura; obra, unos de ellos, de publicistas, diplomáticos e historiógrafos de reputación adquirida; frutos los restantes de una numerosa falange juvenil, educada en los métodos modernos y en la lectura de las grandes obras de Taine, Sorel, Hanotaux y Vandal. Se han explorado los archivos con feliz resultado; se han aclarado puntos dudosos; se han rectificado errores seculares, y la historia ha tomado carácter más científico, sin perder sus condiciones literarias. En la imposibilidad de citar toda esta producción, anotaremos unas cuantas obras, entre las más representativas: Henao y Arrubla, *Historia de Colombia*; Ernesto Restrepo Tirado, *Estudio sobre los aborígenes de Colombia*, *Descubrimiento y conquista de Colombia*, t. 1.º; Antonio José Uribe, *Anales diplomáticos de Colombia*; Ignacio Gutiérrez Ponce, *Vida de Don Ignacio Gutiérrez Vergara*, t. 1.º; *Crónicas de mi hogar*; Francisco José Urrutia, *Páginas de historia diplomática*; Diego Mendoza, *La Expedición botánica*; Adolfo León Gómez, *El tribuno de 1810*; Carlos Cuervo Márquez, *Viajes y prehistoria*, *Vida de Don José Ignacio de Márquez*; Pedro M. Ibáñez, *Ensayo biográfico de Gonzalo Jiménez de Quesada*, *Memorias para la historia de la medicina de Santa Fe*, *Crónicas de Bogotá*, 3 vol.; Eduardo Posada, *Vidas de Córdoba y de Herrán*, *Apostillas*, *Bibliografía bogotana*; José Joaquín Guerra, *La Convención de Ocaña*, *Constituciones de Colombia*; José D. Monsalve, *El ideal político de Bolívar*; Estanislao Gómez Barrientos, *Don Mariano Ospina y su época*; Raimundo Rivas, *Relaciones internacionales entre Colombia y los Estados Unidos*; J. M. Goenaga, *La Conferencia de Guayaquil*; Pedro A. Zubieta, *El Congreso de Panamá y Ta-*

cubaya; Fabio Lozano y Lozano, *El maestro del Libertador*; Luis Augusto Cuervo, *La monarquía en Colombia*; Nicolás García Zamudio, *Biografía de Caldas, La reconquista de Boyacá en 1816*; Antonio Olano, *Popayán en la colonia*; Alberto Carvajal, *Don Joaquín de Caicedo y Cuero*; Gustavo Arboleda, *Historia de Colombia* (en vía de publicación) y diversas monografías de Arturo Quijano, José M. Restrepo Sáenz, Eusebio Robledo, Emilio Durán, etc. El estudio de E. Otero D'Acosta: *El licenciado Jiménez de Quesada* es modelo de crítica erudita y sagaz. Entre los libros publicados antes de la fundación de la Academia sobresalen el de D. Vicente Restrepo sobre *Los chibchas*.

No podemos olvidar que nació en Bogotá, y que su madre es una distinguida dama de esta sociedad, el malogrado Jules Mancini, que había principiado a levantar a Bolívar un monumento digno del héroe y de la grande escuela histórica francesa, en cuyos ejemplos y enseñanzas se había formado aquel joven diplomático. El único volumen que alcanzó a publicar, con el título de *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, revela un historiador de raza, a un tiempo artista y erudito, capaz de narrar dignamente la gloriosa epopeya de la independencia americana. Ese libro dió a su autor puesto distinguido entre los escritores franceses y ha contribuído a hacer conocer en Europa, de manera más completa, al Libertador de la América del Sur.

Como libros de viajes, merecen citarse: *Por la América del Sur*, del incansable polígrafo General D. Rafael Uribe Uribe; *El Brasil*, de Gustavo Arboleda; *Del Avila al Monserrate*, de Pedro A. Peña; *Por el Sur de Colombia y El Meta*, de Miguel Triana; *Haz de recuerdos*, de L. E. Nieto Caballero, y *Tierras lejanas*, el más artístico de todos, obra de la pluma pintoresca y colorista de Emilio Cuervo Márquez, autor también de una novela, *Phinéas*, reconstrucción de los tiempos evangélicos, a estilo de *Ben-Hur* y *Quo-Vadis*? Cuervo es uno de los más brillantes prosistas de la época presente en Colombia. Tienen también páginas muy bien escritas el libro *Impresiones y recuerdos*, de Lu-

ciano Rivera Garrido, y el de *Historia y paisajes*, de Miguel Rosales.

La filosofía independiente no ha producido en lo que va de siglo obra ninguna. La tradicional, además de las *Lecciones*, de Monseñor Carrasquilla, se ha enriquecido con la *Lógica* y la *Antropología*, del Dr. Julián Restrepo Hernández, obras elogiadas por Revistas filosóficas del extranjero, y con trabajos como *Santo Tomás y la ciencia moderna*, del docto helenista D. Francisco M. Rengifo.

También ha salido del Colegio del Rosario el importante *Tratado de Derecho Internacional privado*, del Dr. Restrepo Hernández. Sea ésta la ocasión de citar trabajos jurídicos fundamentales, como el *Tratado de Derecho civil Colombiano*, t. I, de los doctores Edmundo Champeau y Antonio José Uribe, y el magno *Estudio sobre el Código Civil Colombiano*, 9 vols., del Dr. Fernando Vélez. El Dr. Uribe ha publicado recientemente, con el título de *La Reforma Administrativa*, un grueso volumen de artículos que revelan sus muchos conocimientos en todos los ramos de la administración pública. Recordaremos también el primer volumen de la *Filosofía del Derecho*, del Dr. Pedro María Carreño, y el estudio *La Federación en Colombia*, de José de la Vega.

Aun cuando las obras científicas no caen dentro de los estrechos límites de esta reseña, haremos una excepción, por tratarse de obras cuyos autores cultivaron las buenas letras, respecto de los siguientes libros: los *Estudios científicos*, del Dr. Andrés Posada Arango; la *Geografía médica y nosológica del Departamento de Caldas*, del Dr. Emilio Robledo; la *Geografía médica y patológica*, del Dr. Luis Cuervo Márquez. La *Revista Médica* de Bogotá, es publicación muy respetable, y en sus páginas se pueden apreciar los grandes progresos realizados por la medicina y la cirugía en Colombia, gracias al saber y a la capacidad de eminentes profesores que honran al país.

El periodismo ha adquirido grande incremento y usa de una lengua harto más correcta de lo que es común en América.

Entre las Revistas, ocupan sitio preferente la del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, *Cultura*, *Letras*, *Revista jurídica*, *El Literario*, *Horizontes*, de Bucaramanga; *Estudios y Colombia*, de Medellín; *La Revista Contemporánea*, de Cartagena; *Voces*, de Barranquilla, y las revistas ilustradas *Cromos* y *El Gráfico*. Entre los periódicos diarios, *El Nuevo Tiempo*, del poeta Arciniegas, es generalmente considerado como el representante más autorizado de nuestra prensa.

El momento en que hoy nos encontramos es de indecisión y de expectativa. La literatura propiamente dicha languidece en medio del estruendo de la guerra universal. La poesía no tiene hoy rumbo definido; las escuelas anteriores se han disuelto, y falta un genio poderoso que marque a los cantores nuevos una dirección fecunda. La situación actual recuerda la de hace un siglo, después de las guerras napoleónicas: hubo un período de atonía, antes del despertar triunfante del romanticismo. Cuando pase el actual conflicto, es de creerse que las energías nacionales, que se han desarrollado hasta el grado máximo en esta titánica lucha de razas, den nacimiento a un arte nuevo, el cual, probablemente, no será manjar para cenáculos de iniciados, sino que se inspirará en los grandes sentimientos humanos y tratará los temas eternos, los que siempre han de interesar y de conmover a los hombres. El movimiento renovador partirá seguramente de Francia, que ha tenido, del siglo xvii en adelante, la dirección intelectual de los pueblos latinos, y se adaptará a las condiciones especiales de las naciones hispánicas, mediante el poder de asimilación que tiene toda raza dotada de vitalidad. Pero sea cual fuere la dirección que tome ese movimiento, los escritores colombianos deben no olvidar que el espíritu nacional ama la claridad, la proporción, el orden; en una palabra, que, sobre un fondo romántico, guarda aficiones clásicas, como es natural en quien ha tenido por maestros a Caro y a Cuervo. Nuestros grandes románticos buscaron la armonía, la precisión, la elegancia de las formas, como es de ver en José E. Caro, Ar-

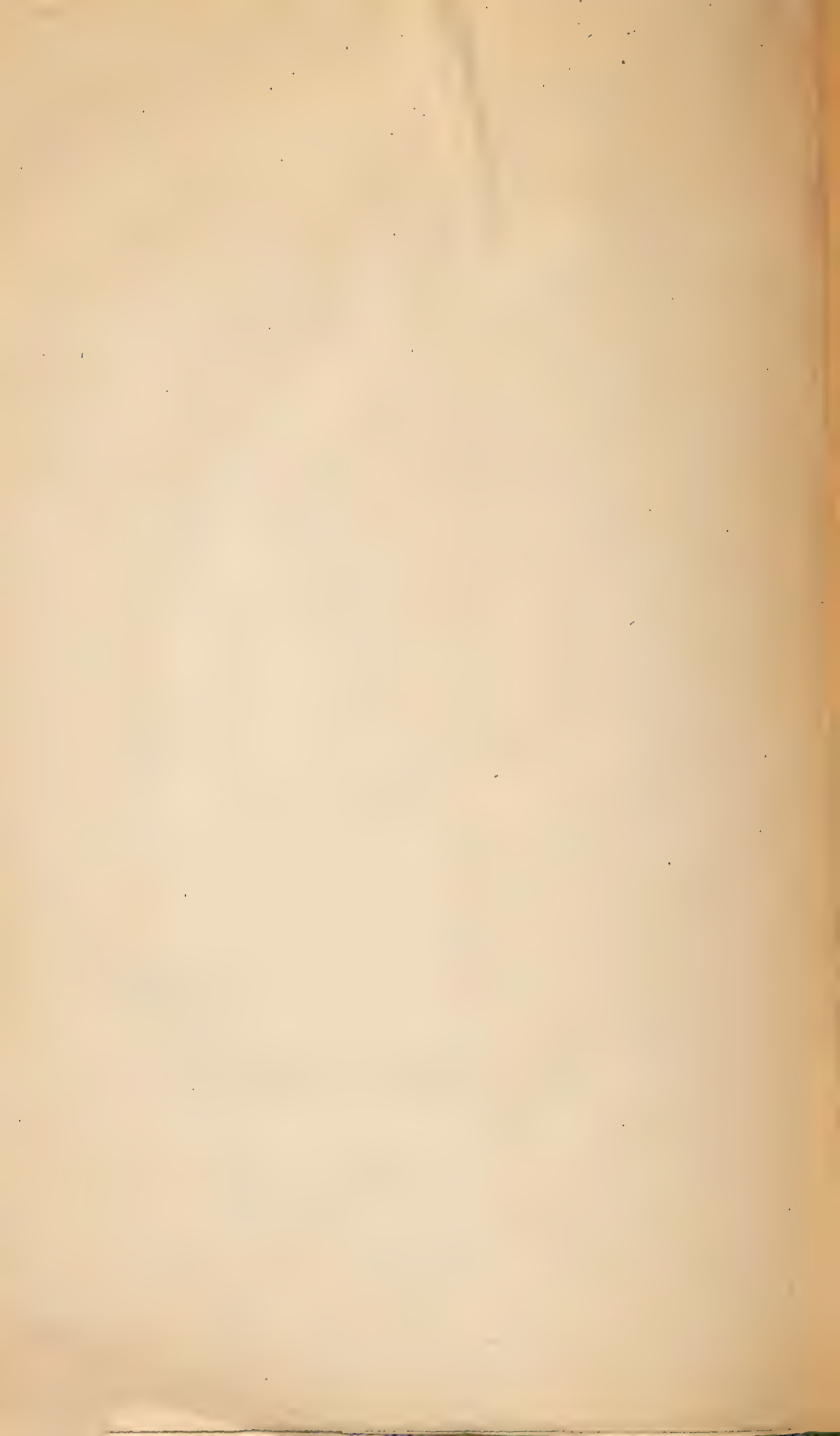
boleda y Pombo. Los noveladores y costumbristas han seguido las tradiciones realistas de la literatura española. Silva, el primero de los modernistas, es claro, transparente, armónico; como Poe y como Baudelaire, busca la novedad dentro de la perfección. A Valencia lo califica Sanín Cano de *poeta alexandrino*, y lo que de él sobreviva será aquello en donde el sentimiento moderno se encarna en formas imitadas felizmente de los maestros de aquella última época del genio griego. Un egregio escritor peruano, D. José de la Riva Agüero, en su magnífico elogio del Inca Garcilaso, después de recordar que la literatura peruana genuína ha tendido siempre al clasicismo, agrega estas palabras, de aplicación en Colombia: «Lo que parece vedado a la común contextura de nuestros compatriotas, es cosechar fruto en las inciertas regiones de la penumbra, la indecisión y la exorbitancia, que a otras razas proporcionarán bellezas inestimables, pero que no dejan a la nuestra, según lo acredita una experiencia tres veces secular, sino la palabrería más vana y hueca y los más torpes balbuceos». Y otro eximio peruano, D. Ricardo Palma, uno de los escritores más americanos que existen, ha dicho recientemente, en ocasión solemne, estas palabras, que en parte son una admonición, en parte una crítica, dignas de ser meditadas por nuestra juventud: «Debemos transigir con el modernismo en lo que tiene de renovación, de frescura, de nuevos puntos de vista y de ampliación de conceptos estéticos; pero condenar las torpezas vanas de contenido estético y moral, las bastardas orientaciones del pensamiento poético, las monstruosas desviaciones del ideal lírico y el triste desmedro de nuestras letras a que está conduciendo la falta de seriedad y solidez con que la juventud aprovisiona su inteligencia y adopta fácilmente las intransigencias y perversiones del ideal, por la comodidad y facilidad que significa toda falta de técnica. Volver a despertar la veneración por los grandes maestros españoles y americanos y el gusto por el arte clásico, no por ser antiguo, sino por ser bueno, sería una obra de salud espiritual». Hemos preferido, a decir mal estas cosas

por cuenta propia, citar la autoridad de dos grandes maestros, a quienes nadie tachará de reaccionarios. La literatura colombiana, en su nueva evolución, debe ser profundamente nacional en sus tendencias, española en sus formas y humana por su culto a grandes y civilizadores ideales; debe arraigar hondamente en las entrañas de nuestro pueblo y en los fecundos senos de la naturaleza, y llamar la atención y despertar el interés de los extraños en razón de su misma originalidad y de la fidelidad y energía con que sepa expresar los rasgos fundamentales de nuestro ser espiritual.

Antonio GÓMEZ RESTREPO.











Gaylord 
SPEEDY BINDER
 Syracuse, N. Y.
Stockton, Calif.



3 0081 008 436 812